MISTERIO DEL GATO DESAPARECIDO

Enid Blyton



Una vez más, Bets, Pip, Daisy y Larry, capitaneados por el astuto Fatty y su perro «Buster», pasan juntos unos emocionantes días llenos de misterios que resolver. Los jóvenes detectives y «Buster» pretenden descubrir quién ha sido el autor de la desaparición de un valioso gato del jardín vecino. Pero no todo es lo que parece… La aventura no ha hecho más que empezar.



Enid Blyton

Misterio del gato desaparecido

Colección Misterio 02

ePub r1.1
gimli 30.01.14

Título original: *The Mystery of the Disappearing Cat*
Enid Blyton, 1944
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Ilustraciones: Joseph Abbey
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: gimli
ePub base r1.0



Capítulo primero

El niño de la casa vecina

Bets estaba muy excitada. Su hermano mayor Pip llegaría aquel día para pasar las largas vacaciones de verano. Había estado sin él durante tres meses y se sintió muy sola. Ahora le tendría otra vez.

—¡Y Larry y Daisy llegarán mañana! —le dijo a su madre—. ¡Oh, mamaíta, será divertido tener tantos niños con quien jugar de nuevo!

Larry y Daisy eran amigos de Pip. Eran mayores que Bets, pero le dejaban jugar con ellos. Durante las vacaciones de Pascua los cuatro, con otro niño y su perro, vivieron una gran aventura descubriendo quién había incendiado una casa.

—Éramos los Cinco Pesquisidores —dijo Bets recordándolo todo —. Descubrimos todo el misterio, mamaíta, ¿no es cierto? ¡Oh, ojalá pudiéramos descubrir otro durante estas vacaciones también!

Su madre se echó a reír.

—¡Oh!, fue gracias a la suerte que descubrieseis el Misterio de la casa incendiada —exclamó—. No habrá más misterios, así que no los esperes, Bets. Ahora date prisa en arreglarte. Es hora de ir a recibir a Pip.

Pip estaba excitadísimo por verse de nuevo en su casa, y cuando regresó con Bets recorrió el jardín mirándolo todo. Le parecía que llevaba varios años ausente.

Su hermanita caminaba a su lado charlando todo el tiempo. Adoraba a Pip, pero él no le hacía mucho caso, pues la consideraba todavía una niña pequeña a quien le gustaban las muñecas y lloraba cuando se caía.

—Larry y Daisy llegan mañana —le dijo Bets jadeando tras él—.

¡Oh, Pip! ¿Tú crees que podremos volver a ser los Cinco Pesquisidores?

—Sólo en caso de que haya algo que descubrir, tontaina —le dijo Pip—. ¡Oh! Me olvidé de decírtelo. Fatty también viene aquí a pasar las vacaciones. A sus padres les gustó tanto Peterswood cuando vinieron por Pascua, que han comprado una casita, y Fatty pasará aquí sus tan esperadas vacaciones.

—¡Oh, qué «bien»! —exclamó Bets feliz—. Fatty me gusta. Siempre es amable conmigo. Entonces volveremos a ser los Cinco Pesquisidores, y ¡oh!, Pip, supongo que «Buster» vendrá también, ¿no?

—Pues claro —dijo Pip. «Buster» era un perro «scottie» negro, propiedad de Fatty, querido de todos los niños—. Me gustará mucho volver a verle.

—¿Cómo te has enterado de que Fatty iba a venir? —preguntó Bets trotando detrás de Pip.

—Me escribió —replicó Pip—. Espera un momento… Tengo aquí la carta. Envía un mensaje para ti.

El niño buscó en sus bolsillos sacando una carta arrugada que Bets cogió con ansiedad. Era muy corta y estaba escrita con una letra clarísima.

> Querido Pip… Sólo quiero decirte que mis padres han comprado la Casa Blanca cercana a la vuestra, así que nos veremos durante las vacaciones de verano. Espero que tengamos otro misterio que descubrir. Sería divertido volver a ser los Cinco Pesquisidores y el Perro. Dale recuerdos a Bets. Iré a veros en cuanto llegue.
>
> Tuyo.
>
> Federico Algernon Trotteville.

—¿Por qué no se firma Fatty? —preguntó Bets—. Yo creo que eso de Federico Algernon Trotteville es una tontería.

—Bueno, Fatty «es» algo «tonto» algunas veces —dijo Pip—. Espero que no venga muy engreído de sí mismo. ¿Recuerdas cómo alardeaba de sus estupendas magulladuras las pasadas vacaciones, cuando cayó de aquel pajar?

—Bueno, «fueron» unas magulladuras maravillosas —dijo Bets recordándolo—. Fueron tomando un color estupendo. Quisiera que las mías se pusieran así.

Larry y Daisy, regresaron al día siguiente cerca de las tres, y después de merendar fueron corriendo a ver a Pip y a Bets. Era magnífico estar reunidos de nuevo. Bets se sentía un poco desplazada, porque era la única que no iba a un internado, y no comprendía algunas cosas que decían.

«Ojalá no tuviera sólo ocho años —pensó por centésima vez—. Larry tiene trece y los otros doce… son siglos mayores que yo. Nunca podré alcanzarlos».

Cuando estaban intercambiando noticias, riendo y charlando alegremente, oyeron ruido de pasos que corrían por el sendero del jardín y de pronto apareció entre ellos un perro «scottie» negro ladrando excitado.

—¡Es «Buster»! ¡Oh, «Buster», has vuelto! —exclamó Daisy encantada—, ¡el bueno de «Buster»!

—¡Querido «Buster»! ¡Estás gordo!

—¡Hola «Buster»! ¡Celebro verte, viejo camarada!

—¡Querido «Buster»! ¡Te he echado tanto de menos!

Estaban tan enfrascados saludando al perro que no vieron a Fatty, el amo de «Buster», que se acercaba a ellos. Bets fue la primera en descubrirlo, y poniéndose en pie con un grito, corrió hacia él. Le echó los brazos al cuello y le abrazó. Fatty estaba contento. Quería mucho a la pequeña Bets y le devolvió el abrazo.

Los otros le sonrieron.

—¡Hola, Fatty! —dijo Larry—. ¿Qué tal el curso?

—Era el primero de mi clase —respondió Fatty sin la menor modestia.

—Eres el mismo de siempre —dijo Pip sonriendo—. El primero de esto, de aquello, de lo otro… lleno de inteligencia como siempre… ¡el mejor alumno de la escuela!

—Cállate —le dijo Fatty, dándole un puñetazo cariñoso—. ¡Supongo que «tú» en cambio serías el último de «tu» clase!

Era delicioso tenderse en la hierba, jugar con «Buster» y pensar en las ocho o nueve largas y soleadas semanas que les aguardaban. Sin lecciones. Sin disciplina. Sin castigos, Realmente las vacaciones

de verano eran las mejores de todas.

—¿Alguna novedad, Bets? —preguntó Fatty—. ¿Algún misterio en perspectiva? ¿Algún problema que resolver? No olvides que aún somos los Cinco Pesquisidores y el Perro.

—Lo sé —dijo Bets, feliz—. Pero de momento no hay ningún misterio. Hace semanas que ni siquiera he visto al viejo Ahuyentador.

Ahuyentador era el policía del pueblo, el señor Goon. Los niños le llamaban siempre el Ahuyentador porque siempre que los veía les decía «Largaos». No le gustaban los niños, ni él gustaba a los pequeños.

—Bets no tiene ninguna novedad que comunicarte —dijo Pip—. Al parecer en Peterswood no ha ocurrido nada de particular desde que nos fuimos al colegio.

De pronto Bets recordó algo.

—Oh, acabo de recordarlo —dijo—. Hay nuevos vecinos en la casa de al lado.

La casa vecina había permanecido vacía durante un par de años. Los otros niños miraron a Bets.

—¿Hay algún niño? —preguntó Pip.

—No —replicó Bets—. Por lo menos no lo creo. He visto a un niño mayor, pero creo que trabaja en el jardín. Algunas veces lo he oído silbar. Silba muy bien. Oh, y hay muchos gatos allí… unos gatos muy raros.

—¿«Gatos»? ¿Qué clase de gatos? —exclamó Pip sorprendido y «Buster» alzó las orejas al oír nombrar a los gatos.

—Tienen la cara, las orejas y la cola castaño oscuro —dijo Bets —; y el cuerpo de color crema. Un día vi a la mujer que los cuida con uno en brazos y tenía un aspecto muy raro.

—Son gatos siameses —dijo Larry—. ¿Tienen los ojos azules y muy brillantes, Bets?

—No lo sé —dijo Bets—. No estaba lo bastante cerca como para verlos. De todas formas los gatos tienen los ojos verdes y no azules, Larry.

—Los gatos siameses tienen los ojos de un azul brillante —replicó Fatty—. Lo sé porque mi tía tuvo uno… una belleza, llamada «Patabang». Son unos gatos de mucho valor.

—Me gustaría ir a la casa vecina cualquier día y verlos —dijo Daisy pensando que un gato con los ojos de un azul brillante, cara, patas, y cola castaño oscuro, y piel color crema, debía resultar muy bonito—. ¿Quién es el propietario, Bets?

—Una señora llamada lady Candling —respondió Bets—. No la he visto nunca. Creo que está mucho fuera.

Los niños continuaron tendidos en la hierba, charlando. «Buster» iba de uno a otro lamiéndoles la cara, haciéndoles gritar y que le echaran a empujones.

Entonces llegó hasta ellos un alegre silbido procedente del otro lado de la tapia. Era un silbido claro y melodioso.

—Ese es el niño de quien os he hablado —dijo Bets—. ¿Verdad que silba muy bien?

Larry se levantó yendo hasta la tapia. Se subió encima de una maceta grande y miró por encima del muro, viendo a un niño de unos quince años, un muchacho de cara redonda, y una boca grande llena de dientes blanquísimos. El muchacho estaba cavando el parterre de debajo de la tapia.

Alzó la cabeza para ver quién se había asomado, y sonrió mostrando toda su dentadura.

—Hola —dijo Larry—. ¿Eres tú el jardinero de la casa vecina?

—¡Cielos, no! —exclamó el muchacho sonriendo aún más ampliamente—. Sólo soy… ayudante del jardinero, así me llaman. El jardinero es el señor Tupping… un tipo de nariz ganchuda y mal genio.

Larry pensó que aquel señor Tupping no debía ser muy agradable. Miró por el jardín, mas el señor Tupping y su nariz ganchuda no estaban a la vista.

—¿No podríamos ver a los gatos algún día? —preguntó Larry—, son siameses los que tiene lady Candling, ¿no es verdad?

—Sí, son preciosos —respondió el niño—. Bueno, será mejor que vengáis cuando no esté el señor Tupping. Por su manera de comportarse parece que todo sea suyo, incluso los gatos. Venid mañana por la tarde. Entonces no estará. Podéis saltar por encima de esta tapia. La encargada de los gatos estará aquí… se llama señorita Harmer, y no le importará que los veáis.

—De acuerdo —dijo Larry complacido—. Vendremos mañana

por la tarde. Oye… ¿cómo te llamas?

Pero antes de que pudiera contestarle se oyó una voz iracunda no lejos de allí.

—¡Luke! ¡Luke! ¿Dónde te has metido? ¿No te dije que recogieras esta basura? Maldito chico, no sirve para nada.

Luke alzó sus ojos azules para mirar a Larry al tiempo que se echaba la azada al hombro. Parecía asustado.

—Es él —dijo en un susurro—. Es el señor Tupping. Ahora tengo que marcharme. Podéis venir mañana.

Y se alejó por el sendero, y Larry fue a reunirse con los otros.

—Es el ayudante del jardinero —les dijo—. Y se llama Luke. Parece simpático, aunque un poco ingenuo. No creo que sea capaz de asustar a un ganso.

Bets estaba segura de que ella tampoco, porque los gansos son muy grandes y chillones.

—¿Y mañana podremos ver los gatos? —preguntó—, te oí hablar de ello.

—Sí. Mañana por la tarde cuando el señor Tupping, el jardinero, no esté —dijo Larry—. Saltaremos por encima de la tapia. Sera mejor que no llevemos a «Buster»… ¡ya sabéis cómo trata a los gatos!

«Buster» gruñó al oír la palabra. ¡Gatos! ¿Para qué querrían los niños ir a verlos? Eran unos animales tontos e inútiles, con las patas llenas de alfileres y agujas punzantes. Los gatos sólo servían para una cosa, y era para… ¡perseguirlos!

Capítulo II

¡El horrible señor Tupping!

A la tarde siguiente los niños recordaron que debían ir a ver los gatos siameses. Larry se asomó a la tapia y silbó para avisar a Luke.

El niño acudió al cabo de un rato sonriendo y enseñando todos sus blancos dientes.

—Podéis saltar —les dijo—. El señor Tupping ha salido.

Pronto todos los niños saltaron la tapia. Fatty ayudó a Bets. «Buster» tuvo que quedarse, cosa que le disgustó mucho. Ladraba furioso, y se alzaba sobre sus patas traseras golpeando la tapia con desesperación.

—Pobre «Buster» —dijo Bets compadecida—. No te importe, «Buster»… pronto volveremos.

—Aquí no se permite la entrada a ningún perro —dijo Luke—. A causa de los gatos. Son gatos de concurso. Ganan muchísimo dinero según dice la joven que los cuida.

—¿Vives aquí? —le preguntó Larry cuando echaron a andar en dirección a un gran invernadero.

—No. Yo vivo con mi padrastro —dijo Luke—. Mi madre ha muerto. No tengo hermanos ni hermanas. Este es mi primer empleo, me llamo Luke Brown, y tengo quince años.

—¡Oh! —exclamó Larry—. Yo me llamo Laurence Daykin, y tengo trece. Esa es mi hermana Margaret que tiene doce. La llamamos Daisy. Este es Federico Algernon Trotteville, que también tiene doce y le llamamos Fatty.

—Prefiero que me llamen Federico, gracias —dijo Fatty enojado —. ¡No hay razón para que me llamen Fatty cualquier Tom, Dick o Harry!

—Tú no te llamas Tom, ni Dick, ni Harry, sino Luke, ¿verdad? —dijo Bets a Luke y él sonrió.

—Si quieres te llamaré Federico —dijo Luke a Fatty—. Tendría que llamarte señorito Federico, pero me figuro que no querrás.

—Yo me llamo Isabel Hilton, tengo ocho años y me llaman Bets —dijo la niña temerosa de que Larry se olvidara de presentarla— y éste es mi hermano Philip, que tiene doce y a quien llamamos Pip.

Le dijeron a Luke dónde vivían y él hizo otro tanto… en una casita ruinosa junto al río. Por aquel entonces habían dejado atrás los invernaderos y atravesaban una espléndida rosaleda. Detrás había un edificio pintado de verde.

—Esa es la casa de los gatos —dijo Luke—. Y ahí está la señorita Harmer.

Una jovencita bajita, vestida con pantalones de montar de pana y una chaqueta del mismo género estaba cerca de la casa de los gatos. Al ver a los cinco niños les miró sorprendida.

—Hola —les dijo—, ¿de «dónde» venís?

—Pasamos por encima de la tapia —replicó Larry—. Queríamos ver los gatos. Son extraordinarios, ¿verdad?

—Oh, sí —exclamó la señorita Harmer, que era una joven robusta de unos veinte años—. Ahí los tenéis… ¿os gustan?

Los niños contemplaron aquel gran edificio en forma de jaula en cuyo interior había gran número de gatos, todos del mismo colorido… castaño oscuro y crema, con ojos azules muy brillantes. Contemplaron a los niños maullando con voces muy peculiares.

—Son preciosos —dijo Daisy enseguida.

—Yo los encuentro raros —dijo Pip.

—¿Y son realmente gatos? Se parecen un poco a los monos —dijo Bets y los demás se echaron a reír.

—¡No creerías que son monos si probaras sus afilados garras una sola vez! —exclamó la señorita Harmer riendo—. Todos estos gatos son primeros premios… han participado en muchos concursos y ganan mucho dinero.

—¿Cuál es el que ha ganado más dinero de todos? —preguntó Bets.

—Ése de ahí —replicó la señorita Harmer llevándoles hasta una jaula más pequeña, semejante a una perrera muy larga con patas—.

¿Qué tal, «Reina Morena»? ¿Verdad que eres una belleza? ¡Aquí tienes unas visitas que vienen a decirte lo preciosa que eres!

El gran gato siamés de la gran jaula frotó su cabeza contra la tela metálica, maullando suavemente. La joven le acarició en la cabeza.

—«Reina Morena» es una gata muy, muy especial —dijo—. Ha ganado un premio de cien libras, pero ella vale mucho más que eso.

«Reina Morena» se irguió elevando su cola castaño oscuro en el aire y meciéndola de un lado a otro satisfecha. Bets se fijó en una cosa.

—Tiene un mechón de pelos color crema en mitad de su cola oscura —dijo a la señorita Harmer.

—Sí —replicó la joven—. Fue mordida por otro gato, y el pelo le crece de color crema en lugar de castaño. Pero más adelante volverá a salirle oscuro. ¿Qué os ha parecido?

—Pues… parece exactamente igual a los otros —dijo Daisy—. Quiero decir… que son exactamente iguales, ¿no?

—Si —contestó la señorita Harmer—. Tiene el mismo color. Pero yo sé distinguirlos siempre, incluso aunque estén todos juntos.

—¡Mira que valer más de cien libras! —exclamó Fatty mirando a «Reina Morena», quien sostuvo su mirada sin pestañear—. Luke, tú tienes los ojos tan azules como «Reina Morena». ¡Tienes ojos de gato inglés!

Todos rieron y Luke pareció confundido.

—¿Podría usted sacar a «Reina Morena»? —preguntó Daisy que estaba deseando coger en brazos a aquella hermosa gata—. ¿Es mansa?

—Oh, «sí» —replicó la señorita Harmer—. Todos son mansos. Los tenemos en jaulas porque son muy valiosos. No podemos dejarlos sueltos por temor a que alguien los robe.

Cogió una llave que estaba colgada de un clavo y abrió la puerta de la jaula. Sacó a «Reina Morena» y la hermosa gata frotó su lomo contra ella ronroneando con voz profunda.

Daisy la acarició viendo con agrado que la gata saltaba a sus brazos.

—¡Oh! ¿Verdad que es cariñosa? —exclamó Daisy contenta.



¡Y entonces ocurrió lo inesperado! De pronto apareció «Buster» corriendo por el sendero y luego se abalanzó sobre Fatty ladrando alegremente. «Reina Morena» saltó de los brazos de Daisy desapareciendo entre los arbustos. «Buster», sorprendido, se quedó inmóvil unos instantes y después lanzó un ladrido de alegría y salió tras ella. ¡La que se armó!

La señorita Harmer gritaba. Luke tenía la boca abierta y parecía asustado. Todos los gatos comenzaron a maullar y Fatty gritó con fiereza:

—¡«Buster»! ¡Ven pronto acá! ¡«Buster»! ¿No me oyes? «¡Ven rápido aquí te digo!».

Pero por más que le llamaron no consiguieron que «Buster» abandonara la persecución. La señorita Harmer corría desesperada entre los arbustos, pero sólo encontró a «Buster» con la nariz sangrando por un arañazo, la lengua fuera y los ojos brillantes de excitación.

—¿Dónde está «Reina Morena»? —gemía la señorita Harmer—. ¡Oh, esto es espantoso! ¡Miss, miss, miss!

Bets empezó a llorar, pues no podía soportar la idea de que «Reina Morena» hubiese desaparecido. Creyó oír ruido entre los arbustos que había a la derecha del extremo del sendero y corrió a mirar mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas gordezuelas.

Luego hubo otra conmoción. Alguien se acercó a las jaulas… era el jardinero… el señor Tupping. Luke le miró asustado.

—¿Qué ocurre aquí? —gritó el señor Tupping—. ¿Quiénes sois? ¿Y qué estáis haciendo en mi jardín?

—No es su jardín —replicó Fatty osadamente—. Sino de lady Candling, que es amiga de mi madre.

Mala cosa era decir al señor Tupping que el jardín no le pertenecía. Él estaba convencido de lo contrario; creía que todas las flores eran suyas, todos los guisantes, y hasta la grosella más pequeña. ¡Y allí, en «su» jardín habían entrado varios niños y un perro! Detestaba a los niños, los perros, los gatos y los pájaros.

—Largo de aquí —les gritó con voz iracunda—. ¡Vamos, muchachos enseguida! ¿Me oís? Y si vuelvo a veros aquí os tiraré de las orejas y se lo diré a vuestros padres. Señorita Harmer, ¿qué «le» ocurre?

—¡«Reina Morena» se ha escapado! —sollozó la señorita Harmer que parecía tan asustada ante el señor Tupping como el propio Luke.

—Si pierde su empleo lo tendrá merecido —replicó el señor Tupping—. ¿Para qué servirán los gatos? Me gustaría saberlo. Sólo son un estorbo. ¡Si uno «se» ha escapado, buen viento!

—¿Quiere que nos quedemos para ayudarle a buscar a «Reina Morena»? —preguntó Daisy a la joven.

—¡Largaos! —intervino el señor Tupping, y su nariz ganchuda se puso muy colorada mientras miraba a Daisy con sus ojos fríos. Era un individuo feo y malhumorado, de cabello color paja veteado de gris. Todas sus arrugas estaban llenas de polvo y a los niños no les gustó nada.

Decidieron marcharse. Parecía como si Tupping fuera a pegarles de un momento a otro. Echaron a andar en dirección a la tapia. Vieron que Bets no estaba con ellos, pero pensaron que se les habría adelantado saltando la tapia temerosa del iracundo jardinero. Fatty llamó a «Buster».

—No; dejadme el perro —dijo Tupping—. Una buena azotaina le sentará bien. Yo se la daré y así no volverá a meterse en «mi» jardín.

—¡Usted no se atreverá a tocar a mi perro! —exclamó Fatty al punto—. Le morderá.



Tupping alargó un brazo y sujetó a «Buster» por el collar. Le sostuvo firmemente por la parte de atrás de su cuello de manera que ni siquiera pudiera ladrar. Lo levantó en el aire y llevándole agarrado por la parte de atrás del cuello se alejó con él. Fatty estaba fuera de sí.

Corrió tras el jardinero y le tiró del brazo, pero el hombre le

pegó y tuvo que soltarle. Tupping encerró a «Buster» en un cobertizo guardándose la llave en el bolsillo, y luego volvióse hacia Fatty con tal mirada en su rostro, que el niño echó a correr.

Los niños saltaron la tapia y se tendieron sobre la hierba jadeando. Habían dejado al pobre Luke y a la señorita Harmer aterrados. También habían dejado a Bets, aunque lo ignoraban… y a «Buster» encerrado bien seguro en el cobertizo.

—¡Qué hombre más odioso! —exclamó Daisy, casi llorando.

—¡Es un bruto! —dijo Fatty entre dientes—. Mirad el cardenal que está empezando a salirme en el brazo. Ahí es donde me pegó.

—Pobrecito «Buster» —dijo Pip al oír un aullido lastimero en la distancia.

—¿Dónde está Bets? —preguntó Larry mirando a su alrededor—. ¡Bets, Bets! ¿Dónde estás?

No hubo respuesta. Bets seguía al otro lado de la tapia.

—Debe haber entrado en casa —dijo Pip—. Escuchad, ¿y qué vamos a hacer con «Buster»? Tendremos que ir a rescatarle, Fatty. No podemos dejarle allí. Apuesto a que le «pegará» con un látigo.

—Pobre «Buster» —dijo Daisy—. Y pobre «Reina Morena». ¡Oh! Espero que la encuentren. Me pregunto cómo saltaría la tapia «Buster».

—No la saltó —replicó Fatty—. No puede hacerlo. Debe haber reflexionado profundamente, y habrá salido de nuestro jardín para ir a entrar por el lado de la casa vecina. Ya sabes lo inteligente que es. ¡Oh, cielos! ¿Y cómo vamos a rescatarle? ¡Cómo aborrezco a ese Tupping! ¡Qué triste debe ser para Luke tener que estar a sus órdenes!

—Voy a buscar a Bets —dijo Pip—. Debe haberse escondido… puede que esté asustada.

Entró en la casa para buscarla, pero no tardó en volver a salir intrigado.

—No está —les dijo—. La he llamado por todas partes. ¿Dónde puede estar? Supongo que «habrá» vuelto a saltar la tapia. No es posible que esté todavía en el jardín de al lado, ¿verdad?

Pero sí lo estaba. La pobrecilla Bets estaba escondida allí, asustadísima. ¿Qué iba a hacer? Sola no era capaz de saltar la tapia… ¡y no se atrevía a salir corriendo por la puerta por temor a

que la viera el señor Tupping!

Capítulo III

Luke es un buen amigo

Cuando Bets había corrido hacia los arbustos para ver si estaba allí «Reina Morena», descubrió que sólo era un gran mirlo que echó a volar al verla. De todas maneras, siguió avanzando entre la maleza gritando: «¡Miss, miss, miss!».

De pronto vio dos ojos azul brillante que la miraban desde lo alto de un árbol. Primero pegó un respingo y luego lanzó un grito de alegría.

Se detuvo a pensar. Era inútil bajar del árbol a «Reina Morena» mientras «Buster» siguiera en el jardín. La preciosa gata estaba mucho más segura allí. Bets miró a «Reina Morena» quien comenzó a ronronear. La niña le gustaba.

Bets vio que no le sería difícil subir al árbol, y a los pocos momentos estaba sentada en la rama junto a la gata, acariciándola y hablándole. A «Reina Morena» le encantaba aquello y frotaba su oscura cabeza contra la niña, ronroneando con fuerza.

Y entonces Bets oyó gritar a Tupping y se asustó mucho. ¡Oh, Dios santo! El jardinero debía haber regresado, o no se había marchado. Escuchó sus voces airadas temblando, y sin atreverse a ir a reunirse con los otros. Permaneció sentada, junto a la gata, escuchando.

No pudo saber exactamente lo que ocurría, pero al cabo de un rato comprendió que los otros debían haber saltado la tapia dejándola. Se sintió olvidada y tuvo miedo. Iba a bajar del árbol para ir en busca de la señorita Harmer y decirle donde estaba «Reina Morena» cuando oyó pasos por el sendero. La niña miró entre las ramas del árbol y vio al señor Tupping que arrastraba al

pobre Luke de una oreja.

—¡Ya te enseñaré yo a dejar entrar niños en mi jardín! —decía el señor Tupping, y propinó tal bofetada a Luke que éste lanzó un grito—. Te pagan para que trabajes. Te quedarás trabajando dos horas más por haber dejado entrar a esos niños.

Y tras propinar a Luke otro golpe, y tirarle fuertemente de la oreja, le empujó haciéndole caer por el sendero. Bets sintió tanta compasión del pobre Luke, que las lágrimas resbalaron por sus mejillas y tuvo que contener un sollozo. ¡Aquel horrible señor Tupping!

El señor Tupping se alejó por otro camino, y Luke tomó una azada e iba a marcharse en dirección contraria cuando Bets le llamó suavemente:

—¡Luke!

Luke dejó caer la azada con estrépito y miró a su alrededor sorprendido. No veía a nadie.

—¡Luke! —volvió a llamar Bets—. Estoy aquí, en la copa del árbol, y «Reina Morena» está conmigo.

Entonces Luke vio a la niña arriba del árbol y junto a ella la gata siamesa. Bets se bajó y se puso a su lado.

—Ayúdame a saltar la tapia, Luke —le dijo.

—Bueno, si el señor Tupping me viera perdería mi empleo y mi padrastro me daría una soberana paliza —dijo el pobre Luke, y su rostro coloradote estaba tan asustado como el de la pequeña Bets.

—Bueno, no quiero que pierdas tu empleo —replicó la niña—. Intentaré saltarla yo sola.

Pero Luke no quiso dejarla. Asustado como estaba, comprendió que debía ayudar a la niña. Bajó a «Reina Morena» del árbol y juntos emprendieron el camino por el sendero vigilando por si aparecía el señor Tupping.

Luke introdujo a «Reina Morena» en su jaula y cerró la puerta.

—La señorita Harmer se alegrará de que haya aparecido —susurró Luke a Bets—. Se lo diré dentro de un minuto. Ahora vamos… correremos hasta la tapia y allí te ayudaré a saltarla.

Corrieron hasta la tapia, y allí Luke unió sus manos para que sirvieran de estribo a Bets, quien no tardó en verse sentada sobre la tapia.

—¡Salta enseguida! —le dijo Luke en voz baja—. ¡Vuelve el viejo Tupping!

Bets estaba tan asustada que saltó enseguida, cayendo de bruces sobre sus rodillas y sus manos, que se llenaron de rasguños.

Corrió hacia el lugar donde estaban los otros y se dejó caer a su lado, temblando.

—¿Es que te quedaste atrás? —dijo Fatty—. Oh, mira tus pobres rodillas.

—Y mis manos también —dijo Bets con voz temblorosa, extendiendo sus manos ensangrentadas.

Fatty sacó su pañuelo para limpiárselas.

—¿Cómo pudiste saltar la tapia sola? —le preguntó.

—Luke me ha ayudado, aunque tenía un miedo terrible a que el señor Tupping volviera y le «pescara». Hubiera perdido su empleo —dijo Bets.

—Entonces ha sido muy valiente al ayudarte —dijo Larry, y los otros estuvieron de acuerdo con él reconociéndolo así todos.

—Luke me gusta —replicó Bets—. Creo que es muy, muy simpático. Ojalá no tenga que sentir el habernos dejado entrar en el jardín para ver los gatos.

Un aullido lejano volvió a llenar el aire. Bets pareció extrañada y miró a su alrededor.

—¿Dónde está «Buster»? —preguntó. No había oído cómo se lo llevaban y encerraban, aunque sí el alboroto. Los otros se lo contaron, y la niña se indignó.

—¡Oh, tenemos que rescatarle; es preciso, es preciso! —exclamaba—. ¡Fatty, hazlo, salta la tapia y ve a buscar a «Buster»!

Pero Fatty no se sentía dispuesto a correr el riesgo de volver a toparse con el iracundo señor Tupping. Y además sabía que la llave del cobertizo donde «Buster» estaba encerrado la tenía el jardinero en su bolsillo.

—Si lady Candling no estuviera ausente le diría a mi madre que la llamara por teléfono y le pidiera que ordenase a Tupping que lo soltara —dijo Fatty. Volvió a subirse la manga para contemplarse la enorme contusión de su brazo, que ahora iba tomando un color púrpura—. Si le enseñase esto a mi madre, apuesto a que telefonearía a una docena de ladies Candling.

—Va a ser un cardenal estupendo —dijo Bets, sabiendo lo orgulloso que estaba siempre Fatty de sus contusiones—. ¡Oh, cielos, el pobre «Buster» está aullando otra vez! Asomémonos por encima de la tapia. Si vemos a Luke, le pediremos que se acerque al cobertizo para dirigir unas palabras de consuelo a «Buster».

De manera que se acercaron cautelosamente a la tapia y Larry miró por encima. No se veía a nadie, pero oyeron un silbido. Era Luke. Larry silbó también. El silbido distante se interrumpió, y luego comenzó otra vez. Cuando se paró, Larry silbó la misma tonada.

Se oyeron pasos entre los arbustos y apareció el rostro de Luke redondo y coloradote, como una luna llena.

—¿Qué ocurre? —susurró—. No me atrevo a pararme. El señor Tupping sigue aquí.

—Se trata de «Buster» —respondió Larry en voz baja—. ¿No podrías acercarte al cobertizo y decirle por la ventana: «Pobrecito», o algo por el estilo?

Luke asintió con la cabeza antes de desaparecer. Dirigióse al cobertizo, vigilando por si le veía el jardinero, y le vio en la distancia, quitándose la chaqueta para ponerse a trabajar; la estaba dejando colgada de un clavo en uno de los invernaderos cuando descubrió a Luke y le gritó:

—¡Vamos, holgazán! ¿Todavía no has terminado ese parterre? Quiero que vengas a atar unos tomates.

Luke gritó una respuesta cualquiera y se metió entre los arbustos cercanos. Esperó a que el señor Tupping estuviera en la huerta y desapareciese por la puerta verde que conducía a ella.

Y entonces Luke hizo algo muy arriesgado. Corrió hacia la chaqueta del señor Tupping y con todo sigilo introdujo la mano en su bolsillo, sacó la llave del cobertizo y huyó con ella. Libertó a «Buster» y cuando quiso cogerle para subirle a la tapia, el perro se le escapó, corriendo por el sendero.

Luke cerró la puerta del cobertizo rápidamente y fue a dejar de nuevo la llave en la chaqueta del jardinero, yendo a reunirse con él con la esperanza de que «Buster» hubiera tenido el buen acierto de salir por la entrada del jardín.

Pero «Buster» se había despistado y de pronto hizo aparición en

la huerta y lanzó un ladrido de alegría al ver a Luke. El señor Tupping alzó la cabeza con presteza.

—¡El dichoso perro! —dijo con ira y asombro—. ¿Es posible que sea el mismo? ¿Cómo habrá salido del cobertizo? ¿Es que acaso no cerré la puerta y me guardé la llave en mi bolsillo?

—Yo vi cómo usted la cerraba —dijo Luke—. Tal vez sea otro perro distinto.

El señor Tupping meneó los brazos y gritó para asustar a «Buster», que, metiéndose en la huerta, cruzó por encima de un macizo de zanahorias. Luke estaba seguro de que el perro lo hizo a propósito. Tupping se puso como la grana.

—¡Sal de ahí! —gritaba y le arrojó una piedra. «Buster» aulló y empezó a escarbar en mitad de las zanahorias, lanzando las hortalizas por el aire.

Tupping estaba fuera de sí y corrió hacia el perro gritando, pero «Buster» se retiró, yendo a desenterrar algunas cebollas.

Cuando una piedra grande cayó demasiado cerca de él, «Buster» salió corriendo de la huerta y siguiendo el sendero encontró la salida del jardín, y llegó rápidamente a la casa de Pip, donde se abalanzó alegremente sobre los sorprendidos niños.

—¡«Buster»! ¡Querido «Buster»! ¿Cómo has logrado escapar? Oh, «Buster», ¿te has hecho daño?

Todos le hablaban a tiempo, y «Buster» se tumbó patas arriba con la lengua fuera, mientras con el rabo golpeaba el suelo.

—Buen chico —le dijo Fatty, dándole unas palmaditas en la «tripita»—. ¡Ojalá pudieras contarnos cómo pudiste escapar!

Los niños esperaron a Luke aquella noche, cuando salía para su casa. Por lo general terminaba de trabajar a las cinco, pero aquel día Tupping le había hecho quedar hasta las siete como castigo, y el muchacho, aun siendo fuerte y corpulento, estaba cansado.

—¡Luke! ¿Cómo se escapó «Buster»? ¿Tú sabes cómo pudo escapar? —exclamó Pip, y Luke asintió con la cabeza.

—Yo mismo cogí la llave de la chaqueta del viejo Tupping y le puse en libertad —dijo—. ¡Cascaras! Debierais haber visto la cara del viejo Tupping cuando «Buster» entró en la huerta. Casi le da un ataque.

—¡Luke! ¿De «verdad» dejaste escapar a «Buster»? —exclamó

Fatty, dando una palmada en la espalda del muchacho—. ¡Muchísimas gracias! Estábamos muy preocupados por él. Me figuro que debió darte miedo.

—Reconozco que sí —dijo Luke rascándose la cabeza y recordando lo asustado que había estado—. Pero ese perro no quiso hacer ningún daño… es muy simpático. Me gustan los perros. Me figuré que estaríais preocupados por él.

—¡Oh, eres muy bueno, Luke! —exclamó Bets, colgándose de su brazo—. Me ayudaste a saltar la tapia y has libertado a «Buster». ¡Seremos tus amigos!

—Los niños como vosotros no pueden ser amigos de un niño como yo —dijo el muchacho con aire tímido.

—Pues claro que sí —dijo Larry—. Y lo que es más, a cambio de lo que has hecho hoy por nosotros, te prometemos «ayudarte» siempre que lo necesites. ¿Comprendes?

—No es fácil que necesite vuestra ayuda —dijo Luke con voz amistosa—. Pero gracias, de todas maneras. No volváis a saltar la tapia. Si lo hicierais perdería mi empleo.

—No lo haremos más —dijo Fatty—. Y no olvides… ¡si te encuentras en un verdadero apuro, nosotros te ayudaremos, Luke!

Capítulo IV

La señorita Trimble complica las cosas

Luke resultó ser un amigo muy divertido. Cierto que era un poco «simplón», y apenas sabía leer y escribir, pero en cambio conocía muchas cosas que los niños ignoraban.

Sabía hacer silbatos con cañas huecas, y regaló a Bets una colección maravillosa. Le enseñó a silbar con ellos pequeñas melodías y la niña estaba encantada.

Además conocía todos los pájaros de la comarca, donde anidaban, cómo eran sus huevos y sus cantos. Los cinco niños y «Buster» salían de paseo con Luke, pendientes de sus palabras, y considerándole verdaderamente extraordinario.

—Es curioso que sepa todo esto y en cambio no sea capaz de leer y escribir como es debido —dijo Pip—. Y además es muy habilidoso… sabe tallar animales y pájaros en madera con toda rapidez. Mirad esta ardilla que me ha hecho.

—A mí me está haciendo una copia de «Reina Morena» —exclamó Bets con orgullo—. Será exactamente igual que ella, incluso con el anillo de color crema en su cola castaño oscuro. Luke va a pintarla también igual que ella, con sus ojos azules incluso.

Luke terminó de tallar en madera a la gata siamesa «Reina Morena» dos días más tarde. Los niños oyeron su silbido peculiar por encima de la tapia y se acercaron a ver qué deseaba. Luke les entregó el gato tallado.

Era excelente. Incluso Fatty, que se consideraba un experto en trabajos artísticos, quedó muy impresionado.

Lo hizo girar en su mano, contemplándolo con admiración.

—Es estupendo, Luke —le dijo—. Y, además, el colorido está

muy bien también… las orejas castaño oscuro como la cara, las patas y la cola… y el cuerpo color crema… los ojos azul brillante… y no has olvidado el pequeño anillo de color crema que «Reina Morena» tiene en mitad de su cola. Ahí es donde le mordió el otro gato, ¿verdad?

—Sí —respondió Luke—. Pero más adelante se le volverán oscuros también. La señorita Harmer dice que eso no le impedirá ganar los concursos.

—¿Cómo está el viejo Tupping estos días? —preguntó Pip.

—Terrible —dijo Luke—. Ojalá no tuviera que trabajar para él. Tiene tan mal genio. Siempre estoy temiendo que vaya a quejarse de mí a mi padrastro. Si lo hiciera me ganaría una buena azotaina. Mi padrastro no me quiere.

Los cinco niños sintieron lástima de Luke, quien no parecía tener una vida muy agradable. Era un muchacho amable y generoso, siempre dispuesto a hacer cualquier cosa por ellos. Adoraba a la pequeña Bets, y la defendía siempre que Pip intentaba burlarse de ella, cosa que ocurría muy a menudo.

«Buster» adoraba a Luke.

—¡Está agradecido porque le libraste de Tupping! —dijo Fatty viendo que «Buster» trataba de encaramarse por las piernas de Luke.

—Es un perrito muy simpático —replicó Luke—. Me gustan mucho los perros. Siempre me han gustado. Y también los gatos. Son muy bonitos, ¿no es cierto?

—Hoy hemos visto a alguien más en el jardín —dijo Larry—. Una señora de mediana edad, muy delgada, con una nariz muy roja, lleva lentes que se le caen constantemente, y un moño muy curioso en la parte de atrás de su cabeza. ¿Quién es? Ésa no es «lady Candling», ¿verdad?

—Oh, no —dijo Luke—. Ésa es su acompañante, la señorita Trimble. Yo la llamo «Tembleque»… por el miedo que le tiene al viejo Tupping. Es la encargada de cortar las flores para la casa, y si sale a cogerlas cuando Tupping está aquí, la sigue como un perro dispuesto a morderla y dice: «Si corta una rosa más, estropeará el rosal». «Si coge esas amapolas, se le mustiarán… no debe cortarlas cuando hay sol». Y cosas por el estilo. La pobrecilla tiembla y se estremece, y a mí me da lástima.

—Todo el mundo teme a Tupping —dijo Daisy—. Es un tipo horrible. Espero que un día tenga su castigo por ser tan odioso, pero apuesto a que no llegará ese día.

—Ven a mi jardincito, Luke —intervino Bets, arrastrando al muchacho—. Tengo unos antirrinos preciosos.

Luke fue con ella. Era un jardincito muy bonito hecho por la propia Bets. Estaba compuesto de un rosal, un arbusto pequeño, varios antirrinos rojos y amapolas de Shirley.

—¡Estupendo! —exclamó Luke—. ¿Y te da alguna grosella este arbusto?

—Ninguna —replicó Bets tristemente—. Y planté dos fresones el año pasado… bien maduros… y no me salió ninguna mata de fresas, Luke. Tuve una desilusión. Este año quería coger fresas en mi propio jardín.

Luke lanzó su risa clara y potente.

—¡Jo, jo, jo, jo! ¡Las fresas no crecen plantándolas, Bets! Sino por serpas… ya sabes, tallos largos que se cortan de las plantas. En las serpas crecen pequeños brotes nuevos. Te diré lo que vamos a hacer… te daré algunas de las serpas de nuestro jardín. Ahora estoy limpiando los macizos, y habremos de tirar muchas. Puedes quedarte con algunas.

—¿No importará? —preguntó Bets pensativa—. ¿De verdad tenéis que tirarlas?

—Sí… hemos de quemarlas en el montón de desperdicios —exclamó Luke—. Mañana Tupping tiene fiesta. Puedes saltar la tapia y yo te enseñaré donde crecen y te daré algunas.

Así que al día siguiente Pip ayudó a Bets a saltar la tapia por un lado y Luke por el otro. La llevó al macizo de las matas de fresas y le mostró las nuevas plantas que crecían en los tallos de las plantas viejas.

—Las fresas son muy listas al hacer que sus nuevas plantas crezcan así, ¿no te parece? —dijo Bets, quien vio un montón de ellas junto a la azada de Luke—. ¡Oh! —exclamó—. ¿Y ésas son las que vas a tirar? ¿Cuántas puedo llevarme?

—Coge seis —le dijo Luke, escogiendo seis buenas plantas, cada una de ellas con varios brotes nuevos, y se las dio a Bets.

—¿Quién es? —exclamó Bets de pronto al ver a una mujer que

se acercaba.

—Es la señorita Tembleque —dijo Luke—. No debe darte miedo. No te comerá.

La señorita Trimble se acercó, sonriendo a Bets, pero a la niña no le gustó mucho por ser tan delgada y huesuda. Llevaba lentes sin montura, que se sujetaban sobre su nariz por medio de una pinza. Se le caían constantemente y quedaban colgando de una cadenita. Bets se entretuvo en contar las veces que se le caían.

—Vaya, ¿quién es «esta» niña? —preguntó la señorita Trimble con voz de pájaro. Sus lentes se cayeron y tuvo que volver a colocarlos sobre su nariz.

—Me llamo Bets y vivo en la casa de al lado —repuso la niña.

—¿Y qué llevas ahí? —preguntó la señorita Trimble mirando las plantas que llevaba Bets—. ¿Algún tesoro?

—No —contestó Bets—. Sólo unas plantas.

Los lentes de la señorita Trimble volvieron a caerse y ella se los caló de nuevo.

—¡Ten cuidado no vayas a perderlas! —dijo ella riendo. A Bets no le pareció divertido, pero también se rio por cortesía. Los lentes de la señorita Trimble volvieron a caerse.

—¿Por qué se le caen? —le preguntó Bets con interés—. ¿Es que su nariz es demasiado delgada para aguantarlos?

—¡Oh, qué niña más graciosa! —dijo la señorita Trimble volviendo a reír—. Bueno, adiós, querida, tengo que ocuparme de mi trabajo.

Se marchó y Bets dijo a Luke:

—Se le han caído seis veces los lentes, Luke.

—Eres terrible —dijo Luke—. ¡Espero que no se le ocurra decir al señor Tupping que te ha visto aquí!

¡Pero eso fue precisamente lo que «hizo» la señorita Trimble! No fue con mala intención, ni siquiera sabía que Tupping había echado a los niños del jardín unos días antes. Al día siguiente estaba cortando rosas cuando Tupping se le acercó para observarla.

La señorita Trimble comenzó a asustarse, como siempre que tenía cerca al jardinero. Era tan bruto. Se volvió para dirigirle una sonrisa asustada.

—Hermosa mañana, Tupping, ¿no le parece? —le dijo—. Qué

bonitas están las rosas.

—Dejarán de estarlo cuando usted haya terminado de tocarlas —replicó Tupping.

—¡Oh, yo no las estropeo! —exclamó la señorita Trimble—. Ya sé cómo hay que cortar las rosas.

—¡Sabe usted tanto como un niño! —dijo el iracundo Tupping, divirtiéndose al ver lo asustada que estaba la pobre señorita Trimble.

El oír la palabra niño, hizo que la señorita Trimble se acordara de Bets.

—Oh —dijo tratando de desviar la conversación de las rosas—. Oh, ayer vi a una niña muy mona en el jardín con Luke.

El rostro de Tupping se puso negro, negro como una tormenta.

—¡Una niña aquí! —gritó—. ¿Dónde está ese Luke? ¡Le arrancaré la piel como deje entrar aquí a esos niños a mis espaldas!

Fue a buscar a Luke. La señorita Trimble se estremeció de miedo y sus lentes se le cayeron enredándose con su collar de tal forma que tardó veinte minutos en soltarlo con sus temblorosas manos.



—¡Es un individuo muy desagradable! —no cesaba de murmurar para sí—. ¡Oh, Dios mío! Espero no haber comprometido a Luke. Es tan simpático… y además es sólo un niño. Espero no haberle puesto en ningún verdadero aprieto.

Pero Luke «sí» estaba en un aprieto. Tupping fue a su encuentro con sus ojos grises casi ocultos bajo sus pobladas cejas.

—¿Quién era esa niña que estuvo ayer aquí? —le preguntó—. La de la casa vecina, ¿no? ¿Y qué estaba haciendo aquí?

—Nada que no debiera, señor Tupping —replicó Luke—. Es muy buena.

—Te he dicho que «qué es lo que estaba haciendo aquí» —gritó el señor Tupping—. Robando melocotones, supongo, o cogiendo ciruelas.

—Es la niña que vive en la casa de al lado —dijo Luke con calor —. Es incapaz de hacer una cosa así. Le di unas plantitas para su jardín, eso es todo. ¡De todas formas había que quemarlas!

Al señor Tupping parecía que le iba a dar un ataque. ¡Pensar que Luke había regalado algo de «su» jardín! Él estaba convencido de que era suyo y no de lady Candling, ni se paró a pensar que tal vez la señora hubiera estado dispuesta a dar a la niña algunas plantas, puesto que le gustaban tanto los niños.

Tupping tiró a Luke de las orejas y fue derecho a la tapia. Luke no se atrevió a seguirle. Estaba seguro de que todos los niños habían salido porque había oído sus voces y los timbres de sus bicicletas por la carretera. Se aplicó de nuevo a su trabajo con las orejas enrojecidas. Sentíase muy enojado con la señorita Trimble. ¿Por qué había delatado a Bets?

Los niños «sí» habían salido con sus bicicletas… todos menos Bets. El paseo que pensaban dar era demasiado largo para ella y muy a pesar suyo tuvo que quedarse con «Buster». Era tan molesto tener cuatro o cinco años menos que los otros. ¡Siempre la dejaban en casa!

—«Buster», ven a sentarte conmigo y te leeré una historia de conejos —le decía Bets. Y al oír la palabra «conejos», «Buster» corrió hacia ella, pensando que iba a llevarle a paseo. Pero en vez de eso se sentó debajo de un árbol y abrió un libro que llevaba bajo el brazo.

—Érase una vez un conejo muy gordo que se llamaba «Woffly» —comenzó a leer—. El…

Pero «Buster» se aburría y echó a correr hasta la puerta para ver si regresaban los otros. Bets se quedó sola. De pronto oyó un ruido, alzó la cabeza… y, oh cielos, allí, sobre la tapia, estaba el horrible señor Tupping.

Capítulo V

Tupping… «Buster»… y el señor Goon

Bets estaba tan asustada que no fue capaz de levantarse y echar a correr. Buscó a «Buster» con la mirada, pero no le vio. Presa de pánico, contempló cómo se acercaba a ella el señor Tupping con el rostro enrojecido por la ira.

—¿Eres tú la niña que estuvo ayer en mi jardín? —le dijo.

Bets asintió con la cabeza. No podía articular palabra.

—¿Te llevaste mis matas de fresas? —preguntó el señor Tupping con mayor ferocidad también.

Bets seguía sin poder hablar y asintió de nuevo con el rostro muy pálido. Estaba segura de que no había hecho ningún daño llevándose aquellas matas. Las había plantado cuidadosamente en su jardincillo, las regó a conciencia y ahora eran suyas. Iban a tirarlas y quemarlas después.

El señor Tupping alargó el brazo e hizo poner en pie a la niña.

—Enséñame dónde las pusiste —le dijo.

—Suélteme —exclamó Bets recuperando el habla—. ¡Se lo diré a mi mamá!

—¡Puedes decírselo si quieres! —replicó el señor Tupping—. Y yo se lo diré al señor Goon, el policía, ¿sabes? Le diré que me robaste mis matas de fresas y él os meterá a Luke y a ti en la cárcel.

—En la cárcel no encierran a las niñas —sollozó Bets, pero su corazón dio un vuelco al imaginar a Luke en la cárcel.

—¿Dónde están las matas de fresas? —preguntó el señor Tupping, y Bets le condujo hasta su jardincito. En cuanto el señor Tupping vio las plantitas tan bien cuidadas se inclinó y las arrancó todas. Las hizo pedazos y luego las arrojó a una hoguera que ardía

allí cerca. Bets sollozaba amargamente. ¡Pobrecitas plantas!

—Eres una niña muy mala —le dijo el señor Tupping—. Y voy a decirte una cosa… si vuelves a entrar otra vez en mi jardín iré a decírselo al señor Goon, el policía. Es muy amigo mío e irá a hablar con tu padre antes de que cante un gallo. Y en cuanto a Luke… bueno, le meterán en la cárcel, no te quepa la menor duda.

Y dicho esto el señor Tupping echó a andar hacia la tapia, pero antes de que pudiera llegar a ella, «Buster» llegó corriendo, y al ver llorar a Bets olfateó al jardinero y enseguida ató cabos. ¡Desde luego «Buster» era muy inteligente!

Alcanzó a Tupping sujetándole por una pernera del pantalón mientras gruñía amenazadoramente. Tupping lanzó un gemido.

—¡Llama a tu perro! —gritó.

Bets llamó a «Buster».

—Oh, «Buster». ¡Ven aquí, «Buster»!

Pero «Buster» lo estaba pasando en grande: allí estaba su enemigo maltratando a su querida Bets. ¡Grrr!

Tupping estaba asustado. Pegaba patadas y cogió un palo. «Buster» arrancó un buen pedazo de la pernera del pantalón del jardinero y se retiró debajo de unos arbustos para morderlo. Tupping, aprovechando la oportunidad, se subió a la tapia, pero «Buster» salió de los arbustos en un abrir y cerrar de ojos y mordió los tobillos de Tupping, arrancando otro pedazo de pantalón y de sus calcetines de lana. Tupping, gritando de dolor, saltó al otro lado de la tapia.

Bets ahora no sabía si reír o llorar.

—¡Oh, «Buster», querido «Buster», eres maravilloso! —le dijo.

—¡Grrrrr! —respondió «Buster» feliz, sin dejar de morder el pedazo de pantalón.

Bets se sentó a pensar. Deseaba ir a contárselo todo a su madre y verse consolada por ella. La pobre niña había tenido un gran susto, pero temía que de contárselo a su madre, ésta se lo dijera a lady Candling, y lady Candling regañara a Tupping y Tupping iría a decir al policía que Luke había robado las plantas para dárselas a ella.

—Y el señor Goon no nos tiene simpatía desde que descubrimos el Misterio de la casa incendiada antes que él —se dijo Bets para sus

adentros—. Así que le encantaría escuchar todo lo que Tupping fuera a contarle… y la que armaría. Y entonces sí que Luke iría a la cárcel. ¡Ojalá estuvieran allí los otros!

Al fin regresaron. Y Fatty reparó en el acto en la cara bañada de lágrimas de Bets.

—¿Qué te pasa? —le dijo—. ¿Te han reñido, Bets?

—Oh, esta mañana ha ocurrido algo horrible —respondió Bets, contenta de poder expansionarse, y les contó toda la historia. Los tres niños se pusieron rojos de coraje al pensar que habían tratado así a la pequeña Bets. Daisy la rodeó con sus brazos y la abrazó.

—Pobrecita Bets —le dijo—. Continúa… ¿y qué pasó después?

Entonces Bets les habló de «Buster», explicándoles cómo había roto las perneras de los pantalones de Tupping. Los niños rieron de buena gana y acariciaron a «Buster».

—¡Bien hecho, sí, señor! —le dijo Pip—. Así es cómo hoy que tratar a ese viejo gruñón. ¡Bien hecho!

Fatty puso su brazo sobre los hombros de Bets.

—Hiciste muy bien en no decírselo a tu mamá —exclamó—. Quiero decir… que si no decimos nada ahorraremos muchos disgustos a Luke, porque se asustaría mucho si el policía fuera a interrogarle. Ya sabes cómo es… le asustan casi todas las personas mayores porque la mayoría se han portado mal con él.

—¡Mira que arrancar las plantas de Bets! —dijo Pip—. ¡Si fuera mayor sacudiría a Tupping hasta que se le saltaran los dientes!

Los otros rieron. Todos sentían lo mismo al pensar en la pobrecita Bets tan asustada y en sus preciosas plantitas. «Buster» ladraba meneando la cola.

—¡Dice que hizo cuanto pudo para dar a Tupping su merecido! —dijo Daisy.

Los niños procuraron hacer todo lo posible para que Bets olvidara aquel mal rato. Todos se mostraron muy amables con ella. Larry fue enseguida a casa para pedir a su madre que le dejase arrancar algunas matas de fresas para Bets, y él mismo se las plantó en su jardincito, cosa que llenó de satisfacción a la niña.

Fatty le llevó un libro que compró con todo el dinero que tenía, y nunca lo dijo, lo cual era muy raro en él.

Daisy le regaló una de sus muñecas viejas, cosa que a Bets le

gustó más que nada. Incluso Pip, que por lo general nunca tenía mucho tiempo para «el bebé de su hermanita» como él la llamaba, la llevó a dar un paseo por el jardín en su bicicleta. Así que en conjunto Bets lo pasó muy bien.

Los niños se preguntaban si Luke sufriría las consecuencias, y cuando a las cinco oyeron su silbido familiar, corrieron a la puerta para verle antes de que se volviera a casa.

—¡Luke! ¿Cómo descubrió Tupping que le habías dado las plantas a Bets? ¿Te han reñido? ¿Sabes que estuvo asustando a Bets?

—Pobrecita Bets —respondió Luke—. Yo no sabía que estaba en casa, o de lo contrario hubiera ido detrás del viejo Tupping. Creí que os habíais marchado todos. Oí los timbres de vuestras «bicis». Cuando volvió Tupping y me dijo que había ido a buscar a Bets y que le arrancó todas las plantas, me hubiera gustado pegarle, pero él hubiera ido a dar parte al señor Goon, el policía, y entonces, ¿de qué me hubiera servido?

—¿Te riñó mucho? —le preguntó Bets—. ¿Cómo lo descubrió?

—Debió decírselo la señorita Tembleque, la muy tonta —dijo Luke—. Sí, claro que me regañó. Me tiró de las orejas y hoy he tenido que trabajar de firme. Ojalá pudiera marcharme.

—Ojalá —exclamó Larry—. ¿Por qué no puedes?

—Pues es mi primer empleo, ¿sabes?, y hay que conservarlo el mayor tiempo posible —dijo Luke—. Y además hay otra cosa… apuesto a que Tupping daría malos informes si le denunciara, y no podría encontrar otro trabajo. Además tendría que habérmelas con mi padrastro. Ya sabéis que le doy la mitad de mi sueldo.

—Ya tienes bastantes complicaciones, Luke —exclamó Daisy—. Ojalá pudiera ayudarte.

—Bueno, ya lo hacéis en cierto modo —dijo Luke—. Yo os cuento mis cosas, ¿no? Ya no tengo que guardármelo todo para mí, como antes. Es agradable poder hablar con alguien. ¡Mirad, ahí está Goon, el policía del pueblo!

El señor Goon se acercaba por el camino con su rostro coloradote y sus ojos saltones de sapo.

—¿Irá a ver al señor Tupping? —exclamó Bets, alarmada.

—No lo sé —replicó Luke, también preocupado. Los policías le

daban miedo, y el señor Goon no era precisamente simpático.

—Me pregunto si hoy también nos dirá que nos larguemos —susurró Daisy—. ¿Recordáis cuántas veces nos gritó «Largo de aquí» durante las vacaciones de Pascua? ¡El horrible Ahuyentador!

El señor Goon se acercaba lentamente a ellos. Los niños le observaban y «Buster» gruñó. El policía hizo como si no los viera. No sentía la menor simpatía hacia aquellos niños desde que habían resuelto un misterio que él no pudo descubrir.

De pronto «Buster» corrió hacia el señor Goon y comenzó a ladrarle en los tobillos. No intentó morderle ni arañarle, pero le asustó lo mismo.

—¡Lárgate! —dijo el señor Goon a «Buster» en tono amenazador —. ¿Has oído? ¡Largo!

—¡Ven aquí, «Buster»! —exclamó Fatty, pero no con demasiado mando.

«Buster» no le hizo caso. ¡Qué día más estupendo! Primero el señor Tupping y ahora el señor Goon. ¡Oh, qué osado era aquel pequeño «scottie» negro!

—¡Lárgate! —exclamó el señor Goon, y Luke lanzó una de sus sonoras carcajadas cuando «Buster» esquivó limpiamente un puntapié. El policía le miró.

—Eh, tú —le dijo—. Ya verás lo que te ocurre si te ríes de la ley. ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Lárgate!

—Es amigo nuestro —dijo Fatty—. ¡Vamos, «Buster»!

El señor Tupping, al oír las voces y los ladridos, apareció en la entrada del jardín y en el acto reconoció a «Buster».

—Será mejor que dé usted parte de que este perro me arrancó un pedazo de mis pantalones… mire —le dijo Tupping al policía—. Es un perro peligroso.

De pronto descubrió a Luke.

—¿Qué estás haciendo aquí en vez de irte a tu casa? —le preguntó, y Luke desapareció enseguida por el camino. No deseaba tener cuestiones con el señor Tupping ni con el señor Goon.

«Buster» regresó al lado de Fatty, quien le cogió en brazos.

—Es un perro muy peligroso —volvió a decir Tupping—. Si desea más detalles, señor Goon, se los daré.

El señor Goon no tenía intención de denunciar a «Buster» porque

sabía que la denuncia iría a parar a manos del inspector Jenks, que era muy amigo de los niños. No obstante no había el menor inconveniente en fingir que «sí» iba a denunciar a «Buster» por ser peligroso y estar en libertad de manera que sacó su gran libreta de notas, un lápiz grueso y comenzó a escribir lenta y solemnemente.

Los niños estaban bastante alarmados, y regresaron enseguida al jardín de Pip. Bets miraba a «Buster» con los ojos muy abiertos por el miedo.

—¿Podrían… podrían encerrar a «Buster»? —preguntó temerosa, y quedó muy aliviada al ver que los otros se echaban a reír.

—Claro que no —dijo Fatty—. Nunca he visto que ningún perro fuera a la cárcel, Bets. ¡Así que no te preocupes por el bueno de «Buster»!

Capítulo VI

«Reina Morena» desaparece

A partir de aquel momento empezaron a ocurrir cosas con gran rapidez, y de pronto los Cinco Pesquisidores descubrieron que se hallaban ante un misterio de primera clase que debían resolver.

Aquella mañana los niños jugaron en el jardín y hubo muchos gritos y alaridos porque estuvieron haciendo de piel rojas. Al cabo de un rato, el juego se hizo demasiado agitado para Bets, quien pidió ser una «squaw» en su «wigwam». ¡Sería menos terrible que ser capturada y escalpada, o atada a un árbol y muerta a flechazos!

Aquella tarde, la señora Hilton, madre de Pip, fue a tomar el té con lady Candling, quien había regresado ya a la casa vecina para pasar las vacaciones.

—Podéis merendar en el jardín —dijo a Pip—. Daisy, tú cuida de que todos se porten bien y si no tenéis bastante merienda ve a pedir a la cocinera, pero «con educación»… recuérdalo… que os dé más pan con mantequilla.

—Sí, señora Hilton. Muchísimas gracias —replicó Daisy.

Los niños vieron salir a la mamá de Pip a las tres y media elegantemente vestida. Ellos se alegraron de no tener que vestirse para tomar el té. ¡Era mucho mejor merendar en el jardín en calzones cortos!

Fue una merienda estupenda, y por dos veces fueron a pedir a la cocinera más pan y mantequilla. Fue Daisy quien se acordó de pedirlo con cortesía. Había ciruelas maduras y ciruelas ácidas, de manera que fue una merienda espléndida.

Después de merendar regresó la señora Hilton con aire preocupado, y fue directamente a donde estaban los niños.

—Niños —les dijo—, ¿qué os figuráis que ha ocurrido? ¡Esa gata tan preciosa que se llama «Reina Morena» ha desaparecido! Lady Candling está muy disgustada porque vale mucho dinero. Y lo más terrible de todo es que… puede que la haya robado Luke.

—«¡Mamá!» —exclamó Pip, indignado—. Luke es amigo nuestro. ¡Él nunca haría una cosa semejante!

—¡Él no ha sido, él no ha sido! —gritó Bets.

—Oh, señora Hilton —dijo Fatty con fervor—. ¡No creo que haya sido Luke!

—Yo no he dicho que «haya sido él» —replicó la señora Hilton —, sino que puede haber sido él. Y al parecer todas las circunstancias le señalan como el único que pudo hacerlo.

—Pero eso no es posible —dijo Daisy—. Es tan honrado como la luz del día. Es mucho más probable que haya sido ese odioso Tupping.

—Tupping ha estado toda la tarde fuera con el señor Goon, el policía, quien, al parecer, es amigo suyo —explicó la señora Hilton —. De manera que es imposible que la robara él.

Los niños miraban a la señora Hilton sorprendidos e intrigados. Fatty se hizo cargo de la situación y habló cortésmente con la señora Hilton.

—Luke es un buen amigo nuestro, señora Hilton, y si se encuentra en un apuro hemos de ayudarle. Estoy seguro de que él no tiene nada que ver con la desaparición de «Reina Morena», nada en absoluto. Por favor, ¿quiere usted contarnos toda la historia? Esto parece otro misterio y los Cinco Pesquisidores pueden aclararlo otra vez.

—Mi querido Federico, no hables con tanta presunción —replicó la señora Hilton bastante impaciente—. Y por lo que más quieras no empecéis a meteros en esto que nada tiene que ver con vosotros. Sólo porque hayáis resuelto un misterio no es razón para que penséis intervenir en todos los que surjan.

Fatty enrojeció. No le gustaba que le reprendieran en público.

—Mamá, por favor, cuéntanos lo que ha ocurrido —dijo entonces Pip.

—Pues —comenzó la señora Hilton—, esta mañana la señorita Harmer se marchó para pasar el día fuera, después de dar de comer

a los gatos y de limpiarles sus jaulas. «Reina Morena» estaba en la jaula grande con otros gatos. La señorita Harmer fue a tomar el autobús de las diez. Antes de la una, la señorita Trimble fue con lady Candling a ver qué tal estaban los gatos, y Tupping les mostró a «Reina Morena». Ya sabéis lo bonita que es.

Los niños asintieron.

—Continúa, mamá —dijo Pip—. ¿Fue ésa la última vez que vieron a «Reina Morena»?

—No —respondió su madre—. La señorita Trimble fue a enseñarme los gatos a las cuatro, poco antes de merendar… y entonces «Reina Morena» estaba allí con los otros.

—¿Cómo lo sabes, mamá? —preguntó Pip—. ¿Cómo puedes asegurar que uno de ellos era «Reina Morena» si todos son exactamente iguales?

—Lo sé —dijo la señora Hilton—, pero parece ser que a «Reina Morena» le mordieron en la cola, donde le crece un mechón de color crema en vez de castaño oscuro. La señorita Trimble me indicó… muy curioso. A las cuatro estaba sana y salva en su jaula.

—Continúa —dijo Pip.

—Tupping regresó a las cinco acompañado del señor Goon, el policía del pueblo —prosiguió la señora Hilton—. Enseñó al señor Goon sus tomates premiados, y luego los gatos. ¡Y entonces fue cuando el señor Tupping descubrió la desaparición de «Reina Morena»!

—¡Caramba! —exclamó Fatty—. Entonces debió desaparecer entre las cuatro y las cinco, señora Hilton.

—Sí —contestó la mamá de Pip—. Y como Luke es el único que estuvo en el jardín, temo que resulte sospechoso. Él sabía que esa gata valía mucho dinero. Tupping dice que el muchacho robó algo el otro día también… matas de fresas o no sé qué tontería por el estilo.

Bets se puso como la grana y las lágrimas acudieron a sus ojos. ¡Dichosas plantas! Se preguntaba si debía hablar de ellas a su madre, pero Fatty la miró frunciendo el ceño para advertirle que no lo hiciera.

—Pues eso es todo —dijo la señora Hilton quitándose los guantes—. Pero me temo que ahora vuestro amigo Luke se verá

comprometido. Me pregunto adónde llevaría la gata. Nadie la vio entre las cuatro y las cinco, de manera que supongo que debió ponerla en una cesta y llevársela a cualquier parte.

—¡Mamaíta, Luke no ha sido! —exclamó Bets—. Tú no sabes lo amable y honrado que es. Me ha regalado muchos silbatos hechos por él… y además esta talla de «Reina Morena». ¡Mira!

—Ojalá no tuvierais estos amigos tan extraordinarios —replicó su madre sin mirar siquiera el gato de madera—. Aún no sois lo bastante mayores para saber si uno es o no realmente honrado. Os ruego que no volváis a hablar con Luke.

La señora Hilton se dirigió a la casa desapareciendo en su interior, y los niños se miraron unos a otros con desaliento.

—Es inútil decir: «No habléis más con Luke» —dijo Fatty—. Tenemos que hablarle. Es nuestro amigo, y nos ha ayudado muchísimas veces… y a «Buster» también. Ahora tenemos que «ayudarle» nosotros.

Los demás estuvieron de acuerdo. Se sentaron para reflexionar sobre los acontecimientos y cambiar de impresiones.

—Alguien debe haber robado a «Reina Morena», de eso no cabe duda —dijo Fatty—. Parece como si no hubiera podido ser otro que Luke, pero como nosotros estamos plenamente convencidos de que no ha sido él, así que, ¿quién pudo ser?

—¡Busquemos pistas! —exclamó Bets recordando lo emocionante que había sido el buscarlas para aclarar el último misterio que resolvieron.

—¡Hagamos una lista de sospechosos! —dijo Daisy—. Como otras veces.

—Me parece que ahora los Cinco Pesquisidores pueden ponerse a trabajar otra vez —dijo Fatty dándose importancia—. Propongo…

—Escucha —intervino Larry—, te olvidas de una cosa, Fatty. Soy «yo» el jefe de los Pesquisidores y no tú.

—Está bien —replicó Fatty dolido—. Adelante entonces. Pero yo soy más inteligente que tú. El curso pasado fui el primero de mi clase y…

—Cállate, Fatty —exclamaron todos menos Bets. Pareció como si Fatty estuviera dispuesto a marcharse, pero estaba demasiado interesado por aquel misterio para continuar enfadado mucho

tiempo, y pronto los cinco niños estaban discutiendo acaloradamente sus planes.

—Vamos a revisarlo todo con claridad —propuso Daisy—. «Reina Morena» estuvo con los otros gatos hasta las cuatro, porque a esa hora la vieron la señorita Trimble y la mamá de Pip. Y no estaba allí cuando el Ahuyentador y Tupping fueron a verlos a las cinco. De manera, que durante esa hora, alguien debió acercarse a la jaula, abrirla, sacar a la gata, volver a cerrarla, y luego huir con ella yendo a entregarla a alguien, o a esconderla en otro sitio.

—Bien —dijo Larry—. Lo has expuesto con toda claridad, Daisy.

—La pregunta siguiente es: ¿Quién puede haberla robado? ¿Quiénes pueden ser sospechosos? —dijo Pip.

—Pues, supongo que la señorita Trimble pudo haber bajado al jardín para llevarse a «Reina Morena» —dijo Fatty—. Claro que no es muy probable, porque la señorita Trimble, pobrecilla, es de esa clase de personas que se desmayan si un día echan una carta al correo sin sello. ¡Lo soñaría toda la noche! No obstante, hemos de tener en cuenta a todo el que tuvo oportunidad de robar a «Reina Morena».

Larry sacó un librito de notas.

—Yo iré anotando los nombres —dijo—. La señorita Trimble es sospechosa. ¿Y qué me decís de lady Candling?

—Ella no tiene por qué robar su propio gato, tonto —replicó Daisy.

—¿Por qué no? —intervino Larry—. Puede que lo tenga asegurado contra robo. Y ya sabéis que en ese caso podría sacar mucho dinero. Tenemos que pensar todas estas cosas —y escribió el nombre de lady Candling.

—¿Y Tupping? —preguntó Bets.

Larry meneó la cabeza con pesar.

—No, Bets. Me encantaría poder anotarle; pero si estuvo con el Ahuyentador toda la tarde, no podemos sospechar de él. ¿Y la señorita Harmer? ¿No es posible que regresara secretamente para robar la gata? Ella sabía muy bien lo valiosa que es «Reina Morena»…

Aquélla era una idea nueva. Todos pensaron en la rechoncha y sonriente señorita Harmer. No parecía capaz de robar un gato

valioso a su ama. No obstante… su nombre fue a engrosar la lista de sospechosos.

—Tendremos que averiguar donde estuvo la señorita Harmer entre las cuatro y las cinco de esta tarde —dijo Pip.

—¿Quiénes más hay en la casa? —preguntó Daisy—. Tenemos a la señorita Trimble, lady Candling, y la señorita Harmer. ¿Qué me decís de la cocinera y la doncella de la casa vecina? Pudieron tener oportunidad de ir a la jaula y sacar a «Reina Morena», ¿no?

—Nunca he visto a la cocinera ni a la doncella —replicó Pip—. Ni ninguno de nosotros. Habrá que averiguarlo también. ¡Cielos, tenemos un buen número de sospechosos! ¡Tendremos mucho quehacer!

—La única persona lo bastante horrible como para hacer una cosa así es Tupping… y es el único de quien no podemos sospechar —dijo Bets con pesar—. Bueno, ya no hay más sospechosos, ¿verdad?

—Tendremos que poner a Luke —dijo Larry—. Ya sé que «no» sospechamos de él… pero Tupping le ha acusado del robo, así que tenemos que anotarle. Podemos tacharle en cuanto queramos.

Así que el nombre de Luke ingresó en la lista. ¡Pobre Luke! Siempre le ocurrían cosas.

—Vamos a llamarle —dijo Larry—. Aún no ha regresado a su casa, pues antes nos habría avisado con su silbido para contárnoslo todo.

Así que fueron hasta la tapia y silbaron la melodía especial que ellos y Luke empleaban para comunicarse, pero aunque silbaron y silbaron nadie acudió. ¿Qué estaría haciendo Luke?

Capítulo VII

Luke en apuros

Los cinco niños estaban sentados encima de la tapia, mientras «Buster» arañaba los ladrillos de la parte baja. ¿Qué hacer?, se preguntaban. Pip consultó su reloj.

—Sólo son las seis menos cuarto —dijo—. ¿Es «posible» que Luke se haya ido a casa? No; hubiera hablado primero con nosotros, estoy seguro.

—Tal vez le esté interrogando el Ahuyentador —dijo Fatty. Esto era ya más probable y los niños desearon poder averiguarlo.

Fatty tuvo una idea.

—Escucha, Pip —le dijo—. «Tú», si quisieras, podrías averiguar lo que ocurre.

—¿Cómo? —quiso saber Pip.

—Pues tu mamá acaba de tomar el té en la casa vecina, ¿no? —dijo Fatty—. Podrías saltar la tapia e ir a ver lo que ocurre, y si alguien te viera y quiere saber lo que estás haciendo allí, podrías decir que tu mamá acaba de merendar con la señora y preguntar si por casualidad han encontrado su pañuelo en el jardín.

—Pero si no lo ha perdido —dijo Pip—, ¿no viste cómo lo sacaba del bolso cuando habló con nosotros? Olía muy bien.

—Claro que sí, tonto —replicó Fatty impacientándose—. Es sólo un pretexto. No necesitas decir que «ha perdido» su pañuelo, porque sabes que no es así… pero podrías decir: «¿No lo han encontrado por casualidad?». ¿No te parece?

—Fatty ha tenido una buena idea —dijo Larry—. Es el único medio para que uno de nosotros entre en ese jardín sin que pueda echarle el Ahuyentador o Tupping. Adelante, Pip. Salta y procura

averiguar lo que ocurre. Date prisa. Es una gran suerte que tu madre acabe hace poco de tomar el té allí.

Pip estaba deseando ir… y al propio tiempo temía encontrarse con Tupping o el Ahuyentador. Saltó la tapia, saludó a los otros con la mano y desapareció entre los arbustos.

No había el menor rastro de Tupping. Pip pasó ante la casa de los gatos, pero tampoco allí había nadie. Se asomó a la jaula donde estuviera «Reina Morena» con los otros. Los gatos al verle comenzaron a maullar. Pip fue siguiendo el camino que bordeaba los invernaderos y luego se escondió entre los arbustos, pues había oído voces cerca.

Atisbo entre las ramas viendo un grupo de gente. Pip conocía a la mayoría.

«Ahí está lady Candling —pensó—. Y ésa es la señorita Trimble…, ¡qué trastornada está! Y ahí está Tupping, también muy satisfecho y dándose importancia… y ese es el Ahuyentador, el policía. ¡Oh, oh, y también está el pobre Luke!».



El pobre Luke estaba en el centro del grupo terriblemente asustado. El policía estaba frente a él, con el libro de notas en la mano, y Luke tartamudeaba las respuestas a las preguntas que le estaba haciendo el señor Goon.

Detrás estaban los dos criados, evidentemente la cocinera y la doncella, ambas muy excitadas. Se hablaban en voz baja y se daban

codazos.

Pip se fue acercando. Ahora podía oír las preguntas que le disparaban al pobre y asustado Luke.

—¿Qué estuviste haciendo toda la tarde?

—Yo estuve… estuve… arrancando los guisantes viejos… en la parcela grande —tartamudeó Luke.

—¿Es ésa que está cerca de la casa de los gatos? —preguntó el señor Goon escribiendo algo en su libreta.

—S-s-s-sí, señor —replicó Luke.

—De manera que estuviste toda la tarde junto a los gatos —dijo el policía—. ¿Viste que alguien se acercara a ellos?

—La, la señorita Trimble vino a las cu-cuatro, con otra señora —dijo Luke, apartando sus revueltos cabellos—. Estuvieron unos minutos y luego se marcharon.

—¿Y qué «hiciste» de cuatro a cinco? —preguntó el señor Goon en tono amenazador.

Pareció como si Luke se fuese a desmayar de miedo.

—Na-na-nada, señor…, ¡sólo ca-ca-cavar! —tartamudeó—. Sólo ca-ca-cavar junto a la casa de los gatos. Y nadie se acercó por allí, ni un alma, hasta que usted y el señor Tupping vinieron a ver los gatos.

—«Y» descubrimos que «Reina Morena» había desaparecido —dijo el señor Tupping con voz fiera—. Bien…, señor Goon, está bien claro, ¿no? «Reina Morena» fue robada entre las cuatro y las cinco… y este niño declara que nadie se acercó a los gatos durante ese tiempo, excepto él mismo. Él cogió la gata… no hay duda… y se la entregaría a algún amigo suyo por un puñado de dinero. Este Luke es un mal muchacho, y lo ha sido siempre desde que está conmigo.

—¡Yo no soy malo, señor Tupping! —exclamó Luke encontrando de pronto su coraje—. ¡Ni jamás le he quitado nada a nadie! ¡He trabajado de firme para usted, y he soportado todo lo soportable! Usted sabe que jamás robaría un gato. ¡Aunque se me ocurriera pensarlo, tendría demasiado miedo!

—Basta, basta ya —dijo el señor Goon en tono fiero—. No hables de esa manera al señor Tupping. Lo que necesitan los muchachos como tú es una buena azotaina.

—Ah, ya procuraré que se la den —dijo el señor Tupping con voz terrible—. Hablaré con su padrastro. «Él» sabe muy bien cómo es ese mozalbete.

—Yo creo, Tupping —intervino lady Candling con su voz clara y profunda—, que no hay necesidad de decir nada al padrastro de Luke hasta que sepamos algo más de este extraño suceso.

Tupping quedó desconcertado. Se estaba divirtiendo tanto que casi había olvidado la presencia de lady Candling. Luke se volvió a su ama.

—Por favor, señora —le dijo en tono apremiante—, por favor, señora, le suplico que no crea lo que el señor Tupping y el señor Goon dicen de mí. Yo no he robado a «Reina Morena», ni sé donde está. ¡Nunca me he llevado nada de su jardín!

—¡Eso es mentira! —exclamó el señor Tupping con aire de triunfo—. ¿Qué me dices de las matas de fresas?

Pip contempló horrorizado cómo el pobre Luke, que ya no podía soportar por más tiempo el miedo y la humillación, estallaba en grandes sollozos que estremecían su cuerpo en forma alarmante, y se cubría el rostro con los brazos.

—Déjenle volver a su casa —dijo lady Candling en tono amable —. Ya le ha interrogado bastante. Al fin y al cabo, sólo tiene quince años. Señor Goon, le ruego que se marche, haga el favor, y Luke, tú también puedes irte a casa.

El señor Goon no pareció muy satisfecho. Sentía no poder tratar a Luke como hubiera tratado a un hombre mayor. Sabía que su obligación era dejarle volver a su casa. Tampoco le gustó verse despedido por lady Candling. Aclaró ruidosamente su garganta, y dirigiendo una mirada de reproche a lady Candling, cerró su libreta.

—Tengo que hablar con tu padrastro —dijo en tono pomposo a Luke, quien se puso muy pálido al oír sus palabras. Su padrastro le daba mucho miedo.

—Yo les acompañaré —dijo el señor Tupping—. Es posible que el padre del muchacho pueda decirnos algo de sus amigos. Debe haber entregado a «Reina Morena» a alguno de ellos.

Así que el pobre Luke salió entre el señor Goon y Tupping, y de cuando en cuando seguía estremeciéndole un sollozo. Pip sintió odio hacia el policía y el jardinero. ¡Pobre Luke! ¿Qué podía hacer

contra dos hombres como aquellos? ¡No tenía escape posible!

Pip ignoraba que ambos llevaban a Luke hacia el lugar donde él estaba escondido, y no tuvo tiempo de retirarse tras los arbustos más espesos para evitar ser visto, y el señor Tupping sorprendió su rostro asomando por encima de un rododendro.

Se detuvo, avanzó rápidamente entre los arbustos y agarró a Pip sacándole al camino.

—¿Qué «estás» haciendo aquí? —rugió—. Es uno de los niños de la casa vecina, señor Goon —dijo al sorprendido policía—. Siempre anda merodeando por aquí. ¡Voy a llevarle enseguida a que le vea la señora para que le dé un buen «rapapolvo»!

Luke miraba boquiabierto a Pip mientras éste era conducido rudamente por el enojado jardinero. Lady Candling al oír las voces se había vuelto para ver lo que estaba ocurriendo.

—Suélteme —dijo Pip furioso—. ¡Hombre odioso, suélteme! ¡Me hace daño en el brazo!

Tupping le estaba retorciendo el brazo a propósito y Pip lo sabía, pero le fue imposible soltarse. Pronto estuvieron ante lady Candling quien pareció muy sorprendida.

—He encontrado a este niño escondido entre los arbustos —dijo Tupping—. Siempre encuentro niños en el jardín. Son amigos de Luke. ¡Apuesto a que no ha venido para nada bueno!

—¿Qué estás haciendo en mi jardín? —le preguntó lady Candling en tono bastante severo.

—Mi madre acaba de tomar el té con usted, lady Candling —dijo Pip con su tono más cortés—. ¿No habrán encontrado su pañuelo por casualidad?

—¡Dios mío! ¿Eres tú Philip, el hijo de la señora Hilton? —preguntó lady Candling sonriéndole—. Me estuvo hablando de ti, y tienes una hermanita más pequeña, ¿verdad?, que se llama Bets.

—Sí, lady Candling —contestó sonriendo también—. Es una niña muy mona. Me gustaría traérsela algún día para que la viera, si usted lo permite.

—Sí, tráela —dijo lady Candling—. Tupping, ha cometido usted un lamentable error. Este niño ha venido a buscar el pañuelo de su madre. La señora Hilton ha estado tomando el té conmigo.

Pip se frotó el brazo arrugando su rostro como si le doliera.

—¿Te ha hecho daño Tupping? —exclamó lady Candling—. Cuánto lo siento. Tupping, al parecer ha sido usted muy rudo con este niño.

Tupping frunció el ceño. Las cosas no iban como él esperaba.

—Si encontramos el pañuelo de tu madre se lo enviaré enseguida —dijo lady Candling a Pip—. Y acuérdate de traerme a tu hermanita. Me gustan mucho las niñas. Me encantan.

—Si venimos, Tupping nos echará —exclamó Pip.

—¡De ninguna manera! —replicó lady Candling al punto—. Tupping, estos niños pueden entrar cuando quieran. Éstas son mis órdenes.

El rostro de Tupping se fue poniendo rojo como si fuera a estallar, pero no se atrevió a replicar a su ama. Giró sobre sus talones yendo a reunirse con el señor Goon y Luke que le aguardaban en el camino.

Pip estrechó la mano de lady Candling, y se despidió dándole las gracias. Luego fue detrás de Tupping.

—¡Luke! —gritó—. ¡Luke! ¡No pierdas la esperanza! Todos tus amigos te ayudaremos. ¡«Nosotros» sabemos que tú no has sido!

—¡Largo de aquí! —exclamó el señor Goon ahora realmente enfadado—. ¡Esto no es cosa tuya! ¡Siempre metiendo las narices en donde no te importa! ¡Fuera de aquí, he dicho!

Pero Pip no se marchó, sino que siguió detrás del señor Goon y fuera de su alcance estuvo bailando, gritando mensajes de aliento a Luke, molestando al policía y al jardinero hasta el límite.

Oyó que el señor Goon decía a Tupping que regresaría a última hora de la tarde para «echar un vistazo a la casa de los gatos».

«¡Oh! —pensó Pip—. Vendrá en busca de pistas que le ayuden a echar la culpa a Luke. Será mejor que las busquemos nosotros primero. Iré a decírselo inmediatamente a los otros».

De manera que con un último grito de aliento para Luke, Pip corrió a saltar la tapia y se apresuró a contar a los otros lo que acababa de oír. ¡La cosa se estaba poniendo emocionante!

Capítulo VIII

Las pistas

—¿Qué ha ocurrido, Pip? ¡Has tardado siglos! —dijo Larry en cuanto Pip fue a reunirse con los niños y «Buster».

—Oh, el Ahuyentador y Tupping están decididos a que Luke «cargue con el mochuelo» —dijo Pip—. ¡Pobre Luke! ¡Figuraos que lloraba como Bets algunas veces!

Les pareció terrible que un muchacho tan mayor como Luke llorase.

—¿Por qué están tan seguros de que él robó a «Reina Morena»? —preguntó Daisy.

—Pues… es una desgracia… pero, compréndelo, la gata fue robada entre las cuatro y las cinco de esta tarde, y Luke estuvo trabajando todo ese tiempo junto a la casa de los gatos —dijo Pip—. Él dice que estaba allí, y también, que nadie se acercó a las jaulas durante ese tiempo.

—Es extraño, ¿verdad? —exclamó Bets intrigada—. Sabemos perfectamente que no ha sido Luke… y no obstante parece que no pudo ser otro más que él. Es un verdadero misterio.

—Desde luego lo es —dijo Fatty pensativo—. Y en realidad no creo que sirviera de nada interrogar a ninguno de nuestros sospechosos, porque el principal, que es el propio Luke, dice que el único que estuvo cerca de la casa de los gatos esta tarde ha sido él. Y sin embargo… «no puedo» creer que robara la gata. Aunque quisiera hacerlo no se atrevería… y estoy seguro de que ni le ha pasado por la imaginación.

—Quisiera saber dónde «está» «Reina Morena» —dije Bets.

—Sí. Si pudiéramos encontrarla, tendríamos más idea de quién

pudo robarla —exclamó Larry—. Quiero decir, que quienquiera que la tenga ahora tiene que ser amigo del ladrón. ¡Cielos! Esto es un rompecabezas.

—¿Y si buscáramos alguna pista? —preguntó Bets pensando que aquello pudiera ayudar a Luke.

—Oh, esto me recuerda que el viejo Ahuyentador dijo que iba a volver esta noche para echar un vistazo a la casa de los gatos —exclamó Pip al punto—. Supongo que él también quiere encontrar pistas… pistas que comprometan al pobre Luke, supongo.

—Pues voto porque vayamos nosotros primero —dijo Fatty poniéndose en pie.

—¿Qué? ¿Saltar la tapia ahora? —exclamó Larry sorprendido—. Si nos pescan nos la cargamos.

—No nos pescarán —replicó Fatty—. Terminaremos mucho antes de que regresen Tupping y el Ahuyentador. Lo estarán pasando muy bien contando todo lo de Luke a su padrastro.

—Está bien. Vamos entonces —dijo Larry—. Puede que encontremos alguna pista, aunque Dios sabe cuál. Vamos.

—Será mejor que Bets no venga —dijo Pip—. Es un poco pequeña para correr riesgos.

—¡Oh, claro que iré! —replicó Bets indignada—. No seas malo, Pip. Sólo necesito que me ayudéis un poco para saltar la tapia. Puede que encuentre alguna pista que a vosotros os pase por alto. Tal vez os sea muy útil.

—Es posible, Bets —exclamó Fatty poniéndose de su parte como de costumbre—. Déjala, Pip. Es tan terrible no poder participar en algo emocionante.

Así que Bets fue también. A «Buster» tuvieron que dejarle, y esta vez le encerraron con llave en el cobertizo para que no fuese a buscarles.

Todos se subieron a la tapia. Bets, con la ayuda de Fatty. Al parecer no había nadie en el jardín vecino, y los niños avanzaron cautelosamente hacia la casa de los gatos, que estaban perezosamente tendidos en sus bancos mirando a los niños con sus ojos azules.

—Ahora —dijo Larry—. A ver si encontramos alguna pista.

—¿Qué clase de pista? —susurró Bets.

—No lo sabremos hasta que encontremos alguna —replicó Larry —. Mirad por el suelo… y por todas partes. ¡Mirad! Aquí es donde Luke debió estar trabajando esta tarde.

El niño señaló el lugar donde había una carretilla casi llena de hierbas. Una azada estaba clavada en el suelo, y la chaqueta de Luke colgada de un árbol cercano.

—Estuvo cavando en este sitio —dijo Fatty pensativo—. ¡No podía estar más cerca de la casa de los gatos! Hubiera visto a cualquier que se acercase a los gatos, ¿no es cierto?

Los niños fueron a situarse en el lugar donde Luke había estado trabajando. Desde allí podían ver a todos los gatos. Y desde luego hubiera sido imposible que nadie hubiera sacado a «Reina Morena» de allí, sin ser visto por Luke.

Y no obstante había desaparecido un gato, y Luke juraba que él no lo había robado… así que, ¿quién pudo llevarse a «Reina Morena»?

—Echemos un vistazo a la jaula para ver si pudo escaparse por sí sola —dijo Larry de pronto.

—Buena idea —comentó Fatty. De manera que rodearon las bien construidas jaulas de madera, puestas en alto sobre unos pies también de madera como los gallineros modernos.

—Es completamente imposible que pudiera escapar —dijo Pip—. ¡No hay el menor agujero en toda la jaula! Desde luego «Reina Morena» no se ha escapado, sino que ha sido robada por alguien. Eso es bien seguro.

—Estaba aquí a las cuatro cuando tu madre y la señorita Trimble la vieron… pero ya había desaparecido a las cinco, cuando Tupping y el Ahuyentador vinieron aquí —dijo Daisy—, y Luke estuvo trabajando todo el tiempo junto a los gatos. Sencillamente, no puedo entender lo ocurrido. ¡«Reina Morena» habrá desaparecido por arte de magia!

—Tal vez sí —dijo Bets muy seria—. La magia es muy poderosa, ¿no? Tal vez…

Los otros se echaron a reír, y Bets se puso muy encarnada.

—Pues, «Reina Morena» tuvo que desaparecer por arte de magia, o no haber estado aquí —exclamó en tono retador.

—Pues «estaba» aquí, porque mamá la vio, tonta —dijo Pip—.

Mirad…, ¿qué es esto?

Y señaló algo que había en el suelo de la gran jaula donde vivían los gatos. Los niños miraron a través de la tela metálica.

Hubo un silencio breve, y luego Fatty apretó los labios, alzó las cejas y se rascó la cabeza.

—¡Cáscaras! —dijo—. ¡Ya sé lo que es! Uno de esos silbatos tan bonitos que Luke está haciendo siempre para Bets.

Y eso era. Estaba en el suelo de la jaula… qué pista más molesta y sorprendente. ¿Cómo pudo llegar allí? Sólo de una manera. Luke debió haber estado dentro de la jaula y perder el silbato. De pronto todos los niños quedaron pensativos.

—No ha sido Luke; no ha sido él, no ha sido él —decía Bets casi con lágrimas—. Todos sabemos que no ha sido él.

—Sí. Todos lo sabemos. Y no obstante en la jaula hay un silbato que sólo Luke pudo perder —dijo Fatty—. Debo confesar que éste es un misterio extraordinario.

—Fatty, si el señor Goon ve ese silbato, ¿dirá que es una prueba de que Luke ha sido el ladrón? —preguntó Bets preocupada.

Fatty asintió.

—Claro. Es una pista definitiva, Bets… para alguien como el Ahuyentador que no ve más allá de sus narices.

—Pero no lo es para ti, ¿verdad, Fatty? —prosiguió Bets cogiéndole de una mano—. ¡Oh, Fatty! Tú no crees que se le cayera a Luke, ¿verdad?

—Te diré lo que creo —replicó Fatty—. Yo creo que alguien lo puso ahí para que se sospechara de Luke. Eso es lo que creo.

—¡Cielos! ¡Creo que tienes razón! —exclamó Larry—. Esto se está poniendo muy misterioso. Escuchad, ¿vosotros creéis que debemos dejar esta pista para que la vea el Ahuyentador? Después de todo estamos casi seguros de que es una pista falsa, ¿no?

—Tienes razón —dijo Pip—. Voto porque retiremos esa prueba.

Los cinco niños contemplaron el silbato que yacía en el suelo. La jaula estaba cerrada y la llave no estaba allí. ¿Cómo podrían sacarlo?

—Tenemos que darnos prisa —dijo Fatty, desesperado—. El Ahuyentador puede regresar de un momento a otro. ¡Por todos los santos! ¿Cómo podríamos sacar el silbato de la jaula?

Ninguno lo sabía. Si el silbato hubiera estado más cerca de la tela metálica, los niños hubieran podido introducir un alambre o un palo para acercarlo lo bastante y sacarlo, pero estaba al fondo de la jaula.

Entonces Fatty tuvo una de sus inspiraciones repentinas, y cogiendo una piedrecita la tiró dentro de la jaula cerca del silbato. Uno de los gatos vio rodar la piedrecita y saltó para jugar con ella. Puso encima una de sus patas, al mismo tiempo que tocó el silbato haciéndolo rodar. Entonces empezó a jugar también con el silbato de madera.

Los niños le observaban conteniendo el aliento. El gato lanzó rodando el silbato y fue tras él. Luego se acercó a él de nuevo olfateándolo como si esperara que se moviese.

Luego volvió a empujarlo con la pata. El silbato rodaba y rodaba y el gato estaba encantado. Lo cogió entre sus dos patas delanteras, estuvo jugueteando un poco, y luego lo dejó caer. Le dio un golpe con la pata que lo lanzó por el aire, haciéndole caer muy cerca de la tela metálica.

—¡Oh, bien, bien, bien! —exclamó Fatty contento mientras sacaba un pequeño rollo de alambre de su bolsillo. Era sorprendente la cantidad de cosas que Fatty guardaba en sus bolsillos. Desenrolló un pedazo de alambre, lo puso en doble, e hizo un círculo en uno de sus extremos. Luego lo hizo pasar por uno de los agujeros de la tela metálica.

Todos le contemplaban con ansiedad. El alambre alcanzó el silbato y Fatty estuvo tanteando un poco tratando de enganchar el círculo en el extremo del silbato. El gato que había estado jugando en él le miraba con gran interés. ¡De pronto alargó la pata que cayó sobre el alambre enganchando el silbato al mismo tiempo!

—¡Oh, gracias, gatito! —le dijo regocijado, y arrastró el silbato con todo cuidado hasta la tela metálica. Tiró de él, y el silbato salió disparado por uno de los agujeros aterrizando a los pies de Bets. La niña lo recogió.

—¡Ya lo tenemos! —exclamó Fatty—. Echémosle una ojeada. Sí, desde luego es de Luke. Qué suerte que hayamos podido recuperarlo. ¡Ahora el Ahuyentador no encontrará esta prueba! ¡Luke podía verse muy comprometido por culpa de «esto»!

—Eres muy inteligente, Fatty —le dijo Bets con toda admiración.

—Buen trabajo, Fatty —exclamó Pip.

En el acto Fatty se esponjó de orgullo.

—Oh, eso no tiene importancia —comenzó a decir—. Tengo ideas mucho mejores que ésta. Vaya, una vez…

—¡Cállate! —le dijeron Larry, Daisy y Pip a la vez, y Fatty cerró la boca guardando el silbato en su bolsillo.

—Mirad a ver si hay más pistas —dijo Pip—. Puede que haya más en la jaula.

Los cinco volvieron a aplastar sus narices contra la tela metálica, y Bets arrugó la suya.

—No me gusta el olor que hay en la jaula —exclamó.

—Bueno, los animales no huelen nunca bien cuando están enjaulados —respondió Larry.

—No, es otro olor —dijo Bets—. Como petróleo o algo parecido.

Todos olfatearon.

—Quiere decir aguarrás —dijo Fatty—. Yo también lo huelo… aunque muy ligeramente. Me temo que eso no sea una pista, Bets. No obstante es bueno reparar incluso en un olor. Tal vez la señorita Harmer utilice aguarrás para limpiar la jaula. Bueno… ¿Alguna otra pista?

Pero al parecer ya no había nada más que descubrir, aunque los niños estuvieron examinando los alrededores de las jaulas y asomándose a ellas una y otra vez.

—Es desesperante —exclamó Fatty—. No hay nada que nos sirva de ayuda. Nada en absoluto. Bueno, ha sido una suerte que encontrásemos ese silbato antes de que el Ahuyentador o Tupping lo descubrieran. Seguro de que alguien lo puso ahí para que se sospechara de Luke. ¡Qué truco tan mezquino!

—¿Y si «pusiéramos» un montón de pistas en la jaula para confundir al Ahuyentador? —dijo Pip.

Los otros le miraron encantados, pues todos habían pensado lo mismo en aquel momento.

—¡Caramba, qué buena idea! —dijo Fatty, deseando que se le hubiera ocurrido a él.

—¡Sí, hagámoslo! —exclamó Larry, excitado—. Pongamos toda clase de indicios tontos que no puedan comprometer a Luke. ¡Y el

viejo Ahuyentador tendrá que romperse la cabeza para descifrarlos!

Todos rieron. ¿Qué dejarían en la jaula?

—Yo tengo algunas bolitas de menta —dijo Pip conteniendo la risa—. Echaré una dentro de la jaula.

—Y yo pondré un trozo de la cinta que sujeta mis cabellos —exclamó Daisy—. Hoy se me ha roto en dos pedazos y los llevo en el bolsillo. ¡Echaré uno a través de la tela metálica!

—Y yo tengo algunos botones azules de la chaqueta de mi muñeca —dijo Bets—. ¡Dejaré uno!

—Yo creo que llevo unos cordones de zapatos color castaño en alguno de mis bolsillos —exclamó Larry rebuscando en los bolsillos de sus calzones cortos—. Sí, aquí están. Echaré uno dentro de la jaula.

—¿Y tú qué pondrás, Fatty? —le preguntó Bets.

Fatty sacó una colección de colillas de su bolsillo mientras los otros le miraban con asombro.

—¿Para qué coleccionas colillas? —preguntó Larry por fin.

—Las fumo —replicó Fatty—. Son restos de cigarros puros que fuma mi padre, y que deja en el cenicero de su dormitorio.

—¡Tú no te los fumas! —exclamó Pip incrédulo—. Sólo lo dices para darte importancia, como siempre. Los llevas en el bolsillo para oler a tabaco como las personas mayores, eso es todo. Muchas veces me he preguntado por qué olías de esa manera.

Aquello se acercaba demasiado a la verdad para el gusto de Fatty, y fingió no haber oído lo que dijo Pip.

—Tiraré una colilla al suelo… cerca de la jaula —dijo—, y otra dentro… aunque espero que a ninguno de los gatos se le ocurra masticarla y se ponga enfermo. «Dos» colillas son suficientes para que el Ahuyentador se vuelva loco.

Con toda solemnidad los niños esparcieron sus «pistas». Pip arrojó una bola grande de menta dentro de la jaula y los gatos la observaron con desagrado. Por lo visto les molestaba el olor.

Daisy introdujo un pedazo de cinta azul algo descolorida por un agujero de la tela metálica; Bets dejó un pequeño botón azul, y Larry un cordón de zapato nuevo color castaño… ¡y Fatty dos colillas, una fuera, y otra también dentro de la jaula!

—Vaya —exclamó—. Ahora el Ahuyentador tendrá muchas

pistas que descubrir. Espero que venga pronto.

Capítulo IX

El señor Goon pone manos a la obra

—Escuchad —exclamó Daisy de pronto mirando su cinta caída en el suelo de la jaula—. Escuchad, ¡supongo que ahora no creerán que he sido yo quien ha robado la gata! Mamá sabría enseguida que esa cinta es mía, en cuanto la viera.

—¡Oh, cielos! No lo había pensado —exclamó Pip.

—No os preocupéis —intervino Fatty—. Aquí tengo un sobre azul… ¿veis? Ahora bien, pongamos dentro lo mismo que hemos dejado como pista. Yo pondré dos colillas iguales a las que he dejado. Daisy, tú pon el otro pedazo de cinta.

Daisy así lo hizo. Luego Bets puso uno de los botones azules de su muñeca, Larry el otro cordón de zapato, y Pip una bolita de menta.

Fatty dobló cuidadosamente el sobre y lo guardó en su bolsillo.

—Si alguno de nosotros fuera acusado del robo por causa de las pistas que hemos dejado en la jaula, sólo tenemos que enseñarles el contenido de este sobre para demostrarles que ha sido una broma —dijo.

Se oyó sonar una campanilla en casa de Pip, y Bets lanzó un gemido.

—¡Tengo que acostarme! ¡Qué rabia! No quiero marcharme.

—Tienes que irte —replicó Pip—. Ayer te riñeron por llegar tarde. ¡Oh, Dios mío, ojalá pudiéramos quedarnos aquí y ver cómo el viejo Ahuyentador y Tupping descubren las pistas que les hemos dejado!

—Pues quedémonos —exclamó Larry.

—¡Oh, yo también quiero quedarme! —gimió Bets temiendo

quedarse de lado otra vez. Pip le dio un empujón.

—¡Bets, «tienes» que marcharte! Ya vuelve a sonar tu campana.

—También es la tuya… significa que debes ir a lavarte y a cambiarte para la cena —dijo la niña—. Ya lo sabes.

Pip lo sabía, y Larry exhaló un suspiro. También él y Daisy debían irse a casa, y la suya estaba mucho más lejos que la de Pip y Bets.

—¡Nosotros también hemos de marcharnos! —exclamó Larry—. Fatty, supongo que tú tampoco podrás quedarte a observar, ¿verdad? La verdad es que hubiera sido muy divertido. ¿Por qué no te quedas? Tus padres no se preocupan demasiado por ti, ¿no es cierto? Entras y sales de tu casa siempre que quieres.

—Está bien, me quedaré de vigilancia —repuso Fatty—. Me subiré a ese árbol. Me parece que no me será difícil subirme a él, y sus hojas son muy espesas. Desde ahí podré ver todo sin ser visto.

—Bien, entonces vámonos, Bets —dijo Pip de mala gana. Fatty iba a disfrutar solo de toda la diversión.

Entonces se oyeron voces masculinas por el jardín y los niños se miraron unos a otros.

—Tupping y el Ahuyentador vuelven —susurró Larry—. ¡Saltemos la tapia, deprisa!

—¡Adiós, Fatty, mañana nos veremos! —le dijo Pip en voz baja.

Los cuatro corrieron hacia la tapia, y Pip ayudó a su hermana a saltarla. Los otros no tardaron en estar a salvo al otro lado, y Fatty quedó solo. Trepó al árbol con gran rapidez, si se considera su gordura.

Fatty tomó asiento en una rama gruesa, y fue apartando las hojas con cuidado para poder ver lo que ocurría abajo. Vio a Tupping que se acercaba a la casa de los gatos con el Ahuyentador.

—Bueno, ahora echaremos un vistazo, señor Tupping —decía el Ahuyentador—. Quizás encontremos alguna pista. ¡Ah!, y siempre que he encontrado una pista me ha conducido hasta el criminal.

—¡Ah! —exclamó el señor Tupping—. Le creo, señor Goon. Bueno, no me extrañaría que ese Luke hubiera dejado algún rastro. Puede que sea lo bastante inteligente para robar un gato de valor, pero no tanto como para borrar su paso.

Los dos hombres comenzaron a buscar alrededor de la casa de

los gatos, quienes les contemplaban con sus brillantes ojos azules. No comprendían por qué aquel día iba tanta gente por allí. Fatty lo miraba todo desde el árbol.

El señor Goon fue el primero en encontrar la colilla caída fuera de la jaula, e inclinándose rápidamente sobre ella, la cogió.

—¿Qué es eso? —preguntó el señor Tupping asombrado.

—Una colilla de cigarrillo puro —respondió el señor Goon muy satisfecho, y luego comenzó a rascarse la cabeza con aire preocupado—. ¿Es que ese muchacho, Luke, fuma cigarros puros?

—No sea tonto —replicó Tupping con impaciencia—. Claro que no. Eso no es una pista. Alguien que haya venido a ver a los gatos de lady Candling debe haber tirado esa colilla debajo de la jaula. Eso es todo.

—¡Ummmm! —refunfuñó el señor Goon sin querer despreciar la colilla tan pronto—. Bueno, tendré que pensarlo.

Fatty rio para sus adentros y los dos hombres siguieron sus pesquisas. Al fin Tupping se enderezó.

—Me parece que no hay nada más —dijo—. ¿Cree usted que habrá algo en el interior de la jaula?

El señor Goon vacilaba.

—No lo creo —dijo—. Pero podemos mirar. ¿Tiene la llave, señor Tupping?

El señor Tupping cogió la llave que estaba colgada de un clavo detrás de la casa de los gatos, pero antes de que abriera la puerta el señor Goon lanzó una exclamación. Acababa de mirar a través de la tela metálica viendo varias cosas en el suelo, y ésa era la causa de su excitación. ¡Vaya, aquel sitio parecía estar lleno de pistas!

—¿Qué ocurre? —le preguntó el señor Tupping.

—¡Mire! ¿Ve ese cordón de zapato? —respondió el señor Goon señalándoselo—. Esa es una pista muy importante. ¡Alguien ha estado aquí y ha perdido el cordón de su zapato!

El señor Tupping contempló el cordón con el mayor asombro. Luego vio el botón azul… y la cinta, quedando estupefacto. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Los dos hombres fueron recogiendo las «pistas» de la jaula de los gatos, y las sacaron para examinarlas detenidamente.

—Quienquiera que haya estado aquí lleva cordones de color

castaño en sus zapatos, eso es seguro —dijo el señor Goon con gran satisfacción—. Y fíjese en ese botón… se ha caído de la chaqueta de alguien, eso es.

—¿Qué será esto? —preguntó el señor Tupping, mostrando la bolita de menta de Pip al señor Goon, quien la olfateó.

—¡Menta! —exclamó—. ¿Es que Luke suele tomar bolas de menta?

—Supongo —fue la respuesta de Tupping—. Muchos niños toman caramelos, pero Luke no usa una cinta para sujetarse el pelo, señor Goon, y mire… aquí otra colilla… igual a la que hemos encontrado fuera de la jaula.

El señor Goon estaba muy excitado con sus hallazgos y los estuvo contemplando con aire preocupado.

—A juzgar por estos indicios, el ladrón ha de ser alguien que fume cigarros puros, que lleve una cinta azul en la cabeza y botones también azules, cordones de color castaño en los zapatos y que tome bolitas de menta —dijo.

—Esto no tiene sentido.

Fatty hacía esfuerzos para no estallar en carcajadas. Era tan divertido ver al señor Goon y a Tupping intrigados por las pistas que los niños habían dejado preparadas. El señor Goon lamió la bola de menta con grandes precauciones.

—Sí; es de menta, desde luego —dijo—. Bueno, esto es un verdadero rompecabezas… encontrar tantas pistas, y nadie que tenga relación con ellas. ¿Ha encontrado usted algo más, Tupping?

El señor Tupping había entrado en la jaula y miraba a su alrededor con toda atención.

—Miraba si había alguna más que nos hubiera pasado por alto —dijo. Pero no pudo encontrar nada más por mucho que buscó y volvió bastante malhumorado.

—Bueno, creo que ya no hay nada más —dijo en tono decepcionado—. Estoy seguro que descubrió que el ladrón ha sido ese chico, Luke, señor Goon. Esto no pueden ser pistas… sino cosas que han ido a parar al interior de la jaula por casualidad.

—Pues caramelo de menta me parece algo muy curioso para que haya ido a parar al interior de la jaula por casualidad —replicó el señor Goon—. Tendré que llevarme todas estas cosas a mi casa y

reflexionar sobre ellas.

Fatty se carcajeaba interiormente mientras veía cómo el señor Goon guardaba las «pistas» en su sobre blanco, lo cerraba, escribía algo en él, y luego lo guardaba cuidadosamente en su bolsillo. Se volvió al señor Tupping.

—¡Bueno, hasta la vista! —le dijo—. Gracias por su ayuda. Ha sido ese Luke, no me cabe duda. Le he dicho que mañana iré a interrogarle y si no le obligo a que confiese, es que no me llamo Teófilo Goon.

Y tras pronunciar pomposamente su nombre, el Ahuyentador se alejó con aire majestuoso por el sendero, con sus «pistas» bien guardadas en el bolsillo, y la mente preocupada. ¡Una cinta para sujetar el cabello… qué extraño! Un botón azul… muy peculiar. Un cordón de zapato color castaño, casi nuevo… extraordinario. Un caramelo de menta… asombroso. Y «dos» colillas de puro… «dos». El señor Goon consideraba que de haber encontrar sólo una la cosa hubiera sido más sencilla. ¿Cómo era posible que el ladrón se hubiera entretenido en fumar dos puros mientras robaba un gato?

Fatty estaba deseando bajarse del árbol, y poder volver a su casa para cenar. De pronto sentía un apetito terrible. Se inclinó para ver si el señor Tupping se había ido ya, pero no era así.

Volvía a estar en la casa de los gatos registrándola cuidadosamente. Al fin volvió a salir muy pensativo, cerró la puerta con llave y echó a andar por el camino con aire preocupado. Fatty esperó a que se apagara el ruido de sus pasos y entonces se bajó del árbol.

Una vez en el suelo fue a mirar a los gatos de ojos azules. Se alegraba de tener el silbato de Luke en su bolsillo. ¡Aquello sí que «hubiera» sido una pista! Fatty se rio por lo bajo al recordar la sorpresa y deleite del señor Goon al encontrar tantas «pistas».

«Bien, mañana veremos a Luke y le haremos un sinfín de preguntas», pensaba Fatty mientras se dirigía a su casa. «¡Palabra que hoy ha sido un día emocionante!».

¡Pero aún le esperaban mayores emociones!

Capítulo X

Pip y Bets van de visita

A la mañana siguiente muy temprano Fatty estaba ya en casa de Pip deseoso de contar a los demás la sorpresa y extrañeza del señor Goon y el jardinero al encontrar tantas pistas «falsas». Larry y Daisy llegaron casi al mismo tiempo que «Buster» y Fatty, y pronto todos los niños reían escuchando la historia de Fatty.

—El Ahuyentador preguntó a Tupping si Luke fumaba puros —dijo Fatty riendo—. ¡Casi me caigo del árbol de la risa que me dio!

—Esta mañana hemos silbado muchas veces para llamar a Luke —dijo Pip—, pero no nos ha contestado, ni se ha acercado a la tapia tampoco. ¿Tú crees que estará asustado?

—Tal vez sí —dijo Fatty—. Bueno, hemos de hablar con él, y explicarle lo del silbato que encontramos en la jaula de los gatos, y todas las pistas que dejamos allí. Ahora iré yo a silbar bien fuerte.

Pero ni siquiera el silbido más potente de Fatty obtuvo respuesta, de manera que los niños decidieron esperar en la puerta a la una, pues a aquella hora Luke se iba a su casa a comer.

Así que le esperaron en la puerta, pero Luke no apareció. Los niños aguardaron hasta la una y diez, y luego tuvieron que correr para llegar a tiempo a sus casas.

—Tal vez le hayan despedido —dijo Fatty pensándolo por primera vez—. Quizá no vuelva más a la casa de al lado.

—¡Oh! —dijo Bets con desmayo—, ¡pobre Luke! ¿Tú crees que lady Candling le habrá despedido diciéndole que no vuelva más?

—¿Cómo lo averiguaremos? —preguntó Larry.

—Podríamos preguntarle a Tupping —dijo Diana y los otros la miraron mal.

—¡Cómo si nosotros pudiéramos preguntar «algo» a Tupping! —exclamó Larry, y todos reflexionaron unos instantes.

—Ya sé —dijo Pip—. Lady Candling me dijo que le llevara a Bets, pues le gustaría verla. De manera que la llevaré esta tarde. Y a lady Candling sí le puedo preguntar por Luke, ¿no?

—Bueno idea, Pip —dijo Fatty—. Precisamente estaba pensando lo mismo. Y tal vez tengas ocasión de descubrir dónde estuvo lady Candling de cuatro a cinco. Quiero decir, si tuvo oportunidad de bajar a robar el gato ella misma.

—Vaya yo estoy seguro de que no fue ella —replicó Pip al punto —. Sólo hay que verla para saber que ni siquiera se le ocurriría «pensar» una cosa semejante. De todas formas, creí que habíamos decidido que no valía la pena interrogar a nuestros sospechosos, puesto que Luke había estado todo el tiempo junto a la casa de los gatos, y hubiera visto a cualquiera que se hubiese acercado por allí.

—Bueno, supongo que ésa es la verdad —dijo Fatty—, y no veo que fuese posible que el ladrón se apoderara del gato en las mismas narices de Luke. Él dice que no se movió de allí ni siquiera medio minuto.

—Han «vuelto» a tocar la campana de la comida —exclamó Bets —. Vamos, Pip, que si no nos reñirán. Vosotros volved después y os contaremos qué tal nos ha ido a Pip y a mí esta tarde.

Y se separaron para ir a sus respectivas casas. Todos estaban preocupados por Luke. ¿Se habría quedado sin trabajo? Seguramente lady Candling le habría despedido o de lo contrario aquella mañana hubiera ido a trabajar como de costumbre. ¡Pobre Luke!

A las tres y media Pip y Bets creyeron llegado el momento de ir a ver a lady Candling. Daisy miró a Bets, que llevaba un pelele muy arrugado, y los calzones cortos de Pip que estaban muy sucios.

—¿No crees que debías ponerte un vestido limpio, Bets? —le dijo Daisy—. Y «mira» tus pantalones, Pip. La verdad, parece como si hubieras estado sentado encima de un saco de hollín.

—¡Cielos! ¿Es que hemos de cambiarnos? —exclamó Pip alarmado, pues aborrecía la ropa limpia.

—Pues yo creo que es más cortés presentarse aseado —dijo Daisy, de manera que Pip y Bets fueron a la casa para lavarse y

cambiarse de ropa.

Su madre, que les vio entrar, les preguntó:

—¿Qué queréis?

—Vamos a lavarnos y a cambiarnos de ropa, mamaíta —dijo Bets.

—¿«Qué»? —exclamó su madre asombrada—. ¿Qué os ocurre? ¿A dónde vais?

—A ver a lady Candling —respondió Bets antes de que Pip pudiera detenerla.

—¡A ver a lady Candling! —repitió la señora Hilton todavía más asombrada—. ¿Pero por qué? Ella no os ha invitado. No podéis ir sin su autorización.

Pero ya entonces Pip había propinado a Bets un codazo que casi la tira al suelo, y la niña se quedó mirando a su madre, temerosa de haber hablado más de la cuenta.

—Vaya, parece que Bets ha perdido la lengua —dijo la señora Hilton impaciente—. Pip, ¿qué «significa» esto? Tú no acostumbras a ir por ahí de visita con Bets. ¿A qué es debido?

—Verás, mamá —respondió Pip—. Ayer vi a lady Candling y me dijo que tú le habías hablado de Bets y que se la llevara porque le gustaban mucho las niñas pequeñas.

—Pero ¿cuándo «viste» a lady Candling? —dijo su madre estupefacta—. ¡Oh, Pip! Espero que no hayas ido a la casa vecina para molestar.

—Oh, «no», mamá —replicó Pip con aire inocente—. No se me ocurriría siquiera ir a molestar. Bueno… si prefieres que no vayamos, no iremos… pero Bets tendrá una desilusión.

Y susurró a Bets por lo bajo:

—Empieza a llorar, ¿quieres? Entonces todo irá bien.

Bets elevó la voz lanzando un gemido que partía el corazón.

—¡Yo quiero ir! ¡Yo quiero ir! —sollozó.

—Bueno, id —se apresuró a decir la señora Hilton—, pero portaos bien.

—He pensado que sería conveniente decir a lady Candling que sentimos la pérdida de su gato, y preguntarle si ya lo han encontrado —dijo Pip, haciendo que su madre le mirara con extrañeza.

—De pronto te has vuelto muy educado y cortés, Pip —le dijo—. No puedo por menos de pensar que escondéis algo detrás de todo esto. Bueno, como yo me entere por lady Candling que habéis ido a molestar me enfadaré mucho.

Los niños corrieron a cambiarse de ropa. Bets tenía miedo de que Pip fuera a reñirle por haber dicho que iban a ver a lady Candling, pero no fue así.

—Compensaste el haber descubierto parte de nuestro secreto con ese gemido tan maravilloso —le dijo—. Casi creí que llorabas de «verdad», Bets.

Pronto se encontraron caminando por la avenida del jardín de lady Candling, y por el camino encontraron a Tupping que estaba cortando los setos, y quien al verles frunció el ceño.

—Buenas tardes, Tupping, ¡qué día tan hermoso! —dijo Pip imitando la cortesía de su madre—. Aunque yo creo que no tardará en llover, ¿no le parece? Sin embargo, la huerta lo necesita, estoy seguro.

Tupping lanzó un gruñido y continuó mirando al seto. Pip estaba seguro de que le habría agradado asustarle a él y a Bets, y sonriendo continuó su camino.

Los dos niños llegaron ante la puerta e hicieron sonar el timbre. Una doncella pizpireta les abrió la puerta muy sonriente.

—Por favor. ¿Está en casa lady Candling? —le preguntó Pip.

—Creo que está en el jardín —respondió la doncella—. Os acompañaré hasta la terraza y desde allí podéis ir a buscarla si queréis. Debe de estar cortando rosas.

—¿No han encontrado la gata todavía? —preguntó Pip mientras él y Bets seguían a la doncella hasta una terraza soleada.

—No —dijo la doncella—. La señorita Harmer está desesperada. Es un asunto muy extraño, y temo que haya sido Luke. Al fin y al cabo fue el único que estuvo cerca de los gatos de cuatro a cinco.

—¿No oyó o vio usted algo extraño ayer por la tarde? —preguntó Pip pensando que podía aprovechar la ocasión para hacerle algunas preguntas.

—Nada —respondió la doncella—. Veréis, lady Candling daba un té ayer tarde… vinieron nueve o diez personas… y la cocinera y yo estuvimos muy ocupadas todo el tiempo. No bajamos para nada

al jardín de cuatro a cinco, pues tuvimos mucho quehacer. De haber bajado tal vez hubiésemos visto al ladrón. ¡Ah! ¡Fue un buen día para el ladrón… la señorita Harmer no estaba, Tupping tampoco, la cocinera y yo anduvimos ocupadas, y lady Candling en la casa atendiendo a sus invitados!

—Sí —contestó Pip—. Parece como si el ladrón lo supiese también y por eso realizó el robo tan fácilmente.

—Por eso tiene que haber sido Luke —dijo la joven—. Aunque siempre me ha gustado. Es un poco simple, pero siempre agradable. Y ese Tupping le tiene aterrorizado.

—¿Tampoco le gusta Tupping? —exclamó Bets.

—¡Es un hombre rudo y malhumorado! —dijo la joven—. Pero no digáis que yo os lo he dicho. La cocinera y yo preferiríamos que hubiera sido «él» quien se llevara el gato. Bueno ya he hablado bastante con vosotros. Id a ver si encontráis a la señora.

Pip y Bets penetraron en el soleado jardín.

—Por lo que nos ha dicho la doncella creo que podemos tachar a lady Candling, a la doncella y a la cocinera de nuestra lista de sospechosos —dijo Pip—, ¡mira, ahí está la señorita Trimble!

La señorita Trimble iba hacia ellos, y Bets dijo a Pip en un susurro:

—¡Pip! ¡Contemos cuántas veces se le caen los lentes!

—¡Vaya, niños! —exclamó la señorita Trimble con su voz de pájaro dirigiéndoles una amplia sonrisa—. ¿Buscáis a lady Candling? Creo que he visto antes a esta niña… ¿No eres la que se llevó las matas de fresas? ¡Oh, qué risa, ja, ja!

Se rio y los lentes se le cayeron y quedaron balanceándose de la cadenita. Se los volvió a poner.

—Sí, ésa soy —dijo Bets—. Y «hemos» venido a ver a lady Candling.

—¡Oh, qué lástima! ¡Acaba de marcharse! —respondió la señorita Trimble—. ¡Tendréis que conformaros conmigo!

Volvió a reír y los lentes se le cayeron de nuevo.

—Dos —dijo Bets entre dientes.

—¿Sabe usted dónde está Luke? —le preguntó Pip pensando que sería una buena idea ir a verle si andaba por allí.

—No, no lo sé —fue la respuesta de la señorita Trimble—. Hoy

no ha venido. Tupping está muy contrariado.

—¿Es que lady Candling ha despedido a Luke, señorita Tembleque? —preguntó Bets.

—Me llamo Trimble, no Tembleque —respondió la mujer—. No, lady Candling no le ha despedido. Por lo menos no lo creo. ¿No fue una pena que desapareciera ese gato tan precioso? Ya sabéis que yo le vi a las cuatro.

—Sí, iba usted con nuestra madre —dijo Pip—. Supongo que cerca de la jaula no verían a nadie más que a Luke.

—No, a nadie —respondió la señorita Trimble—. Luke estuvo allí todo el tiempo cavando de firme. Vuestra madre y yo estuvimos sólo unos minutos, y luego yo tuve que volver corriendo a ocuparme del té, pues quedaba aún mucho que preparar. Y hasta después de la reunión no tuve ni un momento libre.

—¡Entonces «usted» no pudo robar la gata! —dijo Pip riendo, y la señorita pegó un respingo que hizo saltar sus lentes, y su nariz se puso más encarnada que de costumbre.

—¡Qué gracioso! —exclamó tratando de desenredar los lentes que se habían enganchado en su cuello de encaje—. ¡Sólo el pensar en robar algo me produce escalofríos!

—¿Podríamos ir a ver los gatos, señorita Tembleque? —preguntó Bets.

—Creo que sí —fue su respuesta—. Mi nombre es Trimble, no Tembleque. Procura recordarlo. La señorita Harmer está con ellos. Iremos a verla. Venid conmigo, pequeños.

Y al echar a andar delante de ellos, los lentes se le cayeron una vez más y otra a los pocos pasos, así que Bets comentó en voz alta.

—Van cuatro veces.

—¿Cuatro veces, qué, querida? —quiso saber la señorita Trimble mirándola sonriente y sujetándose los lentes para evitar que se cayeran.

—No los sujete con la mano —le rogó Bets—. Estoy contando las veces que se le caen.

—¡Oh, qué niña más divertida! —dijo la señorita Trimble aunque parecía enfadada. Se sujetó los lentes con la mano, y Bets lo sintió. ¡Aquello no era justo!

Llegaron a la casa de los gatos, y allí estaba la señorita Harmer

preparándoles la comida. Alzó la cabeza y su rostro rechoncho y antes alegre tenía entonces un aire preocupado.

—¡Hola! —les dijo—. ¿Venís a ver mis gatos?

—Sí —respondió Bets—. Señorita Harmer, ¿no es terrible que ayer robaran a «Reina Morena» mientras usted no estaba?

—Sí —replicó la guardiana removiendo la comida en la cazuela —. Ojalá no me hubiera ido. En realidad sólo tenía medio día de fiesta; pero el señor Tupping se ofreció para cuidar de los gatos si yo quería pasar todo el día fuera… así que le di las gracias y me fui, pero desde entonces no he dejado de reprochármelo.

—¿Dice usted que el señor «Tupping» se ofreció para cuidar de los gatos? —exclamó Pip lleno de asombro al pensar que Tupping pudiera prestarse a hacer algún favor a alguien—. ¡Cielos! ¡Eso no es propio de «él»!

—No, no lo es —respondió la joven riendo—. Pero yo tenía muchas ganas de ir a mi casa, cosa que no puedo hacer a menos de tener todo un día libre, porque mi casa está muy lejos. ¿Hacéis colección de billetes de tren? Porque el revisor no me pidió el billete cuando llegué a la estación anoche. Podéis quedároslo si queréis.

Pip hacía colección de billetes de ferrocarril y aceptó el que le daba la señorita Harmer.

—Gracias —le dijo, y lo guardó en el bolsillo pensando en la envidia que tendría Larry, puesto que también él los coleccionaba.



—Señorita Harmer, ¿usted cree que Luke robó el gato? —preguntó Pip.

—No, yo no lo creo —fue la respuesta de la señorita Harmer—. Es un poco tonto, pero muy honrado. Pero voy a deciros quién «puede» haberlo robado… ¡el amigo que Luke tiene en el circo! ¿Cómo se llama…? Jake, creo que es.

Aquello era una novedad para los niños. Luke nunca les había hablado de Jake. ¡Un amigo en un circo! ¡Qué emocionante! ¿Por qué no le había nombrado nunca?

—¿Vive cerca de aquí ese Jake? —preguntó Pip.

—Oh, no, el circo al que pertenece está actuando en el pueblo vecino… en Farring —explicó la señorita Harmer—. Así que supongo que él no andará lejos. ¿Sabéis? «Reina Morena» resultaría maravillosa para un circo. Yo le había enseñado a hacer varias cosas.

La señorita Trimble se estaba impacientando porque era casi la hora del té. Lanzó dos o tres carraspeos corteses, y sus lentes no tardaron en volverse a caer.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Pip—. Gracias por enseñarnos los gatos. No necesita acompañarnos, señorita Tembleque, saltaremos la tapia.

—Mi nombre es Trimble y no Tembleque —dijo la buena mujer dejando de sonreír unos instantes—. Ojalá procurarais acordaros. Y desde luego, no vais a saltar la tapia. Dejad que os acompañe hasta la puerta.

—Tupping está allí —le dijo Bets, y a la señorita Trimble se le cayeron los lentes en el acto, al oír mencionar al jardinero.

—¡Oh, bueno, si de «verdad» queréis saltar la tapia, no os lo impediré! —les dijo—. Adiós, queridos niños. Le diré a lady Candling que habéis venido.

—Se le han caído ocho veces —dijo Bets en tono complacido a su hermano mientras ambos saltaban la tapia—. Oye, Pip, ¿no te parece extraño que Luke no nos haya hablado nunca de Jake?

Capítulo XI

Una visita al circo

Aquella tarde, Pip y Bets iban a merendar con Larry y Daisy, de manera que subían la colina acompañados de Fatty y «Buster». Pip tenía mucho que contar.

—Luke no ha aparecido hoy —decía—. Es extraño porque lady Candling no le ha despedido, y lo que yo digo, ¿por qué no nos ha hablado nunca de Jake?

—Supongo… supongo que no es posible que «él» le dijera a Jake que se acercara a la casa de los gatos, y le diera la gata, ¿verdad? —dijo Larry—. Quiero decir… que sabemos que Luke no lo hizo… pero bueno, ¿qué pensáis los demás?

Por primera vez los niños comenzaron a dudar de Luke. Él no les había hablado de Jake. Y debía ser un hombre interesante, si vivía en un circo. Y después de todo, Luke fue el único que estuvo cerca de la casa de los gatos durante aquella hora.

—Pues yo sigo creyendo que no ha sido Luke ni su amigo Jake —replicó Bets testaruda—. ¡Ya lo sabéis!

—Ni yo —exclamó Daisy—. Pero me gustaría que esto no fuera tan complicado.

—La última vez fuimos mejores Pesquisidores —dijo Larry contrariado—. Pensar en las pistas y cosas que descubrimos, y en todos los sospechosos que interrogamos.

—Bueno —replicó Pip—. Puedo deciros una cosa… que podemos tachar a todos los sospechosos de nuestra lista. Estuve sólo una media hora en la casa vecina, pero he descubierto lo bastante para asegurar que ninguno de los que tenemos anotados en la lista ha robado a «Reina Morena».

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Fatty.

—Pues veréis, lady Candling tuvo ayer una reunión —dijo Pip— y es natural que no pudiera dejar a sus invitados para ir a robar su propio gato. La cocinera y la doncella estuvieron muy ocupadas todo el tiempo durante la merienda, así que también quedan descartadas. La señorita Tembleque tuvo también que ayudar, y estoy seguro de que lady Candling hubiera encontrado muy sospechoso si hubiera desaparecido durante diez minutos para robar el gato.

—Continúa, Pip —dijo Fatty—. ¿Dónde está nuestra lista de sospechosos, Larry? Tachémosles uno por uno.

—Y también podéis tachar a la señorita Harmer —prosiguió Pip —, porque ayer fue a su casa que está en Langston, a varios kilómetros de aquí, y mirad, aquí está el billete de regreso que me regaló porque el revisor no se lo pidió. Así que podemos borrarla también.

—Así quedan descartados todos nuestros sospechosos… excepto Luke —dijo Larry—. ¡Cáspita! Parece como si el ladrón hubiera sido un amigo de Luke, ¿no?… alguien que llegase sigilosamente, hiciera un guiño a Luke, y huyera con el gato en la confianza de que Luke no habría de delatarle. Ojalá pudiéramos encontrarle para preguntarle por Jake.

—Adivino dónde está Luke… ¡apuesto a que lo sé! —exclamó Pip—. Apuesto a que ha ido al circo… y que está con su amigo Jake. ¡Apuesto a que se irá con el circo también, cuando éste se marche!

Todos pensaron que Pip tenía razón. Claro que era allí donde debía estar.

—Escuchad, después de merendar cogeremos las bicicletas y nos iremos a Farring —propuso Fatty—. No tardaremos en encontrar las tiendas del circo… y si Luke está allí lo encontraremos.

—¡Buena idea! —exclamaron todos animándose ante la perspectiva de hacer algo interesante—. Vamos, merendaremos deprisa y nos iremos.

La señora Daykin (madre de Larry y Daisy) quedó sorprendida al ver con qué velocidad engullían la espléndida merienda que les había preparado, y les contemplaba estupefacta.

—¿Tenéis mucho apetito, o mucha prisa? —les preguntó—. ¿Es que ninguno de vosotros ha comido?

—Es que tenemos prisa, señora Daykin —dijo Fatty lo más cortésmente que pudo, y con la boca llena—. Después de merendar queremos dar un paseo en bicicleta. No iremos lejos.

—Hasta Farring —intervino Bets, quien recibió dos codazos en el acto, uno de Pip y otro de Larry.

Ambos temieron que hablara demasiado.

—¿Para qué queréis ir a Farring? —dijo la señora Daykin sorprendida, pues no sabía que estaba allí el circo—. No es un sitio muy bonito.

—Pues hemos pensado que sería un agradable paseo ir hasta allí y volver —dijo Larry—. Será mejor que nos marchemos ya. No volveremos tarde, mamá.

Fatty tuvo que ir a buscar su bicicleta, lo mismo que Bets y Pip. También dejaron ir a Bets, cosa que la alegró mucho, puesto que Farring no estaba muy lejos. Los niños pedaleaban alegremente.

De pronto, ante ellos, vieron a otro ciclista… muy corpulento y vestido de azul oscuro.

—¡Cielos! ¡Si es el viejo Ahuyentador! —exclamó Pip—. Que nadie le adelante. Tal vez tuerza en algún sitio, y entonces podremos continuar rápidamente nuestro camino hacia Farring.

¡Pero el Ahuyentador también tomó el camino de Farring!

—¡Vaya! Espero que no vaya también a ver a Jake —dijo Fatty contrariado—. ¿Creéis que habrá descubierto que Luke tenía un amigo en el circo? ¡Maldición! No podemos consentir que el Ahuyentador se nos adelante. Después de todo, tal vez ese Jake resulte una pista importante.

Entonces ocurrió algo inesperado. ¡Al señor Goon se le pinchó un neumático! Pasó por encima de un trozo de cristal, y la rueda posterior de su bicicleta se deshinchó de repente. El policía se arrimó a la cuneta lanzando una exclamación de enojo.

Después de apearse comenzó a sacar todas las herramientas apropiadas para remediar el pinchazo. Los niños pasaron junto a él sonrientes, y pedaleando muy deprisa. Fatty le saludó con la mano.

—¡Buenas tardes, señor Goon! ¡Lamento verle en un apuro!

El policía alzó la cabeza, y su asombro se trocó en contrariedad

al ver a los cinco niños camino de Farring. Comenzó a remendar la cámara, y los niños siguieron adelante tranquilamente sabiendo que tenía que transcurrir por lo menos un cuarto de hora antes de que el Ahuyentador pudiera seguirlos.

—Allí están las tiendas del circo —dijo Bets cuando llegaron a la cima de una colina y comenzaron su descenso—. Y mirad cuántas jaulas también… y los carromatos. ¡Oh, qué emocionante!

Sí, era emocionante. Un elefante de gran tamaño estaba sujeto por una pata a un árbol corpulento. Cinco tigres rugían en una de las jaulas pidiendo su comida. Siete hermosos caballos eran montados por los mozos, quienes les hacían trotar por el campo para que hicieran ejercicio.

De todas las chimeneas de los alegres carromatos salía humo, y mil aromas distintos llenaban el aire.

—Riñones —dijo Bets frunciendo su naricilla.

—Salchichas —exclamó Daisy.

—¡Estofado! —dijo Fatty—. ¡Oooh! He merendado muy bien, pero no me vendría mal una buena cena.

—¿Cuál es nuestro plan? —preguntó Larry saltando de su bicicleta que dejó apoyada contra una cerca—. ¿Buscamos a Luke o preguntamos por Jake?

—Será mejor que no vayamos «todos» —dijo Fatty—. Creo que lo mejor será que vaya yo y pregunte por Jake.

—Esos tigres saldrán de sus jaulas en cuanto vean un bocado como tú y te devorarán —le dijo Larry—. Iré tan sólo «yo».

—«Yo» fui quien tuvo la idea de que Luke podía estar aquí —intervino Pip—. ¡Creo que soy «yo» quien debe ir!

—No discutáis y decidid pronto —les dijo Daisy impacientándose—. El Ahuyentador puede llegar de un momento a otro.

—Bueno, iremos todos menos Bets —dijo Larry—. No llamaremos la atención si damos una vuelta por ahí separados. Hay muchos niños, pero Bets será mejor que se quede aquí, vigilando las «bicis».

—«Vaya» —comenzó a decir Bets indignada—. ¡Me «gusta»! ¿Por qué he de ser yo la que me quede?

—Ya sabes que te dan miedo los tigres —dijo Pip—. Y también

los elefantes. Cuando fuimos al zoológico no quisiste montar en uno. Y Dios sabe lo que puede haber en esa gran jaula de allí… osos enormes… supongo.

—Oh —exclamó Bets—. Bueno, me «quedaré». Pero de todas formas creo que sois «muy» malos conmigo.

La niña tenía los ojos llenos de lágrimas. Sabía que no iba a atreverse a entrar en el circo ella sola, pero alguno podía haberse quedado con ella ayudándola para vigilar las bicicletas.

Los otros saltaron la cerca y entraron en el campo. Allí se separaron tomando distintas direcciones con la esperanza de encontrar a alguien para preguntarle por Jake.

Fue Pip quien le encontró. Había preguntado a una niña descarada perteneciente al circo, si sabía donde estaba Jake y primero le sacó la lengua, luego le insultó, y por último le señaló un hombre alto que estaba dando de beber a un caballo en un cubo.

Pip se acercó a él, y el hombre alzó la cabeza.

—¿Qué quieres? —le dijo.

—Escuche —replicó Pip—. Estoy buscando a un amigo mío que se llama Luke. Tengo un recado para él. ¿Está aquí?

—No —fue la breve respuesta del hombre—. Hace semanas que no le veo.

Pip estaba decepcionado.

—¡Oh! —exclamó—. Es que necesito hablar con él. ¿No sabe usted su dirección?

—No —volvió a decir el hombre—. No doy direcciones a entrometidos. Lárgate y cuídate de lo tuyo.

Fatty se había acercado al ver que Pip hablaba con un hombre.

—¿Es Jake? —le preguntó a Pip, y el niño asintió.

—Pero dice que hace semanas que no ve a Luke —explicó Pip.

—Somos amigos suyos —exclamó Fatty con fervor—. Créanos, por favor. Sólo queremos hablar con él.

—Ya os he dicho que no sé dónde está —replicó el hombre—. Y ahora marcharos de aquí y recordad lo que os he dicho, no he visto a Luke desde hace semanas.

Bets se quedó junto a las bicicletas viendo cómo los demás se alejaban por el campo. Estuvo vigilando por si aparecía el Ahuyentador, y esperaba que no se detuviera a preguntarle qué

estaba haciendo allí. Decidió esconderse detrás de la cerca para que no la vieran los transeúntes.

De manera que pasó a través de los barrotes acomodándose lo mejor que pudo. Estaba muy cerca de un gran carromato. Alzó la cabeza y vio algo que la llenó de sorpresa. Alguien la miraba tras la cortinilla de encaje… ¡y ese alguien era Luke!

Capítulo XII

Otra vez Luke

Bets permaneció sentada muy quieta conteniendo la respiración. La cortina se descorrió un poco más y la ventana se fue abriendo lentamente hasta que Luke asomó la cabeza.

—¡Hola, Bets! —dijo en voz baja—. ¿Cómo estás aquí? ¿Has venido a ver el circo?

—No —respondió la niña poniéndose en pie y hablando también muy quedo—. Nos enteramos de que tenías un amigo aquí, Luke, y deseábamos encontrarte y hablar contigo… así que pensamos que tal vez hubieses venido a reunirte con tu amigo.

—Es mi tío —dijo Luke—. No me gusta mucho, pero no tenía a nadie más a quien acudir. Comprende, tenía miedo de que me metieran en la cárcel por haber robado a «Reina Morena». Por eso me escapé.

—Pero tú no la robaste, ¿verdad? —le preguntó Bets.

—Claro que no —fue la respuesta de Luke—. ¡Cómo si yo fuera capaz de robar algo! Me asustaría demasiado. No es bueno estar solo. ¿Tú estás sola?

—No; los otros han venido también —contestó Bets—. Han ido a buscar a Jake para preguntarle si tú estabas aquí.

—Oh —exclamó Luke—. Bueno, yo no le he dicho nada del lío en que estoy metido… nada respecto a «Reina Morena», quiero decir. Tuve miedo de que si se lo contaba no me dejase esconderme aquí. Sólo le dije que me había enfadado con mi padrastro y que quería marcharme con el circo. Le enseñé las magulladuras de los golpes que me dio anoche mi padrastro, y dijo que me escondería hasta que el circo se marchara y que me llevaría consigo. Le

conviene la ayuda de un muchacho fuerte como yo.

—¿Es que te pegó tu padrastro? —dijo Bets con gran simpatía—. ¡Oh, Luke, qué mal lo habrás pasado! Espero que los otros no digan nada a Jake del gato desaparecido; pero no creo que lo hagan. Pensaban decirle únicamente que querían darte un recado.

—Bueno, si le dicen que soy sospechoso del robo de un gato no querrá tenerme aquí, eso seguro —dijo Luke—. A la gente de circo no le gusta tener tratos con la policía. Tú no le dirás a nadie que estoy aquí, ¿verdad, Bets? Tengo que continuar escondido en este carromato hasta que el circo se vaya.

—No se lo diré a nadie… excepto a los chicos y a Daisy —replicó Bets—. Puedes confiar en mí. Oh, Luke, ¿quién crees tú que pudo robar la gata? Ya sabes que fue de cuatro a cinco… y tú estuviste allí todo el tiempo. ¿No viste a «nadie»?

—No, a nadie —dijo Luke—. Es un verdadero misterio.

—Oh, Luke… tengo que contarte algo muy curioso —dijo Bets recordando el silbato encontrado. Pero antes de que pudiera decir más, se oyeron voces, y Luke se apresuró a cerrar la ventana y a correr la cortina.

Pero eran sólo los niños y Daisy que volvían para reunirse con Bets, aunque muy desanimados.

—Todo inútil, Bets —dijo Fatty—. Hemos encontrado a Jake pero no ha querido decirnos ni una palabra de Luke. Dice que hace semanas que no lo ve.

—Pero de todas formas no puedo por menos de pensar que «sí» le ha visto y que sabe dónde está —prosiguió Pip—. Es desesperante… haber venido hasta aquí para nada en absoluto.

—¿Qué le ocurre a Bets? —exclamó Fatty mirándola fijamente —. Está sofocada y rabiando por contarnos algo. ¿Qué ocurre, Bets?

—Nada —respondió la niña—. Excepto que sé dónde está Luke, eso es todo.

Los cuatro niños miraron a Bets como si se hubiera vuelto loca de repente.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Pip al fin—. ¿Dónde está?

Bets bajó la voz.

—¿Veis ese carromato rojo que hay ahí? Pues… está escondido ahí. Le he visto. Me estaba mirando por una ventanita, y he hablado

con él.

—¡Cáscaras! —exclamó Larry—. Nosotros vagando por todo el campo buscando a Jake para no sacarle ni una palabra… mientras la pequeña Bets estaba hablando con Luke. ¿Queréis nada más gracioso?

Bets estaba radiante. ¡Qué suerte que se le ocurriera colocarse al otro lado de la cerca, sentarse precisamente junto al carromato color rojo! Ella lo sabía… pero de todas maneras no podía por menos de sentirse inteligente e importante.

—¿Le dijiste algo a Jake del gato robado? —preguntó Bets—. Porque Luke me dijo que no ha dicho ni una palabra por miedo a que Jake no quisiera esconderle. Sólo le dijo que se escapaba por culpa de su padrastro y le enseñó las señales de sus golpes.

—Claro que no dijimos ni una palabra del gato, tonta —dijo Pip —. Me pregunto si podríamos hablar con Luke. ¿Por qué ventana dices que te miró?

Bets se la indicó, y Pip silbó la tonadilla que Luke usaba siempre como señal. La cortina se movió ligeramente y los niños pudieron ver la cabeza de Luke. La ventana se abrió despacito.

—¡Hola, Luke! —le dijo Fatty en voz baja—. No hemos hablado para nada del gato con Jake. Escucha, ¿es que piensas marcharte de verdad con el circo?

—Sí —dijo Luke.

—¿Pero no crees que si huyes todos creerán que fuiste tú el que robó a «Reina Morena»? —exclamó Larry. Ya sabes que no es bueno huir de nada.

Se oyó cómo alguien se apeaba de una bicicleta al otro lado de la cerca… alguien muy pesado y que jadeaba. Los niños se miraron unos a otros y luego por encima del seto. Sí. lo que temían… era el señor Goon. Había reparado su pinchazo dándoles alcance.

—¿Son vuestras estas bicicletas? —dijo el señor Goon—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Echando un vistazo al circo —repuso Fatty con tono cortés—. Esos tigres son preciosos, señor Goon. Tenga cuidado de que no se lo coman. Les gusta la cantidad.

El señor Goon lanzó un gruñido.

—Será mejor que os marchéis —les dijo—. Apuesto a que aquí

no estáis haciendo nada bueno. ¿Habéis visto a vuestro amigo Luke?

—¿Luke? —dijo Fatty abriendo mucho los ojos—. Vaya, ¿dónde «está» Luke? ¿Es que acaso no está en casa de lady Candling? Nos gustaría hablar con él… si usted nos dice dónde está.

El señor Goon volvió a gruñir. Lo hacía muy bien y sus gruñidos eran muy potentes. A Fatty le hubiera gustado gruñir como él. Estaba seguro de que a sus compañeros de escuela les hubiera entusiasmado oírle.

—Largaos de aquí —volvió a decirles el señor Goon montado en su bicicleta—. Os entrometéis en lo que no os importa, y molestáis a la justicia.

Y se alejó saliendo por la puerta de entrada al campo.

Los niños no se atrevieron a hablar de nuevo con Luke y fueron en busca de sus bicicletas. Vieron que el señor Goon hablaba con alguien y luego se dirigía al lugar donde estaba Jake dando de beber a los caballos.

—¡Vaya, lo que pensábamos! —exclamó Fatty—. También se ha enterado de lo de Jake. ¡Espero que Jake no descubra el escondite de Luke cuando sepa que es sospechoso del robo de «Reina Morena»!

—Será mejor que nos alejemos de su carromato —dijo Pip—. Tal vez llamemos su atención. El viejo Ahuyentador es muy tonto, pero quizá se le llegara a ocurrir que nos interesaba este carromato por alguna razón especial.

Así que se marcharon dejando al pobre Luke en el carromato rojo. ¡Cómo les hubiera gustado poder hacer algo por él, pero no era posible! Su única esperanza consistía en que pudiera huir con Jake sin que nadie le descubriera.

—De todas maneras yo creo que ha escapado de la sartén para caer al fuego —dijo Larry mientras regresaban a casa—. No creo que con ese Jake sea mucho más feliz que con Tupping o su padrastro…

Cuando llegaron era ya tarde. Casi hora de que Bets se acostara.

—Será mejor que nos despidamos —dijo Larry deteniéndose en la esquina de la calle en que vivía—. ¡Nos veremos mañana!

—Buenas noches —le dijeron los otros siguiendo adelante, y dejando a Daisy y a Larry.

—Ahora te dejaremos a ti, Fatty —dijo Pip—. Escucha, ¿no es una pena que este nuevo misterio no nos conduzca a ninguna parte? Si Luke se marcha nunca sabremos quién ha robado a «Reina Morena».

—Sí; supongo que este misterio toca a su fin por lo que a nosotros respecta —dijo Fatty apeándose de la bicicleta ante su casa —. Si Luke se marcha, el viejo Goon tendrá que dejar sus pesquisas, y no espero que nosotros descubramos nada más. Es una pena.

—Adiós —le dijo Bets—, hasta mañana.

Y ella y Pip se alejaron por el camino. Cuando llegaron a su casa sonaba la campanilla llamando a Bets.

—Llegamos con el tiempo justo —dijo Pip—. ¡Esta noche seguro que no te riñen! ¡Felices sueños, Bets!

Bets fue a tomar su baño, y Pip a ponerse un traje decente. Mientras se cambiaba estuvo silbando alto, y se dio cuenta de que aquella melódica tonada era la que Luke silbaba siempre.

«Pobre Luke —pensó Pip mientras se limpiaba las uñas—. Supongo que no volveremos a saber de él. Bueno, siempre le recordaré con cariño por esos magníficos silbatos que fabricaba».

Pip cenó y luego salió para limpiar su bicicleta. Como no se acostaba hasta las ocho y media tenía aún mucho tiempo. Estuvo limpiando su «bici» y luego fue hasta el fondo del jardín donde había una vieja glorieta. Pip cogió un libro y se puso a leer.

En un par de ocasiones creyó oír un ruido y alzó la cabeza preguntándose si sería un pájaro que se movía en los arbustos, pero como nada viera, prosiguió la lectura. Luego oyó cómo el reloj de la iglesia del pueblo daba la media, cerró el libro y fue en busca de sus padres para darles las buenas noches.

Pip estaba cansado y pronto se quedó dormido. Soñó toda clase de cosas. Soñó que el viejo Ahuyentador le perseguía montado en «Buster», y que Jake se unía a él montado en un tigre. Luego soñó que Luke iba delante de ellos, huyendo aterrorizado, y oyó la tonadilla que Luke silbaba siempre como señal.

Pip daba vueltas a los sueños, pero la pesadilla continuaba. Veía a Luke sin cesar, y su silbido seguía sonando insistente y claro.

Luego alguien tocó a Pip, quien se despertó sobresaltado. Se sentó en la cama temblando todavía por el recuerdo de su sueño.

—¡Chisss! Soy yo, Pip —le dijo la voz del Bets—. No hagas ruido.

—¡Bets! —le dijo Pip, enojado—. ¿Por qué me asustas de este modo? Casi me matas.

—¡Escucha, Pip! Hay alguien silbando en el jardín —susurró Bets—. Y es la tonadilla de Luke. Ya sabes, ésa con que solíais avisaros uno al otro. ¿Tú crees que Luke está aquí? ¿Y qué querrá de nosotros?

Ahora Pip estaba despierto del todo, y se disponía a contestar a Bets cuando volvió a oír el silbido… el mismo que oyera en sueños. Ahora comprendía que era un silbido real y saltó de la cama.

—¡Bien por avisarme, Bets! —dijo—. Tiene que ser Luke. Ha dejado el circo por alguna razón y ha venido aquí. Será mejor que veamos lo que quiere. Por lo menos… «yo» iré a ver lo que quiere. Tú quédate aquí.

—Yo también voy —dijo Bets en tono obstinado—. Yo le oí y tú no. Yo iré también.

—Te caerás por la escalera y conseguirás que nos riñan —dijo Pip.

—No —exclamó Bets enfadada y levantando la voz. Pip le dio un codazo.

—¡Cállate! Vas a despertar a todo el mundo. Está bien… ven si quieres, pero por el amor de Dios, ten cuidado no hagas ruido.

No se entretuvieron en ponerse las botas, puesto que la noche era cálida, y avanzaron por el corredor hasta el descansillo de la escalera. Pip tropezó con algo y rodó varios escalones antes de poderse agarrar al pasamanos para no bajar más.

—¿Qué te ocurre, Pip? —preguntó Bets alarmada.

—He tropezado con este gato estúpido —respondió en un susurro—. Cielos, espero que no me hayan oído.

Los dos se sentaron en la escalera y contuvieron la respiración durante unos segundos por ver si se oía algún ruido procedente de la habitación de sus padres, pero nadie se movió. El gato les miraba desde el final de la escalera y sus ojos verdes brillaban en la oscuridad.

—Yo creo que me ha hecho caer a propósito —dijo Pip—. Está muy enfadado desde que dejamos que «Buster» entrara en casa.

Vete, minino.

El gato maulló y salió corriendo, y los niños siguieron su camino saliendo al jardín que estaba silencioso. Bets se cogió de la mano de Pip. No le gustaba la oscuridad. Tenía miedo.

El silbido se dejó oír de nuevo.

—Viene del fondo del jardín —exclamó Pip—. ¡Vamos! Pisa sobre la hierba, Bets. La grava cruje.

Los dos avanzaron por el césped hasta la huerta y pasaron ante un montón de basura dispuesto para ser quemado. En la vieja glorieta se movía una sombra.

¡Era Luke! Oyeron su voz en la oscuridad. ¡Luke había vuelto a pesar de todo!

Capítulo XIII

Luke encuentra buenos amigos

—¡Luke! ¿Eres tú? —susurró Pip—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué te has marchado del circo?

Pip llevó a Luke al interior de la glorieta. Bets se sentó a su lado y puso su mano chiquita en la manotaza de Luke.

—Sí. Me he marchado del circo —dijo—. La policía fue a hablar con mi tío Jake, le contó lo del gato desaparecido y que sospechaba que yo me lo había llevado… y le preguntó si sabía algo del gato.

—Y supongo que al oír eso tu tío te descubriría —le dijo Pip.

—No me descubrió al policía —dijo Luke—. Le dijo que no sabía nada de gatos desaparecidos, pero no me había visto desde hacía semanas ni lo deseaba. Pero yo estoy seguro de que registrarán el circo, porque ese «poli» está convencido de que «Reina Morena» anda por allí.

—Y supongo que también te buscarán a ti —intervino Bets.

—Sí —respondió Luke—. Bueno, mi tío esperó a que el policía se perdiera de vista y entonces vino a avisarme, diciéndome que no le importaba que huyera de mi padrastro, pero que no pensaba ayudarme a escapar de la policía.

—¡Pero tú no puedes volver con tu padrastro! —dijo Pip—. Es muy malo contigo.

—Claro que no puedo —replicó Luke—. No quiero que me mate. El caso es… ¿qué voy a hacer? He venido aquí esta noche porque pensé que tal vez pudierais darme algo de comer. No he comido nada desde las doce y estoy desfallecido.

—¡Oh «pobre» Luke! —exclamó Bets—. Iré a buscarte algo enseguida. En la despensa hay un pastel de carne y una tarta de

ciruelas. Los he visto.

—No seas tonta, Bets —dijo Pip sujetándola—. ¿Qué crees tú que diría mamá mañana por la mañana si viera que la tarta y el pastel habían desaparecido? No puedes decir una mentira como lo es el asegurar que tú no sabes nada, y si confiesas haberlas cogido, te preguntarán a quién se lo has dado y se figurarán que a Luke.

—Bueno, ¿qué le daremos entonces? —preguntó Bets.

—Pan con mantequilla —replicó Pip—. Eso no lo echarán en falta, y podemos coger también un par de bollitos de la lata. Y hay también muchas ciruelas y albaricoques.

—Con eso me basta —exclamó Luke agradecido, y Bets fue corriendo a la cocina. Tropezó con el gato, pero no se hizo daño y tan pronto hubo cogido los alimentos regresó a la glorieta. Luke comenzó a comer ansiosamente.

—Ahora me encuentro mejor —dijo—. Siempre he dicho que no hay nada como el hambre para sentirse desgraciado.

—¿Dónde vas a dormir esta noche? —le preguntó Pip.

—No lo sé —dijo Luke—. En cualquier parte. Lo mejor será que me vaya a correr mundo.

—No hagas eso —dijo Bets—. Quédate unos días con nosotros. Puedes dormir en esta vieja glorieta. Pondremos el colchón del columpio encima de este banco y te hará de cama.

—Y te traeremos de comer cada día hasta que se nos ocurra algún plan —dijo Pip excitado—. Será de veras divertido.

—No quisiera ocasionaros molestias —exclamó Luke.

—No, Luke, no te preocupes —dijo Pip—. Quédate en nuestro jardín, y tal vez podamos resolver el misterio de «Reina Morena», y entonces podrías volver a tu trabajo y todo iría bien.

—Ahora iré a buscar el colchón del columpio —dijo Bets echando a correr. Ahora ya se había acostumbrado a la oscuridad y supo encontrarlo fácilmente. Pip fue a ayudarla, y entre los dos arrastraron el colchón por el jardín hasta la glorieta donde les esperaba Luke.

Hicieron la cama colocando el colchón encima del banco, y Pip fue a buscar una manta al garaje.

—Hace muy buena noche —dijo a Luke—. Y no tendrás frío. Mañana por la mañana te traeremos algo para desayunar.

—¿Y qué dirá el jardinero? —preguntó Luke temeroso—. ¿A qué hora viene?

—Está enfermo —replicó Pip—. Y no vendrá durante unos días. Mi madre está muy contrariada por las verduras. Dice que es necesario que les arranquen las malas hierbas, y no cesa de insistir que Bets y yo nos cuidaremos de hacerlo, pero yo aborrezco el arrancar hierbas.

—Oh —exclamó Luke aliviado—. Bien, entonces estaré muy bien aquí. Buenas noches… y gracias.

Los otros regresaron a la cama muy excitados. Era agradable pensar en la sorpresa que al día siguiente habrían de llevarse los demás al saber que Luke estaba en el jardín. Bets se movía en la cama. Estaba contenta de haber ayudado a Luke, pues le quería mucho.

A la mañana siguiente el despertar fue muy agradable pensando que Luke estaba en la glorieta. Pip se sentó en la cama preguntándose qué tendría hoy para desayunar. Si fuesen salchichas podría escamotear alguna para llevársela a Luke, pero si se tratase de huevos no podría hacerlo. De todas formas, siempre podría llevarle pan y mantequilla. Bets estaba pensando lo mismo. Se vistió muy deprisa y bajó preguntándose si le sería posible preparar algunas rebanadas de pan con mantequilla antes de que llegara nadie al comedor. Ella creía que sí.

Y precisamente, cuando estaba cortando una enorme rebanada de pan entró su madre que la miró sorprendida.

—¿Qué estás haciendo? —le dijo—. ¿Tanto apetito tienes que no puedes esperar al desayuno? ¡Y qué pedazo de pan tan grande, Bets!

La pobre Bets no tuvo más remedio que poner la rebanada en su plato y comérsela. Trajeron el potaje y Bets y Pip tomaron su parte, y luego… ¡Hurra!… llegaron las salchichas. A los niños les brillaron los ojos. Ahora podrían llevarle una o dos a Luke.

—Por favor, ¿puedo tomar dos salchichas? —preguntó Pip.

—Y yo también —dijo Bets.

—¡Caramba, Bets, debes estar hambrienta! —exclamó su madre, y les sirvió dos a cada uno. Su padre estaba oculto tras el periódico, y no veía lo que estaban haciendo, pero su madre sí les veía muy bien. ¿Cómo se las iban a arreglar para esconder una salchicha cada

uno? Sería muy difícil.

Precisamente, en aquel momento entró Annie, la doncella.

—¿Quiere usted comprar una bandera para nuestro hospital, señora? —dijo—. La señorita Lacy está en la puerta principal.

—Oh, desde luego —dijo la señora Hilton que se levantó para ir en busca de su bolso que había dejado en el piso superior. Las dos niños se guiñaron un ojo. Pip sacó un pañuelo limpio y rápidamente envolvió en él la salchicha. ¡Bets hizo lo mismo… pero su pañuelo no estaba tan limpio! Mientras su madre regresaba, ocultaron las salchichas así envueltas en sus bolsillos junto con rebanadas de pan.

—¡Pip! ¡Bets! —exclamó su madre mirando sus platos son asombro—. ¡Qué manera de «engullir» el desayuno! No debieras comer tan deprisa… ¡oh habéis comido dos salchichas, y un plato de potaje!

Bets rio por lo bajo y Pip le propinó un puntapié por debajo de la mesa. Ninguno de los dos se atrevió a escamotear más comida porque su madre les miraba intrigada y sorprendida.

Luke recibió con alegría el pan y las salchichas. También le llevaron agua para beber, y mientras él comía sentado en la glorieta, ellos le hablaban en voz baja.



—Ya te traeremos algo más a la hora de comer —dijo Pip—. Y puedes coger ciruelas y albaricoques de los árboles, ¿no es cierto, Luke?

Luke asintió. Cuando hubo bebido agua les devolvió la taza. Entonces se oyó gritar: «Eeeee-oooooo», y Bets se levantó de un salto.

—¡Es Fatty… y viene con «Buster»! ¡Eh, Fatty, estamos aquí en la glorieta!

Fatty avanzó por el jardín con «Buster», y el pequeño «scottie» penetró en la glorieta ladrando de alegría al ver allí a su amigo. Luke le acarició.

Fatty se detuvo en la entrada de la glorieta y quedó boquiabierto al ver allí al propio Luke. Bets se rio de su sorpresa.

—Vamos a esconderlo aquí —explicó a Fatty—. Y vamos a traerle de comer. Es emocionante. Oh, Fatty, ¿no podremos aclarar el misterio para que Luke no siga atemorizado? ¡Démonos prisa en resolverlo!

Fatty escuchó el relato de lo ocurrido aquella noche, y cuando llegaron Daisy y Larry contribuyeron con su sorpresa y su alegría. En conjunto fue una mañana muy agradable.

—¿Dónde está ese silbato que encontramos en la jaula de los gatos? —preguntó Pip. Y enseguida salió a la luz para que Luke lo viera.

—Lo encontramos en la jaula —dijo Fatty—. Y como pensamos que iba a encontrarlo el señor Goon, y que Tupping le diría que era tuyo, lo cogimos y lo guardamos, y en cambio dejamos una serie de pistas falsas. Te hubieras reído al verlas. ¡Yo dejé una colilla de puro en la jaula y otra en el suelo!

Luke silbó.

—¡Ajá! —exclamó—. Por eso el señor Goon se excitó tanto cuando encontró a mi tío fumando un puro. Yo no le comprendí. Mi tío dice que se puso como la grana al ver que sacaba un cigarro y lo encendía. Le han regalado una caja, y cuándo quiere tener cuidado con lo que dice, cuando habla con alguien, saca uno de sus puros y se los fuma. Dice que le ayuda a pensar.

Los niños rieron al pensar que las colillas de Fatty habían hecho que Goon se excitara al ver a Jake fumando un puro. Luego Luke examinó el silbato que le ofreciera Fatty.

—Sí; lo hice yo —dijo—. Y lo perdí en el jardín. ¿Cómo puede haber ido a parar al interior de la jaula? Lo hice hace meses.

Volvieron a comentar aquel misterio, pero no tenía pies ni cabeza. Luke insistía diciendo que nadie se había acercado a la jaula mientras él estuvo trabajando allí… y siendo así, ¿cómo había

desaparecido «Reina Morena»?

Todos los niños guardaron algo de comida para Luke. Daisy por poco se ve en un compromiso por meterse en el bolsillo una tarta de mermelada. Su madre la vio y se enfadó mucho.

—¡Daisy! ¿Qué estás haciendo con la tarta? ¿No pensarás guardártela en el bolsillo?

—¡Oh, qué tonta! —replicó Daisy volviéndola a sacar y mirándola como si la hubiera confundido con su pañuelo.

—Si lo que intentas es llevarle comida a ese perro de Federico, desde luego te lo prohíbo —le dijo su madre—. Ya está demasiado gordo.

—Oh, mamá, no tengas miedo de qué le dé comida a «Buster» —dijo Daisy con vehemencia—. Ni lo sueñes.

Entre todos los niños se las arreglaron para suministrar a Luke el alimento suficiente, y cada día le preparaban la cama en la glorieta. Luke, a cambio trabajaba en la huerta siempre que la madre de Pip había salido, arrancando todas las malas hierbas y haciendo todo lo posible porque tuviera buen aspecto. La huerta estaba alejada de la casa y no podían verle.

—He de hacer algo para corresponder a vuestra amabilidad —les dijo a los niños, y ellos le quisieron aún más por eso. Durante tres días Luke permaneció en el jardín de Pip, hasta que nuevamente comenzaron a ocurrir cosas.

Capítulo XIV

El señor Goon sospecha

La señora Hilton, madre de Pip, paseando un día por el jardín, se quedó llena de asombro al ver la huerta tan limpia de hierbas y bien cuidada.

Estuvo contemplándola con sorpresa y luego llamó a Pip y Bets, a quienes sonrió amorosamente.

—¡Pip! ¡Bets! ¡Qué buenos sois! Habéis limpiado de hierbas la huerta mientras el jardinero está enfermo y no me dijisteis ni una palabra. ¡Estoy muy, pero muy contenta de vosotros!

Bets abrió la boca enseguida para decir que ella y Pip no tenían nada que ver, pero Pip la miró con tal expresión que volvió a cerrarla, enrojeciendo violentamente.

Pip también había enrojecido. A ninguno de los dos les gustaba que les alabasen por algo que no habían hecho, pero ¿cómo podrían decir que no lo habían hecho ellos sin traicionar a Luke?

«Casi es tan malo que le prodiguen a uno alabanzas que no merece como que le echen la culpa de algo que no ha hecho —pensó Pip—. ¡Oh, cielos! Supongo que lo mejor será que Bets y yo nos pongamos a arrancar algunas hierbas… y entonces podremos admitir que hemos trabajado en el jardín aunque Luke haya hecho la mayor parte».

Así, que ante la sorpresa de los demás, Pip y Bets pusieron manos a la obra, sintiéndose muy satisfechos. Luke se reía al verlos.

—La pequeña Bets ha arrancado la mitad de los planteles de lechuga —dijo—. Se creía que eran hierbas. ¡No te importe, Bets, hay muchas lechugas!

Una tarde el señor Goon encontró a Fatty y «Buster» y los

detuvo.

—Quiero hablar con usted, señorito Federico —le dijo en tono pomposo mientras sacaba su libreta negra e iba volviendo sus páginas.

—Me temo que no voy a poder entretenerme —respondió Fatty en tono cortés—. He sacado a «Buster» a dar un paseo.

—Tú te quedas donde estás —le dijo el Ahuyentador de mal talante—. Te he dicho que tengo algo que decirte.

—Bueno, lo que acostumbra usted a decirme es «lárgate» —dijo Fatty—. ¿Está seguro de que no es eso lo que quiere decirme?

—Uno de estos días… uno de estos días, jovencito, serás detenido por desprecio a la autoridad —gruñó el señor Goon en tono amenazador.

—¿De veras? —preguntó Fatty con gran interés.

—Ah, aquí está —dijo el señor Goon encontrando al parecer la página de su libreta que buscaba—. Aquí está. El día cinco del corriente, señorito Federico, usted y los otros cuatro niños deambulaban por el campo del circo, y hablaron con un hombre llamado Jake.

—Acertó por primera vez —respondió Fatty preguntándose qué seguiría a continuación.

—No sea insolente, jovencito —exclamó el señor Goon, furioso, y Fatty le miró con aire inocente mientras el señor Goon deseaba poder tirarle de las orejas. Fatty podía mostrarse muy impertinente de la manera más cortés.

—Bueno, dígame lo que quiere —dijo Fatty—. Tengo que irme. ¡«Buster» se está impacientando!

—Guau —dijo «Buster», siguiéndole el juego.

—Ahora bien —dijo el señor Goon acercando su rostro al de Fatty, quien se echó hacia atrás enseguida—. Ahora bien, lo que quiero saber es esto… ese Luke estaba en el campo, ¿no es cierto?

—¿Sí? —respondió Fatty—. Bueno, para qué me lo pregunta si usted ya lo sabe. Vaya a buscarle allí.

—Ah —dijo el señor Goon—. Ese es el caso. Ahora ya no está allí. Uno de los muchachos del circo dejó escapar al gato del saco…

—¡Que dejó escapar el gato del saco! —exclamó Fatty, confundiendo a propósito el significado de la frase—. ¿Qué? ¿Se

refiere a «Reina Morena»? ¿La habían metido en un saco? ¿La ha visto usted? ¿Dónde está ahora? ¿Por qué la metieron en un saco? ¿Qué…?

—Sujeta esa lengua —le atajó el señor Goon—. Dije que «dejó escapar el gato del saco», pero no me refería para nada a «Reina Morena», como tú bien sabes. Quiero decir que ese muchacho del circo me dijo que había visto a Luke por allí, pero cuando registré el campo se había ido.

—Mala suerte —replicó Fatty con simpatía.

El señor Goon le miraba fijamente.

—Bueno, ¿qué hay de malo en decir «mala suerte, señor Goon»? —dijo Fatty, contrito—. Usted me dijo que fuera educado.

—Escucha —le dijo el señor Goon llegando al fin a la cuestión —. Yo creo que tú y los otros sabéis dónde está Luke. ¿Comprendes? Y te prevengo que si lo escondéis o sabéis dónde se oculta y no lo comunicáis a la policía, os veréis en un «conflicto serio, muy serio».

Fatty se sobresaltó. ¿Por qué sospechaba el señor Goon que sabía dónde estaba Luke o que le ocultaban?

—¿Qué le hace pensar que nosotros tratamos de ocultar a Luke? —preguntó—. ¡Como si pudiéramos esconderle sin que «usted» lo supiera, señor Goon! ¡Vaya, un detective tan listo como usted que lo sabe todo!

—Ah —replicó el señor Goon—. Sé muchísimo más de lo que crees.

Evidentemente aquél era el final de la charla. El señor Goon cerró de golpe su libreta de notas y siguió su camino. Fatty se dispuso a bajar la colina, reflexionando profundamente.

«El viejo Tupping debió asomar la cabeza por encima de la tapia, y o bien descubrió a Luke, o se lo imaginó —pensaba Fatty—. ¡Maldición! No me gustaría que nos metiéramos en un lío, pero ¿qué vamos a hacer con el pobre Luke? Tal vez fuese mejor que le diéramos algo de dinero para que se marchase».

Los otros escucharon lo que Fatty les contó. Bets estaba disgustada.

—No mandéis a Luke lejos de aquí —dijo—. Puede que resolvamos el misterio en cualquier momento, y entonces podría volver con lady Candling.

—No resolveremos este misterio —dijo Fatty, pesimista—. No somos tan inteligentes como nos creíamos. Apuesto a que incluso el inspector Jenks no sería capaz de resolver el misterio de «Reina Morena».

—¡Ooooh! —exclamó Daisy al punto, recordando lo bueno que había sido con ellos el inspector durante las vacaciones de Pascua cuando descubrieron otro misterio—. ¡El inspector Jenks! Le había olvidado. ¿No podríamos ponernos en contacto con él y contarle lo del pobre Luke? Estoy segura de que él no querría meterle en la cárcel ni nada parecido. Él nos guardaría el secreto.

—¿Tú crees? —dijo Larry—. Bueno, que me aspen si veo el medio de solucionarlo. Si el viejo Ahuyentador empieza a registrar el jardín de Pip encontrará a Luke, y entonces puede que sea peor para él y para nosotros. Hablemos con el inspector. Nos dijo que nos ayudaría y sería nuestro amigo siempre que le necesitásemos.

—A mí me gusta mucho —dijo Bets.

—Oh, a ti te gusta casi todo el mundo —replicó Pip.

—Menos Tupping y el Ahuyentador —dijo Bets—. Oh, sí contémosle todo al inspector. Estoy segura de que nos comprenderá.

—Yo le telefonearé —dijo Fatty, y los otros le miraron con reverencia. Consideraban que era maravilloso ofrecerse para telefonear a lo que Bets llamaba «un policía ilustre».

Fatty cumplió su palabra, y cuando regresó a su casa estuvo aguardando a que no hubiera nadie cerca que pudiese oírle, y entonces llamó a la comisaría de la ciudad vecina, donde estaba el inspector.

Por fortuna el inspector Jenks se encontraba allí y acudió enseguida al teléfono para hablar con su amigo Fatty.

—¡Ah! ¿Eres Federico Trotteville? Espero que estaréis bien. Sí, sí, recuerdo perfectamente cuánto disfrutamos juntos durante las vacaciones de Pascua, cuando resolvisteis el Misterio de la casa incendiada… un trabajo muy inteligente, si me permites decirlo. ¿Y no habéis aclarado ningún otro misterio desde entonces?

—Pues, señor, aquí «hay» un misterio que no logramos resolver —dijo Fatty, contento de encontrar al inspector tan bien dispuesto —. Sencillamente no podemos. No sé si usted se habrá enterado. Ha desaparecido un gato de mucho valor.

El inspector pareció reflexionar unos instantes, y al fin su voz se volvió a oír por el teléfono.

—Sí; he recibido el informe. Lo recuerdo. Creo que vuestro amigo el señor Goon es el encargado del caso.

—Pues… no es exactamente amigo «nuestro» —dijo Fatty con sinceridad—. Pero la persona que se sospecha fue el autor del robo «sí» es amigo nuestro. Y por eso le llamo. Estamos preocupados por él. Y yo pensé que tal vez usted quisiera aconsejarnos.

—Muchas gracias por haber pensado en mí —dijo el inspector—. Casualmente mañana tengo que pasar por vuestro pueblo. ¿Y si me invitaseis a merendar… qué tal una merienda campestre junto al río?

—Oh, «sí» —exclamó Fatty alegremente—. Será estupendo. Entonces podremos contárselo todo.

—Entonces quedamos de acuerdo —dijo el inspector—. Yo estaré allí a eso de las cuatro. Será agradable volver a reunirnos. Espero que vosotros pensaréis lo mismo.

—Oh, sí —dijo Fatty—. Adiós, inspector, y muchísimas gracias.

Fatty dejó el teléfono y corrió a casa de Pip lleno de excitación. Encontró a los otros en el jardín.

—Bien —les anunció—, todo arreglado. El inspector vendrá mañana y merendará con nosotros… junto al río, y se lo contaremos todo.

—¡Fatty! ¿Va a venir de verdad? ¿Le invitaste a merendar? ¡Oh, Fatty, qué maravilla! —exclamaron los otros, y Fatty se hinchó de orgullo, dándose importancia sin más disimulos.

—Necesitáis a un tipo como yo para arreglar estas cosas —dijo —. Para mí estas cosas no tienen importancia. Será mejor que lo dejéis todo en mis manos con toda confianza.

—¡Cállate! —exclamaron Larry y Pip a dúo, pero no pudieron enfadarse mucho rato con Fatty porque todos estaban muy excitados al pensar que iban a ver de nuevo al simpático inspector. Bets estaba realmente emocionada. Le gustaba mucho, y la última vez lo solucionó todo. Quizá lo hiciera ahora también.

—Llevaremos una buena merienda —dijo Daisy—. Les diremos a nuestras madres quién viene a merendar con nosotros y estoy segura de que nos darán lo que pidamos. ¡Todas las personas

mayores creen que los inspectores se lo merecen todo!

Daisy tenía razón. En cuanto las madres de los niños supieron que el inspector Jenks tendría la condescendencia de ir a merendar con ellos les prepararon una espléndida merienda.

—¡Bollos de chocolate! —exclamó Daisy gozosa—. Y bocadillos de pepino.

—¡Galletas y pastel de pasas! —dijo Pip—. Qué lástima que no pueda venir también Luke. Bueno, le guardaremos algo.

—Emparedados de tomate, queso y jamón —dijo Fatty—. ¡Cielos! ¡Qué suerte!

Los niños empaquetaron la merienda y fueron a la puerta a esperar al inspector. Pasó el señor Goon en su bicicleta, y al verles se apeó.

—Quiero hablar con ustedes —les dijo con su tono pomposo.

—Lo siento —dijo Larry—, pero nos vamos a merendar al campo. Apuesto a que le agradaría venir… es una merienda espléndida.

—Llevamos bollos de chocolate, pastel de pasas, bocadillos de jamón y… —comenzó Bets.

El señor Goon contempló con asombro tantas provisiones.

—¿Y todo eso para vosotros solos? —dijo, receloso.

Fatty imaginó que pensaría que iban a llevarle algo a Luke y sonrió.

—Oh, no —exclamó Fatty—. Esto es para alguien más aparte de nosotros, señor Goon. No podemos decirle de quién se trata. Es un secreto.

—¡Ummmm! —gruñó el señor Goon, que cada vez sospechaba más—. ¿Y dónde pensáis merendar?

—Junto al río —dijo Bets, y el señor Goon se montó en su bicicleta y se alejó preocupado. Fatty rio.

—Se cree que vamos a llevarle esta comida a Luke —dijo—. Él no sabe que vamos a merendar con el inspector. Escuchad. ¿No sería maravilloso que tratara de seguirnos y de sorprendernos para ver si efectivamente viene Luke con nosotros… y se encontrara con el inspector Jenks, siendo él el sorprendido?

—Sí, maravilloso —dijo Daisy—. ¡Oh, mirad, aquí está ya el inspector!

Así era. Llegó en un elegante automóvil negro de la policía que dejó aparcado en el garaje de Pip, y luego estrechó la mano de todos.

—Me alegro mucho, mucho, de volver a veros a todos —dijo con su radiante sonrisa—. Veamos, ¿cómo os llamáis… los Cinco Pesquisidores y el Perro? ¡Ah, sí! Aquí está también el perrito muy bonito, ya lo creo.

Echaron a andar hacia el río y Bets se cogió de su mano. El inspector era un hombre alto, corpulento, de ojos brillantes, boca reidora y rostro inteligente. Estaba muy apuesto con su uniforme. Bets no cesaba de charlar con él, explicándole todas las golosinas que llevaban para merendar.

—Merendaremos enseguida, ¿no os parece? —dijo el inspector —. Se me está haciendo la boca agua. Bien, ¿dónde nos sentaremos?

Capítulo XV

El señor Goon lo pasa mal

Encontraron un lugar resguardado cerca del agua. Detrás de ellos se alzaba un grupo de árboles. Nadie podía verlos. Era un buen sitio para charlar.

Al principio no mencionaron sus problemas. Todos tenían apetito y el inspector hizo tanto honor a la merienda como los niños. «Buster» le adoraba, y recogía todas las migajas que caían de sus dedos. Fue una merienda muy feliz.

—Bueno, y ahora —dijo el inspector cuando terminaron de comer, dejando muy poco…— Bueno, ¿y si ahora hablásemos de nuestro asunto? He revisado el informe del caso que me contasteis, así que ya conozco los detalles, pero me gustaría oír lo que tenéis que decirme. Decís que ese muchacho, Luke, ¿es amigo vuestro?

Los niños comenzaron a hablar animadamente, contando al inspector Jenks todo lo que sabían, pero no le hablaron de las pistas falsas que habían dejado para Tupping y el Ahuyentador. Ninguno quiso hablarle de eso.

Luego le hablaron de Luke, que se había ocultado en el circo y que una noche se presentó en su casa.

—Y desde entonces le hemos alimentado y le dejamos dormir en la glorieta —dijo Pip—. Pero ahora sospechamos que el Ahuyentador… quiero decir, el señor Goon… ha adivinado que le tenemos escondido y tememos que si seguimos escondiéndole nos traiga complicaciones.

—Habéis hecho muy bien en acudir a mí —dijo el inspector—. Sí; no debéis esconder a Luke, eso seguro. En primer lugar le perjudica a él, puesto que huye y se esconde, y eso nunca es

recomendable. Pero no irá a la cárcel, no tengáis miedo. Por un lado, sólo tiene quince años… y por otro, no metemos a la gente en la cárcel a menos que se haya probado realmente que han cometido un delito. Y no se ha probado de ninguna manera que Luke robara el gato, aunque admito que la cosa está bastante negra para él. Estoy seguro de que estáis de acuerdo conmigo, ¿no?

—Sí, y creemos que ellos también lo están —dijo Fatty—. Nos ha intrigado mucho, inspector. Porque, comprenda, nosotros conocemos y queremos a Luke, y nos parece imposible que un muchacho como él hiciera una cosa semejante. Es un poco simple, y siempre tiene miedo de las personas mayores y de lo que puedan hacerle. Y es muy amable, pero el señor Goon y el señor Tupping están convencidos de que ha sido él.

—Bien, yo aconsejaría a Luke que saliera de su escondite y volviera a su trabajo —dijo el inspector—. Y… no veo que necesite decir nada de «dónde» ha estado ni de «quién» le ha escondido. No hay ninguna necesidad.

—Tendrá que volver con su padrastro —dijo Bets—, y oh, inspector Jenks, es un padrastro tan «cruel». Le pegará.

—No, no le pegará —replicó el inspector—. Yo hablaré con él, y veréis cómo le deja tranquilo. Entretanto, yo revisaré este misterio para ver si puedo arrojar alguna luz sobre él. Ahora que os he oído resulta mucho más interesante.

—Es usted un inspector muy «simpático» —le dijo Bets cogiéndole de la mano—. Espero que si alguna vez hago algo malo sea «usted» quien me coja y nadie más que usted.

Todos rieron.

—Yo no creo que tú hagas nunca nada malo, Bets —repuso el inspector, sonriendo a la niña—. Me asombraría mucho que lo hicieras.

—¿Qué le ocurre a «Buster»? —exclamó Fatty en aquel momento.

El perro se había alejado del grupo y estaba ladrando furiosamente en lo alto de la orilla. Entonces hasta sus oídos llegó una voz.

—¡Llamen a este perro! ¡Sujétenlo o daré parte!

—¡Es el viejo Ahuyentador! —susurró Daisy—. ¡Nos ha seguido

a pesar de todo! «Buster» debe haberle oído venir y por eso le ha ladrado.

—¡Eh, vosotros! ¡Llamad al perro! —decía la voz furiosa del señor Goon. Fatty subió por la orilla entre los árboles y se detuvo en lo alto, mirando al señor Goon, que estaba fuera de sí.

—¡Eh! Sabía que estabais aquí —dijo el señor Goon—. ¡Sí, y también sé quién está con vosotros!

—Entonces me pregunto por qué no es usted más educado —dijo Fatty en tono suave.

—¡Más educado! ¿Por qué había de serlo? —exclamó el señor Goon—. Ah, os he pescado… amparando a quien ha cometido un delito. Esta vez habéis ido demasiado lejos. Llamad a este perro, y dejad que baje a la orilla y ponga mis manos en quien ya sabéis.

Fatty rio por lo bajo, llamó a «Buster» y le sujetó por el collar, apartándose cortésmente mientras el señor Goon se abría paso entre los arbustos y luego saltaba junto al agua, esperando encontrar a los cuatro niños y el infeliz Luke.

¡Pero ante su horror y asombro a quien encontró fue al inspector! El señor Goon no podía dar crédito a sus ojos. Los tenía bastante saltones, pero ahora parecía como si le fueran a caer al suelo. Se quedó mirando al inspector Jenks sin poder articular palabra.

—Buenas tardes, Goon —le dijo el inspector.

—Bu-bu-bu —comenzó Goon, y luego tragó saliva apresuradamente—. Bu-bu-buenas tardes, inspector. Yo, no esperaba verle aquí.

—Creí haberle oído decir que estaba deseando ponerme las manos encima —dijo el inspector.

Goon volvió a tragar saliva, se aflojó el cuello con el dedo y luego intentó sonreír.

—Qué buen humor gasta, inspector —le dijo con voz temblorosa —. Yo… yo esperaba encontrar a otra persona. Es… es una verdadera sorpresa verle aquí, señor.

—Estos niños me han hecho el honor de consultarme acerca de ese asunto del gato desaparecido —dijo el inspector—. Siéntese, Goon. Me gustaría conocer su versión del caso detalladamente. Supongo que no habrá adelantado gran cosa, ¿verdad?

—Pues verá… tengo muchas pistas, inspector —replicó el señor Goon con ansiedad y con la esperanza de modificar la opinión que de él tenía el inspector—. Y quisiera su consejo ahora que está usted aquí, señor.

Y sacando un sobre blanco de su bolsillo lo abrió, mostrando dos colillas de cigarro, el botón azul, el pedazo de cinta, el caramelo de menta y el cordón de zapato color marrón. El inspector los contempló con asombro.

—¿Y todo esto son pistas? —preguntó al fin.

—Sí, inspector —contestó Goon—. Las encontré en el lugar donde se cometió el robo, inspector. En la misma jaula de los gatos.

—¿De verdad encontró usted todas esas cosas en la jaula de los gatos? —dijo el inspector mirándolo todo como si no pudiera dar crédito a sus ojos—. ¿Y estaba también esta bola de menta, Goon?

—Sí, señor, todo. En mi vida había encontrado tantas pistas juntas, inspector —dijo Goon, satisfecho al ver la sorpresa de su superior.

—Ni yo —fue la respuesta del inspector, quien miró a los cinco niños, que estaban horrorizados al ver que Goon había enseñado las falsas pistas al inspector Jenks. Un brillo picaresco apareció en sus ojos.

—Bien, Goon —dijo el inspector—, hay que felicitarle por haber descubierto tantos indicios. Er… ¿supongo que vosotros habréis descubierto alguna también?

Fatty sacó el sobre en que guardaba los duplicados de las mismas cosas que Goon había encontrado, y comenzó a abrirlo despacio y con gran solemnidad. Bets tenía ganas de reír, pero no se atrevió.

—No sé si usted considerará que son pistas, inspector —dijo Fatty—. Probablemente no. Nosotros tampoco creemos que lo sean.

Y ante el asombro de Goon, Fatty comenzó a sacar del sobre la serie duplicada de todas las pistas que el policía había extraído de su sobre.

Primero salió el caramelo de menta.

—Una bolita de menta —dijo Fatty en tono solemne. Luego siguió la cinta.

—Un pedazo de cinta de sujetar el cabello —dijo Fatty, y Daisy

rio por lo bajo.

—Un cordón de zapatos color castaño —prosiguió Fatty. A continuación apareció el botón azul—. Un botón azul y… er… ¡«dos» colillas de cigarro puro!

—¡Dos! —exclamó Goon con desmayo—. ¿Qué es todo esto? Aquí hay algo raro.

—Es bastante curioso, por no decir otra cosa —dijo el inspector —. Estoy seguro de que los niños están de acuerdo conmigo.

Los niños nada dijeron. La verdad es que no sabían qué decir. Incluso Fatty nada dijo, aunque en su interior aplaudía al inspector Jenks por haberlo adivinado todo y no haberles descubierto.

—Bien —dijo el inspector Jenks—, creo que podéis guardar las pistas en los sobres respectivos. No creo que nos ayuden gran cosa, pero ¿tal vez piensa usted lo contrario, Goon?

—No, inspector —replicó el pobre Goon con el rostro rojo de coraje, asombro y contrariedad. Pensar que sus maravillosas pistas eran las mismas que las de los niños… ¿qué significaba aquello? ¡Pobre Goon! La verdad se fue haciendo luz en su cerebro, pero no ocurrió hasta aquella noche cuando estaba ya acostado, y entonces no había remedio, pues comprendió que jamás se atrevería a sacar a relucir el asunto de las pistas mientras el inspector Jenks estuviera de parte de los niños.

—Y ahora, Goon —dijo el inspector en tono natural—, propongo que vayamos en busca de Luke para decirle que salga de su escondite y haga frente a los hechos. No podemos tenerlo escondido semanas y semanas.

Fue la cuarta vez que aquella tarde Goon se quedaba boquiabierto. ¿Ir a buscar a Luke a su escondite? ¿Qué diantre sabría el inspector de todo aquello? Miró a los niños de soslayo. ¡Dichosos entrometidos! Ahora, teniendo al inspector a su lado, no podía aterrorizar a Luke cuando le encontrara, como era su propósito.

—Como usted diga, inspector —dijo, levantándose del suelo pomposamente.

—Vamos —dijo el inspector Jenks a los niños—. Vamos a dedicar unas palabras… unas palabras «cariñosas»… al pobre Luke.

Capítulo XVI

Una gran sorpresa

El inspector abrió la marcha y subió la colina llevando a Bets colgada de su brazo. Goon iba el último y «Buster», esperanzado, no cesaba de olfatear sus tobillos. El pobre hombre no se atrevió a decirle ni una sola vez: «¡Largo de aquí!», tan apabullado estaba.

Los niños no habían pensado que el inspector se empeñaría en que Luke saliera de su escondite para reintegrarse a su trabajo, y se preguntaban qué diría el pobre Luke de aquello.

Mientras subían la colina, Fatty trató de mantener una animada conversación con el señor Goon, pero el policía se limitó a fruncir el ceño tras las anchas espaldas del inspector Jenks.

—El río es un sitio magnífico para ir de merienda, ¿no le parece, señor Goon? —le preguntó Fatty alegremente—. Quisiera saber por qué no va usted algunas veces en sus días libres. ¿O es que usted no descansa nunca?

Pero el señor Goon por toda respuesta lanzó un gruñido, dirigiendo a Fatty una mirada capaz de pulverizarle, aunque, afortunadamente, no ocurrió así.

—¿No es curioso que nosotros encontrásemos las mismas pistas que usted, señor Goon? —dijo Fatty en el mismo tono inocente. Daisy estalló en carcajadas, y el señor Goon lanzó otro gruñido mientras sus ojos parecían querer salirse aún más de sus órbitas.

—Si dices algo más le va a dar un ataque al corazón o algo por el estilo, Fatty —le dijo Larry en voz baja.

Fatty sonrió y no dijo más, pero observaba a «Buster» con aprobación. El perrito caminaba entre los pies del pobre señor Goon, molestándole continuamente.

—Entren —dijo Pip cuando llegaron a su casa, y todos avanzaron por el sendero del jardín. De pronto Pip se detuvo y miró al inspector.

—¿No cree que debiera adelantarme para decir a Luke que usted le aconseja que salva y vuelva al trabajo? —dijo—. No puede imaginarse lo asustado que está.

—Me parece una buena idea —replicó el inspector Jenks—, pero creo que soy yo quien debe hablar con él. No te preocupes. Sé cómo tratar a los muchachos como Luke.

El señor Goon volvió a gruñir. «Él» sí que sabía tratar a los pillastres como Luke. El inspector era demasiado amable, y siempre daba a la gente una oportunidad. ¡Nunca creía las cosas hasta que pudieran probarse! Vaya, si se veía a la legua que Luke había robado el gato.

Pero Goon no podía decir lo que pensaba, de manera que se sentó en un banco próximo y comenzó a escribir en su librito de notas, haciendo caso omiso de los niños. El inspector Jenks se dirigió con Pip hacia la glorieta, pero Luke no estaba allí.

—Oh, ahí está, mire —exclamó Pip señalando a Luke, que se hallaba trabajando en la huerta—. Dice que no sabe estar sin hacer nada, inspector, y cree que cuidando un poco de la huerta corresponde a nuestra gentileza.

—Un pensamiento muy encomiable, sí, señor —murmuró el inspector contemplando a Luke de pies a cabeza mientras trabajaba. Luego volvióse a Pip.

—Llámale, dile que soy un amigo, y luego déjanos, por favor —le dijo.

—¡Eh, Luke! —gritó Pip—. He venido con un buen amigo nuestro que quiere verte. Ven a hablar con él.

Luke se volvió… viendo al corpulento inspector con su uniforme azul, y se puso pálido. Daba la impresión de haber echado raíces en el suelo.

—Yo no he robado el gato —dijo al fin, mirando fijamente al inspector.

—Bien, ¿y si me lo contaras todo? —dijo el inspector Jenks—. Vamos a sentarnos a la glorieta.

Y cogiendo a Luke de un brazo le condujo a la glorieta donde

tantas veces los niños habían cambiado impresiones sobre el misterio de la desaparición de «Reina Morena». Luke estaba temblando y Pip le dirigió una sonrisa confortadora, y luego corrió al jardín para reunirse con los otros que allí estaban reunidos.

El señor Goon levantó los ojos de su librito de notas.

—¡Oh! —exclamó—. De manera que es ahí donde le teníais escondido… en el fondo del jardín, ¿eh? ¿Y «por qué» no me lo dijisteis a mí en vez de acudir al inspector? ¡Siempre procuráis ponerme en ridículo!

—¡Oh, señor Goon! No podríamos hacer semejante cosa —dijo Fatty—. Nunca he pensado en «ponerle» en ridículo. A un policía tan inteligente como «usted».

—Ya tengo suficiente por esta tarde —exclamó el señor Goon en tono amenazador—. ¡Siempre os estáis riendo de mí! Eres un niño muy malo. ¡Ya sé lo que haría contigo si fuera tu padre!

—¿Quiere usted un caramelo de menta, señor Goon? —le dijo Fatty, sacando la bolita de menta del sobre blanco—. Supongo que ya no es necesario que guardemos estas pistas, de manera que podemos comernos los caramelos.

El señor Goon lanzó un gruñido de disgusto, pero no dijo nada más. ¡Era inútil hablar con Fatty! ¡Siempre tenía respuesta para todo! Larry pensó que en la escuela debía resultar una seria carga para sus maestros.

Los niños se preguntaban qué tal le iría a Luke con el inspector. Hacía ya mucho tiempo que estaban juntos, pero al fin oyeron pasos que se acercaban por el camino de grava.

El señor Goon cerró su libreta y se puso en pie. Todos los niños miraron a ver si Luke venía con el simpático inspector.

¡Sí, iba con él, y su aspecto era también alegre! El inspector sonreía como de costumbre y Bets corrió hacia él.

—¿Es que Luke va a salir de su escondite? ¿Qué va a hacer?

—Bien, me complace comunicaros que Luke está de acuerdo conmigo en que lo mejor es que vuelva a su trabajo y no se esconda más —dijo el inspector.

—Pero ¿y su padrastro? —preguntó Daisy, que no podía soportar la idea de que volvieran a pegar a Luke.

—¡Ah! —replicó el inspector—. Tengo que arreglar eso. Tenía

intención de hablar con él personalmente, pero el tiempo vuela. —Miró su reloj—. ¡Um!, sí, tengo que regresar. Goon, debe usted ir enseguida al padrastro de Luke y comunicarle que no debe maltratar al chico. También irá usted a hablar con el señor Tupping, quien, según tengo entendido, es el jardinero de la casa vecina, para decirle que Luke ha de volver a trabajar allí, con el permiso de lady Candling, y que deben darle otra oportunidad.

El señor Goon pareció muy sorprendido. Después de haber animado al padrastro de Luke y al señor Tupping para que trataran al muchacho con dureza y severidad, su empresa no le resultaba muy agradable. Fatty miró fijamente al inspector.

«Apuesto a que obliga a Goon a hacer eso para castigarle por haber asustado a un muchacho», pensó Fatty. El inspector Jenks fijó su mirada en el señor Goon.

—¿Ha entendido bien mis órdenes, Goon? —dijo en tono agradable; no obstante, tenía un timbre duro.

El señor Goon apresuróse a asentir.

—Sí, señor. Perfectamente, inspector —replicó—. Ahora mismo iré a ver al padrastro del muchacho. Se llama Brown. Y también hablaré con el señor Tupping.

—Naturalmente que si recibo alguna queja por malos tratos, usted será el responsable, Goon —prosiguió el inspector Jenks—. Pero me imagino que usted cuidará de hacer entender a esos dos hombres que son órdenes mías, y una de sus obligaciones es hacer que se cumplan mis órdenes con todo cuidado. Estoy seguro de que estará de acuerdo conmigo, ¿verdad, Goon?

—Oh, sí, señor, desde luego, inspector —dijo Goon—. Y… re… respecto al gato robado, inspector. Respecto a este caso, quiero decir. ¿He de darlo por terminado… y no hacer más averiguaciones?

—Pues, puede usted estudiar esas pistas que ha encontrado y ver si arrojan alguna luz sobre el caso —dijo el inspector en tono grave, pero con un brillo malicioso en su mirada.

El señor Goon no contestó. El inspector se volvió a los niños y les fue estrechando cariñosamente las manos con toda solemnidad.

—Ha sido magnífico volver a ver a los Cinco Pesquisidores y su Perro —declaró—. Adiós… y gracias por la espléndida merienda…

la mejor que he tomado en mucho tiempo.

El inspector sacó su reluciente automóvil negro, y lo llevó hasta la carretera saludando a los niños con la mano, hasta que al fin desapareció.

—Voy a ver al señor Tupping —dijo el señor Goon, mirando a los niños y a Luke con el entrecejo fruncido—. Pero no creáis que este caso está terminado y olvidado. No es así. Yo sigo trabajando en él, aunque el inspector no le dedique mucha atención. Y yo encontraré al ladrón… ¡ya lo veréis!

Dirigió a Luke una mirada tan desagradable que el muchacho comprendió perfectamente que seguía siendo sospechosos, y le miró alejarse en busca del señor Tupping.

Los niños le rodearon.

—Luke, ¿te ha gustado nuestro inspector? ¿Qué te ha dicho? Cuéntanoslo todo.

—Es muy amable —dijo Luke—. No se parece en nada al señor Goon… que sólo amenaza y grita. ¿Pero cómo me habré comprometido a volver a mi trabajo… y a vivir con mi padrastro? Ojalá no lo hubiera prometido. Estoy acoquinado.

Aquella era una palabra nueva para los niños, y Bets se quedó mirándole fijamente.

—¿Qué significa «acoquinado»? —le preguntó.

—Pues… que estoy acoquinado —repitió Luke—. Verdaderamente acoquinado. Tengo miedo del señor Tupping, del señor Goon y también de mi padrastro.

—Quiere decir que está atemorizado —dijo Fatty—. ¡Qué palabra más estupenda… acoquinado! Ahora siempre la diré. ¡Acoquinado!

—Yo estoy muchas veces acoquinada —dijo Bets—. La otra noche estaba acoquinada porque tuve un mal sueño, y hoy lo estuve también cuando el viejo Ahuyentador se detuvo para hablarnos.

—Y el pobre Luke está acoquinado —dijo Daisy mirando al muchacho cuyos revueltos cabellos le colgaban sobre la frente tostada por el sol—. ¿Y qué podemos hacer? ¿Cómo evitar el acoquinarse?

—Si pudiéramos encontrar a ese gato —dijo Pip—. Entonces Luke no tendría necesidad de temer a nadie. Está acoquinado

porque cree que todos sospechan de él. Yo también lo estaría en su caso.

Oyeron un rumor entre los arbustos cercanos. «Buster» alzó las orejas, y se lanzó entre las matas ladrando con fuerza. Hubo un gran alboroto y luego algo trepó rápidamente a un árbol. Los niños fueron corriendo a ver qué ocurría.



Y tuvieron una enorme sorpresa. En la copa del árbol estaba el hermoso gato siamés mirándoles con sus ojos azul brillante. No cabía error posible con aquellos ojos y su color de chocolate y crema. Pero fue Luke quien les dio la mayor sorpresa.

—¡Es «Reina Morena»! —gritó—. ¿No veis el anillo de color claro en la cola ondulante de «Reina Morena»? —El precioso ejemplar la movía de un lado a otro furioso mientras miraba a «Buster» que saltaba al pie del árbol.

—Llévate a «Buster», Fatty —dijo Larry excitado—. Enciérralo en el cobertizo o en alguna parte. Asusta a «Reina Morena» y hará que se escape… y el pobre Luke volverá a cargar con la culpa si el viejo Goon interviene.

«Buster» fue encerrado en el cobertizo, pese a su indignación, y casi echa la puerta abajo en su afán por salir. «Reina Morena» se fue apaciguando cuando Fatty se llevó al perro, y se sentó en el árbol ronroneando.

—Está más delgada —dijo Daisy.

—Y mira qué sucia de barro viene —exclamó Larry.

Su piel está sucia y «apegotada». Llevémosla a la señorita Harmer. ¡Qué sorpresa tendrá!

Capítulo XVII

Luke lo pasa mejor

«Reina Morena» permitió que Daisy la cogiera suavemente y la bajara del árbol, y luego los cinco echaron a andar con Luke en dirección al jardín de la casa vecina.

Iban ya hacia la casa de los gatos, cuando por el camino encontraron a lady Candling, quien lanzó un grito de sorpresa al ver a un gato en brazos de Daisy.

—¡No debéis sacar mis gatos de la jaula! ¿Es que os ha dado permiso la señora Harmer?

—¡Es «Reina Morena»! —exclamó Larry—. ¡Acaba de aparecer repentinamente en nuestro jardín, lady Candling! ¿No es maravilloso? ¿Verdad que se alegrará la señorita Harmer?

—¡Cielo santo! —dijo lady Candling muy sorprendida, y mirando la cola de «Reina Morena» comprobó si tenía el anillo de cabellos claros—. Sí… es mi preciosa «Reina Morena». ¿Dónde habrá estado? La veo delgada y medio muerta de hambre.

—¿No es una pena que no pueda hablar? Así podría contárnoslo todo —dijo Bets acariciando al gato que ronroneaba—. Lady Candling, aquí está «Reina Morena» que ha vuelto sana y salva.

—Vamos a llevársela a la señorita Harmer —exclamó Larry—, ¿verdad que se alegrará?

—Yo iré con vosotros —dijo lady Candling—, oh, ahí está la señorita Trimble. Señorita Trimble, ¿a que no sabe lo que ha ocurrido? ¡«Reina Morena» ha vuelto!

—¡Dios nos asista! —exclamó la señorita Trimble mientras los lentes se le caían enseguida debido a su excitación—. ¿De dónde ha venido? ¿Quién la trajo?

Los niños se lo explicaron a la señorita Trimble que les escuchó sorprendida mientras se calaba de nuevo los lentes, y Bets comenzó a contar las veces que se le caían.

Todos fueron a la casa de los gatos, donde encontraron a la señorita Harmer acariciando a los gatos, puesto que le gustaban mucho. Al ver a «Reina Morena» en brazos de Daisy se quedó tan sorprendida que no podía articular palabra. Alargó los brazos y «Reina Morena» se refugió en ellos con un salto lleno de gracia. La gata se acurrucó contra la señorita Harmer, hundiendo su cabeza contra su pecho mientras ronroneaba profundamente.

—¡«Vaya»! —exclamó la señorita Harmer encantada—. ¿De dónde «sales», «Reina Morena»? ¡Oh, cuánto me alegro de que hayas vuelto!

Todos le contaron enseguida cómo había aparecido de repente, y la señorita Harmer observó a la gata con detenimiento.

—Está muy delgada —dijo—. Y su piel está áspera y llena de esas pequeñas bolitas que se pegan a las medias cuando se pasea por el campo. Creo que debe haberse escapado de donde estuviera, y ha vuelto a su casa… recorriendo tal vez kilómetros… a través de los campos y los bosques.

—Los gatos son muy listos, ¿verdad? —dijo Fatty—. Pobre «Reina Morena»… me figuro que estará muy contenta porque ha vuelto.

En aquel momento apareció el señor Tupping acompañado del señor Goon. Era evidente que el policía acababa de comunicarle las órdenes del inspector, y la voz del jardinero tenía un matiz amargo. Miró a Luke con el ceño fruncido, y luego vio a «Reina Morena».

—¡Es «Reina Morena»! —exclamó Bets—. Ha vuelto. ¿No se alegra, señor Tupping?

El señor Tupping parecía como si no pudiera dar crédito a sus ojos y miraba a «Reina Morena» sorprendido mientras volvía su cola para asegurarse de que tenía el pequeño círculo de cabellos color crema. Y en cuanto a Goon se quedó boquiabierto y los ojos se le salieron más que nunca.

Sacando el librito de notas comenzó a escribir lentamente.

—Tengo que hacer un informe de su reaparición para comunicárselo al inspector —dijo dándose importancia.

—Quiero saber algunos detalles. ¿Dónde estaba usted, lady Candling, cuando volvió el gato?

Una vez más los niños contaron la historia de la reaparición de «Reina Morena», y Goon escribió afanosamente en su libreta negra. Tupping era el único que no daba muestras de satisfacción por el regreso del gato, y le miraba como si le desagradase el animalito.

—Oh, Tupping, antes de que se marche quiero decirle que el inspector Jenks y yo hemos hablado de Luke —dijo lady Candling con su voz clara—. Y mañana volverá a trabajar aquí. Este es mi deseo como ya le habrá dicho el señor Goon. Espero que no tendré ninguna queja de cómo trate al muchacho.

—Bien, señoría, si usted y el inspector quieren tener empleado a un chico así… —comenzó a decir Tupping con mala intención, pero lady Candling le atajó.

—No deseo discutir este asunto con usted, Tupping. Ya conoce mis deseos. Eso debiera bastarle.

Lady Candling se alejó seguida de la señorita Trimble a quien se le cayeron los lentes por la emoción de oír cómo paraban los pies a Tupping.

—Ojalá «yo» supiera hablar así a la gente —dijo Fatty mirando a Tupping de reojo—. Me refiero, claro está, a quien se lo mereciese.

—Ahora largaros —dijo el señor Goon viendo que Tupping iba enrojeciendo rápidamente.

—Quiero buscar más pistas —replicó Fatty con malsana intención—. Sabe, puede que haya un caramelo de ciruela, un «toffee», o algo por el estilo. A propósito, señor Goon, ¿no se ha comido todavía su caramelo de menta?

Ahora le tocó enrojecer al señor Goon. Los niños echaron a correr hacia la tapia riendo ruidosamente; no sabían cómo se le ocurrían aquellas cosas a Fatty, ni cómo se atrevía a decirlas.

Treparon a la tapia saltando por el otro lado. Fatty fue enseguida a libertar a «Buster» que estaba furioso.

Entonces sonó la campana llamando a Bets. La niña lanzó un gemido, pues no deseaba acostarse todavía.

—¡Oh, qué lástima! Esa campana suena siempre cuando no lo deseo. ¿Verdad que hoy ha sido un día de veras emocionante?

—Ya puedes decirlo —exclamó Pip—. Merienda con el

inspector… Luke ha podido salir de su escondite… «Reina Morena» ha regresado… ¡Cielos! Ahora ya no hay ningún misterio que resolver, ¿verdad?

—Pues seguimos ignorando quién robó a «Reina Morena» —exclamó Larry—. Me pregunto si es posible que se escapara por sí sola… y Luke no reparara en su desaparición. Tal vez la puerta de la jaula no estuviese cerrada, y la empujaría… o algo por el estilo.

—Yo no creo que eso sea posible —dijo Fatty—. Pero hemos de pensar en todo. De todas formas, hemos fracasado y no hemos resuelto este misterio, y por eso queremos creer que nunca lo ha habido. «Reina Morena» se escapó solita y ha regresado de igual manera, al cansarse de andar suelta por ahí.

Pero naturalmente, ninguno lo creyó. Estaban muy decepcionados al ver que ellos, los Cinco Pesquisidores, no habían sido capaces de resolver el misterio de la casa vecina.

Aquella noche Luke regresó con su padre, que no le pegó ni le regañó. Era evidente que el señor Goon había dejado bien claro que no había que molestarle en ningún sentido y el padrastro no dijo nada, limitándose a poner la comida ante Luke, quien la comió y luego fue a lavar los platos.

A la mañana siguiente Luke volvió a su trabajo. Seguía teniendo miedo al señor Tupping, pero el hombre no se metió con él como tenía por costumbre. ¡Por lo visto lo que el inspector ordenaba se cumplía a rajatabla! Ni tampoco se podían desobedecer los deseos de lady Candling. Tupping tenía un buen empleo y no pensaba perderlo así como así.

Luke estaba muy contento de que «Reina Morena» hubiera regresado. Ahora las cosas volvían a estar como antes. Trabajó de firme, y los niños le oyeron silbar alegremente mientras iba por el jardín con su carretilla.

Se subieron a la tapia para verle trabajar. Estaba cavando un parterre.

—Hola, Luke —dijo Bets—. ¿Te gusta volver a trabajar?

Luke asintió.

—Sí. No estoy hecho para holgazanear. Bueno, aún no os he dado debidamente las gracias por esconderme y alimentarme como lo hicisteis, pero ya sabéis que os estoy muy agradecido, aunque no

tenga facilidad de palabra como vosotros.

—No tiene importancia, Luke —replicó Larry—. Estamos muy contentos de poder ayudarte.

—Os haré todos los silbatos que queráis —dijo Luke—. Muy bonitos. No como los que hice para Bets, sino mucho más grandes y los pintaré.

—Oh, gracias, muchísimas gracias —exclamó Pip satisfecho—. Tus silbatos son preciosos. ¡Vas a tener mucho trabajo si vas a hacer uno para cada uno!

Luke «tuvo» mucho trabajo, pero lo hizo con mucho gusto. Le encantaba tallar silbatos para sus cinco fieles amigos. Ojalá hubiera podido hacer algo por «Buster» también.

Ahora sentíase mucho más feliz. Su padrastro no le pegaba, y el señor Tupping no le tiraba de las orejas, aunque seguía gritándole. Algunas veces lady Candling le dirigía unas palabras de aliento, y los niños siempre estaban dispuestos a hablar, o salir con él cuando tenía un rato libre.

Los días transcurrían feliz y apaciblemente. Los niños jugaban juntos en los respectivos jardines, y «Buster» perseguía conejos. Fueron de excursión, a pasear en bicicleta, y se bañaron en el río.

—Parece que ha transcurrido muchísimo tiempo desde que imaginamos que teníamos otro misterio que resolver —dijo Fatty un día—. Fuimos tontos al pensar que era un misterio… supongo… que se trató únicamente de la desaparición de un gato sin que nosotros supiéramos cómo. En realidad la explicación debe ser sencilla.

—De todas maneras, me gustaría «poder» aclarar otro misterio durante estas vacaciones —dijo Bets—. ¿De qué sirve ser Pesquisidores si no descubrimos nada? Ojalá ocurra algo más.

—Las cosas nunca ocurren cuando uno las desea —dijo Fatty sabiamente.

Pero por una vez se equivocaba. Ocurrió algo que hizo que los Cinco Pesquisidores volvieran a ponerse en guardia. ¡«Reina Morena» desapareció otra vez!

Capítulo XVIII

La segunda desaparición

Fue Luke quien se lo dijo a los niños. Aquella tarde se asomó por encima de la tapia a eso de las cinco y media, con el rostro pálido y asustado, que los niños pensaron que acababa de recibir una azotaina o algo por el estilo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Daisy.

—«Reina Morena» ha vuelto a desaparecer —dijo Luke—. Sí, y en mis mismísimas narices igualito que la otra vez.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Fatty sorprendido—. Siéntate y cuéntanoslo todo. Es extraordinario.

—Bien —dijo Luke sentándose en la hierba junto a los niños—, escuchad esto. Yo estaba rastrillando los senderos cerca de la casa de los gatos… ya sabéis cuánto llovió anoche, y los rastrillo siempre después de que ha llovido. Bien, pues esta tarde estaba yo rastrillándolos y mientras alguien robó a «Reina Morena», como os he dicho, en mis propias narices. ¡Y yo no vi a nadie!

—¿Cómo sabes que ha desaparecido? —dijo Larry.

—Pues la señorita Harmer tenía el día libre —explicó Luke—. Se marchó a las diez y regresó hará una cosa de diez minutos. En cuanto entró en la jaula lanzó un grito y dijo que «Reina Morena» no estaba allí.

—¡Cielos! —exclamaron todos—. ¿Fuiste tú también a mirar, Luke?

—Eso hice —replicó el muchacho—. Pero sólo estaban los otros gatos y no «Reina Morena». ¡Se escapó en mis mismísimas narices!

—¿Cómo sabes que se marchó mientras tú trabajabas por allí cerca? —dijo Fatty—. Pudo marcharse algunos minutos antes.

—No —repuso Luke—. Verás, ahora lady Candling siempre visita las jaulas antes de las tres, y habla de los gatos con la señorita Harmer. Pues bien, lady Candling fue a ver a los gatos a las tres, como de costumbre, y «Reina Morena» estaba allí.

—Tú dijiste que la señorita Harmer tenía el día libre —dijo Fatty —. De manera que «ella» no vería a «Reina Morena».

—No, ella no la vio, claro —repuso Luke—, fue Tupping quien acompañó hoy a la señora cuando fue a ver los gatos. Ahora siempre que no está la señorita Harmer le acompaña él, y ella le da las órdenes para que se las transmita a la señorita Harmer. Yo estaba allí cuando lady Candling y Tupping fueron a mirar los gatos, y oí decir a Tupping:

«Ahí al fondo está “Reina Morena”, señorita… fíjese en el anillo de su cola». Así que la gata estaba allí a las tres.

—¿Y quieres decir que desde las tres tú estuviste muy cerca de las jaulas y no te alejaste para nada… hasta que regresó la señorita Harmer y descubrió que «Reina Morena» había desaparecido? —le preguntó Larry, y Luke asintió.

—Y ya sabéis lo que dirán —murmuró—. Volverán a acusarme. Yo fui el único que estaba allí la última vez, y el único que hoy ha estado por allí, pero yo no he tocado a «Reina Morena».

—¿Cómo descubrió la señorita Harmer que «Reina Morena» había desaparecido? —preguntó Fatty que se tomaba un vivo interés por todo lo que decía Luke.

—Pues cuando volvió Tupping fue a su encuentro para decirle que tenía la impresión de que uno de los gatos no estaba muy bien —dijo Luke—. De manera, que ante mis propios ojos, entró en la jaula mientras se acercaba la señorita Harmer, y cogió al gato que según él no se encontraba bien; y entonces la señorita Harmer llegó junto a él, y casi en el acto gritó diciendo que «Reina Morena» había desaparecido.

—¿Y Tupping no pudo haberla dejado escapar en aquel momento? —preguntó Larry.

—No —replicó Luke—. Yo no podía ver a Tupping dentro de la jaula, pero sí veía la puerta muy bien, y no salió nadie. En realidad estaba bien cerrada.

Todos guardaron silencio. Les parecía extraordinario que «Reina

Morena» hubiera vuelto a escapar en las mismas narices de Luke. ¡Qué mala suerte que nuevamente fuera el único que estuviera trabajando en aquellos momentos cerca de las jaulas!

—¿Fue idea tuya el rastrillar los senderos cerca de la casa de los gatos? —le preguntó Fatty.

—Oh, no —replicó Luke—. Yo no hago nada por iniciativa propia. Tupping me da las órdenes cada día, y me dijo que me pasara la tarde rastrillando los caminos por aquella parte.

—La última vez estuviste allí todo el tiempo —dijo Pip—. Y esta vez también. La otra vez la señorita Harmer tenía el día libre igual que ahora. Entonces fue Tupping quien entró en la jaula de los gatos, y esta vez ha ocurrido lo mismo… me refiero cuando se descubrió la desaparición de «Reina Morena». La vez anterior fue con Goon… y ésta con la señorita Harmer. Hay muchas cosas exactamente iguales. Esto es muy extraño.

—Bueno, pues yo no cogí el gato ni la otra vez ni ésta —replicó Luke—. Sé que yo no he sido. Si hubiera sido yo me acordaría, ¿no? Quiero decir, que no me estoy volviendo loco, ¿verdad? No es posible que dejara escapar al gato y después no me acordara.

—Ni siquiera nos ha pasado por la imaginación —dijo Daisy—. Claro que la gente hace cosas así algunas veces, y luego lo olvidan, pero no he pensado ni por un momento que te ocurriera nada de eso, y que hubieras podido hacerlo tú, Luke.

—Éste es un misterio cada vez más complicado —exclamó Fatty poniéndose en pie—. Voy a saltar la tapia para inspeccionar. ¿Recordáis lo que encontramos en la jaula la última vez? Uno de los silbatos de Luke. Pues como todo parece resultar poco más o menos como entonces, ¡apuesto a que encontramos otro esta vez!

—¡No seas tonto! —exclamó Daisy—. Es sólo una casualidad, si algunas cosas son parecidas.

—Está bien —dijo Fatty—. Pero escucha, si encontramos uno de los silbatos de Luke en la jaula, tendrás que comprender que no se trata de una casualidad. ¡Lo habrán puesto allí a propósito! Bueno… iré a mirar.

Todos quisieron ir, naturalmente. De manera que saltaron la tapia acompañados de Luke. El muchacho estaba nervioso y «acoquinado», y no quería quedarse solo. El único en quedarse al

otro lado de la tapia fue «Buster», a quien ataron a un árbol. Ladraba frenéticamente, y casi se estrangula tratando de liberarse de su collar, pero no lo consiguió.

Los cinco niños se acercaron a la casa de los gatos. No había nadie. Tupping y la señorita Harmer habían ido a dar parte de lo ocurrido a lady Candling. Tan sólo los gatos miraron a los niños con sus brillantes ojos azules. Bets los contó. Eran siete.

—¡Mirad! —exclamó Fatty señalando dentro de la jaula—. ¡Otro de los silbatos de Luke!

Era cierto… allí en el suelo estaba uno de los hermosos silbatos de Luke, quien lo contempló con asombro. Luego fue en busca de su chaqueta que estaba colgada de un árbol cercano.

—Deben haberlo cogido de mi bolsillo —dijo—. Lo tenía aquí para terminarlo. Era para Pip. Y alguien ha debido cogerlo.

—¡Y lo han dejado en el suelo de la jaula para que volviesen a sospechar de ti! —exclamó Fatty con pesar mientras contemplaba el silbato.

—¿Lo cogemos como hicimos la otra vez? —dijo Daisy.

—No creo que tengamos tiempo —replicó Fatty—. Mirad a ver si encontramos además alguna pista…, deprisa.

Los niños comenzaron a examinar los alrededores. Bets acercó su nariz a la jaula aspirando con fuerza.

—Se huele igual que la otra vez —dijo—. ¿Qué dijiste que era, Fatty? Ah, sí, olor a aguarrás.

Fatty muy decidido, aplastó su nariz contra la alambrada y aspiró.

—Sí, es aguarrás —dijo intrigado—. ¡Cielos! Esto es muy extraño. Todo se repite, ¿no es cierto…?, el silbato en el suelo… el olor a aguarrás. Es el misterio más extraño de todos los que he tropezado en la vida.

—Fatty, supongo que eso no será una pista, ¿verdad? —exclamó Daisy señalando una gota redonda de pintura que había en una piedra junto al camino. Fatty la examinó.

—No creo —dijo cogiendo la piedra para mirar más de cerca la mancha de pintura.

—Luke pinta nuestros silbatos —dijo—. Probablemente esta gota se le habrá vertido a él. ¿Has pintado aquí tus silbatos alguna vez,

Luke?

—No, nunca —replicó Luke al punto—. Siempre lo hago en el cobertizo donde se guardan los botes de pintura. Y de todas maneras yo no uso ese color castaño claro. Siempre empleo colores brillantes… rojo, azul y verde, pero nunca castaño.

—No puede ser una pista —dijo Fatty, pero se guardó la piedra en el bolsillo por si acaso.

En aquel preciso momento se oyeron pasos. Por el sendero se acercaban lady Candling, la señorita Trimble, Tupping y la señorita Harmer. Tupping se daba importancia, y las mujeres parecían nerviosas. La señorita Trimble no lograba conservar puestos sus lentes ni dos segundos seguidos.

Miraron al interior de la jaula al parecer con la vana esperanza de que «Reina Morena» estuviera allí a pesar de todo, y la señorita Harmer lanzó un grito.

—¿Qué ocurre? —preguntó lady Candling, y la señorita Harmer señaló el suelo de la jaula.

—¿Qué es eso? —dijo, y todos miraron.

—¡Oh! —exclamó Tupping en tono feroz—. Es uno de los silbatos que Luke anda siempre haciendo, ¡eso es! ¡Me gustaría saber «cómo» ha venido a parar aquí!

La señorita Harmer cogió la llave de la jaula y la abrió.

Tupping, después de recoger el silbato, se lo mostró a lady Candling.

—¿Es uno de los silbatos que tú haces, Luke? —le preguntó lady Candling.

Luke asintió con la cabeza. Estaba muy pálido. No comprendía cómo habría podido volver a escaparse «Reina Morena», ni cómo su silbato había sido hallado en la jaula.

—Luke ha estado haciendo silbatos para todos nosotros —intervino Fatty sacando uno de su bolsillo—. Supongo que debe ser nuestro, lady Candling. Podría serlo, ¿no?

—Pero ¿cómo ha ido a parar dentro de la jaula? —preguntó lady Candling intrigada.

—Es bien sencillo, señoría —dijo Tupping—. Este muchacho entró para llevarse el gato, como la vez anterior… y se le cayó el silbato sin que él lo advirtiera. Salió de la jaula, la cerró, volvió a

dejar la llave en su sitio y se marchó con «Reina Morena».

—Ni siquiera sé dónde se guarda ahora la llave —replicó Luke.

—Por lo general la guardo en mi bolsillo; excepto los días que tengo libre —dijo la señorita Harmer—. Entonces se la entrego a Tupping. ¿Qué hace usted entonces con ella, Tupping?

—Yo también la guardo en «mi» bolsillo —repuso Tupping—, pero esta tarde dejé la chaqueta por ahí, de manera que Luke pudo cogerla fácilmente. ¡Apuesto a que «Reina Morena» está escondida por aquí cerca en espera de que alguien venga a llevársela! Sé que si vuelve a admitir a este muchacho se arrepentirá, lady Candling. Es de razón que ocurra algo parecido. Le he dicho muchas veces al señor Goon…

—No me interesa lo que usted haya podido decirle al señor Goon —replicó lady Candling—. Esta vez pasaremos por encima del señor Goon e inmediatamente me pondré en contacto con el inspector Jenks.

Los niños quedaron encantados al oír aquello; pero, cielos, el buen inspector estaba ausente, de manera que tuvieron que avisar al señor Goon, quien llegó dándose importancia en busca de pistas, y para escuchar lo que todos tenían que decir.

Miró a los cinco niños con desconfianza, y luego a las jaulas como si de nuevo esperara encontrar un montón de pistas, pero allí no había nada que ver, excepto el silbato que lady Candling le había entregado.

—¿Habéis encontrado muchas pistas esta vez? —preguntó el Ahuyentador a Fatty.

—Sólo hemos descubierto un olor y una piedra manchada de pintura —dijo Bets, y los otros le miraron con tal ceño que la pobre niña casi echa a correr. ¡Oh, claro que no debía habérselo dicho al señor Goon! ¿En qué estaba pensando?

—¿Un olor? —dijo el señor Goon incrédulo—. ¿Y una piedra manchada de pintura? ¡Oh! ¿Queréis volver a burlaros de mí… esta vez con olores y piedras? Bien, permitid que os diga que esta vez no pienso creer en bolitas de menta, cordones de zapatos, cintas para el pelo, olores, «ni» piedras manchadas de pintura. Y recordad lo que os dije antes… si seguís entrometiéndoos en cosas que atañen a la ley, cualquier día tendréis un «disgusto serio», os lo aseguro.

Y dicho esto el señor Goon dio la espalda a los niños, quienes inmediatamente saltaron la tapia y fueron a sentarse para cambiar impresiones sobre aquel nuevo suceso.

—¡Bets! ¡Si serás tonta! —le dijo Pip—. Te mereces un buen «rapapolvo». ¡Descubrir nuestras pistas al Ahuyentador! ¿Es que te has vuelto loca?

—Debo estarlo —dijo Bets casi llorando—. No sé cómo he podido decírselo.

—No te preocupes, Bets —le dijo Fatty consolándola—. Precisamente «porque» se lo has dicho no te creerá, de manera que «si son» pistas, no importa. ¡Anímate!

—Realmente es un misterio extraordinario —dijo Daisy—. ¡El Misterio del gato desaparecido! ¡Adónde habrá ido… y «cómo» habrá desaparecido! ¡Cuánto me gustaría saberlo!

Capítulo XIX

«Buster» demuestra su inteligencia

—Lo más sorprendente es que todo es casi igual que la otra vez —decía Fatty—. Quiero decir, que Luke estaba allí cerca las dos veces… la señorita Harmer tenía el día libre… y el silbato fue encontrado en la jaula.

—Parece como si hubieran tenido que reunirse todas estas circunstancias para poder robar el gato —dijo Daisy—. Parece como si la señorita Harmer tuviera que estar fuera, Luke cerca…, etc., etc.

—Esta vez es inútil sospechar de nadie, aparte de Luke —dijo Larry—. El gato estaba en su jaula a las tres, puesto que Tupping y lady Candling lo vieron; y Luke estuvo junto a la casa de los gatos desde las tres hasta el regreso de la señorita Harmer, y entonces ella y Tupping entraron en la jaula descubriendo la desaparición de «Reina Morena».

—Y Luke dice, como dijo la otra vez, que nadie se acercó a la jaula, excepto él mismo, durante todo ese tiempo —exclamó Pip—. Bien, no tengo «la menor idea» de cómo pudieron robar a «Reina Morena».

Todos guardaron silencio. Otra vez se hallaban ante un misterio indescifrable… y sin solución… excepto que Luke fuese un ladrón muy estúpido y mentiroso. Pero ninguno de ellos podía creerlo.

Los niños continuaron charlando hasta que fuera hora de que Bets se acostase. Entonces se dieron las buenas noches y volvieron a sus casas.

—Mañana nos reuniremos aquí —dijo Fatty con voz apesadumbrada—. No es que nosotros podamos hacer mucho. Esta noche en la cama reflexionaremos a fondo para ver si encontramos

alguna solución a este problema.

—Si por lo menos tuviéramos unas buenas pistas y varios sospechosos como en el otro misterio —dijo Pip—. Pero no podemos llamar pistas a un olor y a una gota de pintura sobre una piedra, ¿verdad?

—Incluso el Ahuyentador lo tomó a broma —replicó Fatty poniéndose en pie—. Bien, a descansar. Mañana nos veremos. Y por amor de Dios a ver si os ocurre alguna idea. Si no Luke está perdido.

Aquella noche los niños no conciliaron el sueño fácilmente. Todos pensaban en el Misterio del gato desaparecido. Cuando se reunieron a la mañana siguiente ninguno tenía ideas nuevas… excepto Bets. Y apenas se atrevía a mencionarlas por temor a que los demás se rieran de ella.

—¿Alguien tiene algo que decir? —preguntó Fatty.

—Pues —dijo Bets—. Yo tengo una idea respecto a una de nuestras pistas.

—¿Qué es? —dijo Fatty.

—Recordáis aquel olor… a aguarrás —dijo Bets—. Se olía a aguarrás en la jaula esta vez y la otra Debe significar algo… tiene que formar parte de este misterio de una manera u otra, ¿no os parece? De manera que debe ser una pista real, y hemos de seguirla.

—¿Cómo? —exclamó Pip.

—Pues podríamos ir a la casa vecina para ver dónde se guarda la botella del aguarrás o algo así —dijo Bets—. Yo no digo que sea una solución, pero después de todo si es una pista, es posible que descubramos algo.

—Bets tiene razón —dijo Fatty—. Vaya si la tiene. Hemos olido a aguarrás las dos veces… y desde luego que debemos ir a tratar de descubrir dónde lo guardan. ¡Quién sabe si entonces encontraremos otras pistas!

—Entonces, vamos ahora mismo —exclamó Pip—. ¡No hay tiempo como el presente! Vamos. Aunque vigilaremos por si estuviera Tupping. No le gustará que husmeemos por ahí.

Volvieron a saltar la tapia, dejando al pobre «Buster» en el cobertizo, y enviaron a Pip al jardín para que averiguara el paradero de Tupping.

Al regresar les informó de que estaba atando unas enredaderas cerca de la casa.

—Así que de momento no hay peligro —dijo Pip—. Vamos. Volvamos a olfatear la jaula para ver si sigue oliendo lo mismo. Luego iremos en busca del aguarrás.

Todos olfatearon la jaula. Aquel ligero olor a aguarrás seguía dejándose sentir. En aquel momento se acercó a ellos la señorita Harmer, quien no pareció alegrarse mucho al verlos.

—No quiero que nadie se acerque ahora a la casa de los gatos —les dijo—. Esta segunda desaparición de «Reina Morena» ha destrozado mis nervios. Preferiría que no vinierais por aquí, niños.

—Señorita Harmer, ¿emplea usted aguarrás para limpiar las jaulas alguna vez? —preguntó Fatty.

La señorita Harmer miró sorprendida.

—No —dijo—. Uso un desinfectante corriente. A los gatos no les gusta el olor a aguarrás.

—Bien, entonces, ¿cómo es que la jaula huele a aguarrás? —dijo Larry—. Huela, señorita Harmer, verá como tengo razón.

Pero la señorita Harmer no tenía muy buen olfato, y no percibió ningún olor parecido al del aguarrás.

—¿Ni lo olió ayer cuando entró en la jaula descubriendo que «Reina Morena» había desaparecido? —exclamó Larry.

—Pues, tal vez sí —dijo la señorita Harmer tratando de recordar —. Pero no podría jurarlo. ¡Estaba tan trastornada por la nueva desaparición de «Reina Morena»!

Los niños siguieron olfateando la jaula y la señorita Harmer les hizo marchar.

—Idos ya —les dijo—. Me pongo muy nerviosa cada vez que alguien se acerca a los gatos.

—Vamos al cobertizo a ver si descubrimos alguna botella de aguarrás —exclamó Fatty. De manera que se alejaron de la casa de los gatos para dirigirse a los dos cobertizos que, dándose la espalda, estaban situados cerca de los invernaderos. Uno de los cobertizos estaba lleno de herramientas, y el otro lleno de macetas, cajas y cachivaches.

—Las niñas que vayan a registrar un cobertizo, y los chicos registraremos el otro —ordenó Fatty.

Así es que todos comenzaron a buscar afanosamente en los dos cobertizos, cambiando de sitio macetas, herramientas y cajas con la esperanza de encontrar una botella de aguarrás. ¡En realidad no sabían qué ayuda habría de reportarles el encontrarla!

Pero no encontraron aguarrás en ninguna parte. Larry al ver pasa a Luke preocupado le llamó con un silbido.

—¡Eh, Luke! Parece como si hubieras perdido un chelín y encontrado seis peniques. ¡Ánimo, hombre!

—No estarías tan alegre si te sintieras tan acoquinado como yo —dijo el pobre Luke.

—No te acoquines —replicó Larry sonriendo—. Es una palabra estupenda, Luke.

Pero aquella mañana nada era capaz de hacer sonreír a Luke. Sentía que en cualquier momento iba a aparecer el señor Goon para llevarle a la comisaría.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —les dijo—. Si viene el señor Tupping y os ve enredando por aquí os la cargaréis.

—Estamos buscando aguarrás —dijo Fatty sacando la cabeza por la puerta del cobertizo, y Luke pareció sorprenderse mucho.

—¿Aguarrás? —dijo—. ¿Para qué lo queréis? Lo guardan en él otro cobertizo… en un estante… y os lo enseñaré. ¿Pero para qué lo queréis?

Luke condujo a los niños al otro cobertizo donde estaban Daisy y Bets, y les señaló un estante en el que había varias botellas y latas.

—Tiene que estar por ahí —dijo.

Los niños fueron destapando las botellas una por una para oler su contenido, pero allí no había aguarrás.

—Ya lo habíamos mirado nosotros —exclamó Daisy.

Luke estaba intrigado.

—Sí «estaba» ahí —dijo—. Ayer mismo lo vi. ¿A dónde habrá ido a parar?

Fatty comenzó a excitarse, aunque en realidad sin saber por qué.

—«El Misterio de la botella de aguarrás desaparecida» —murmuró, haciendo reír a los otros.

—Tenemos que encontrar esa botella —dijo Fatty.

—¿Por qué? —quiso saber Daisy.

—No lo sé —dijo Fatty—. Pero hemos de encontrarla. Ha

desaparecido. Tal vez esté escondida, y hemos de encontrarla.

—Pues no podemos ir olfateando por todo el jardín para dar con esa botella de aguarrás —dijo Larry con mucha razón—. ¡No somos perros!

—¡Pero «Buster» sí lo es! —replicó Fatty—. Apuesto a que «Buster» lo encontraría.

—¡Ooooh, sí! —exclamó Bets—. ¡«Buster» es muy inteligente! ¡«Sé» que lo encontrará!

—¿Cómo? —dijo Larry—. No puedes decir a «Buster»: «Ve a buscar una botella de aguarrás que está escondida». ¡Puede ser un perro inteligente, pero no lo bastante como para entender «eso»!

—Yo lo arreglaré —dijo Fatty dándose importancia—. ¿Tienes tú un poco de aguarrás guardado en tu cobertizo, Pip?

—Seguramente —fue la respuesta de Pip.

—Pues ve a buscarlo —dijo Fatty—. Y yo iré a buscar a «Buster». Volver todos a la tapia, no sea que venga Tupping y desee saber lo que tramamos.

Luke fue a reintegrarse a su trabajo con aire apesadumbrado, y los otros se acercaron a la tapia. Pip y Fatty se subieron a ella dejándose caer al otro lado. Pip se llegó al cobertizo de su jardín donde encontró un tarro pequeño con aguarrás.

Fatty abrió el cobertizo de las bicicletas para sacar a «Buster», quien comenzó a girar a su alrededor ladrando a más y mejor como si hiciese años que no le hubiera visto junto a él.

—Vamos, «Buster» —le dijo Fatty cogiéndole en brazos—. Tienes que realizar un pequeño trabajo, y demostrar tu inteligencia.

Poco después, Fatty, «Buster» y Pip estaban al otro lado de la tapia con los otros.

—¿Dónde está Tupping? ¿Sigue junto a la casa? —preguntó Fatty.

—Sí —dijo Larry—. Acabo de mirar. Por el momento la costa está despejada.

—¿Qué va a hacer «Buster»? —preguntó Bets muy excitada—. ¿Es que también va a ser Pesquisidor?

—Eso espero —dijo Fatty, que mojando con aguarrás su ya mugriento pañuelo, lo acercó al hocico de «Buster»—. Huele esto, camarada. Aspira fuerte. Esto es aguarrás. Ahora, ve a ver si

encuentras este olor en algún lugar. Eres un buen sabueso, ¿no es cierto?

—Claro que lo es —exclamó Bets encantada—. Oh, «Buster», ¿verdad que eres un perro inteligente? ¡Ve y encuéntralo!, ¡ve y encuéntralo!

A «Buster» no le gustaba el olor a aguarrás. Apartó su cabeza del pañuelo demostrando su disgusto, y luego estornudó violentamente tres veces.

—¡Vamos, «Buster», busca, busca! —le decía Fatty haciendo ondear su pañuelo ante él. «Buster» alzó la cabeza para mirarle. Sabía perfectamente lo que significaba «busca». Siempre estaba buscando cosas para Fatty. Echó a correr con su rosada lengua fuera y la cola batiendo desesperadamente el aire.

—No creo que pueda oler otra cosa que aguarrás, vaya donde vaya —dijo Daisy contemplándolo—. Le has incrustado el pañuelo en el hocico, Fatty.

«Buster» corría entre los arbustos, y luego se dirigió hacia los cobertizos, dio la vuelta alrededor de la casa de los gatos, y recorrió todos los senderos.

—Está buscando conejos y no aguarrás —dijo Larry con disgusto —. Mirad… ha encontrado una madriguera… y ahora no podremos hacer carrera de él durante mucho tiempo.



«Buster» «había» encontrado un agujero que estaba en un margen. Metió el hocico dentro, y lanzando un gruñido se puso a escarbar violentamente en su estilo acostumbrado lanzando la tierra a sus espaldas.

—Sal de ahí, tonto —le dijo Fatty—. No he dicho conejos, sino aguarrás.

Fatty tiró de «Buster» cogiéndole por sus patas traseras, y algo salió rodando tras el perro. Todos los niños lo miraron. Era un tapón de corcho. Fatty lo cogió para olerlo.

—¡Huele a aguarrás! —exclamó excitado, y los otros le rodearon para olerlo también. No cabía la menor duda. Olía a aguarrás.

En un abrir y cerrar de ojos Fatty se puso a gatas para inspeccionar el agujero.

Sacó una botella que llevaba una etiqueta muy vieja y medio rota pero en la cual podía leerse la palabra «aguarrás», y que contenía un poco de líquido.

—Esto es lo que buscábamos —exclamó Fatty triunfante y mostrando la botella a los otros. Bets se inclinó para curiosear dentro del agujero y vio algo más que le llamó la atención.

—Aquí hay algo más, Fatty —gritó excitada metiendo la mano para sacar un bote de lata que los otros acudieron a contemplar muy emocionados.

—¿Qué es eso? —dijo Larry con curiosidad—. Un bote de pintura. Aquí tengo un cuchillo. Dejadme que quite la tapa.

Así lo hizo… y los niños vieron que el bote estaba casi lleno de pintura color castaño claro.

—¡Qué extraño! —exclamó Fatty—. ¡Es el color de esa mancha de pintura que tiene la piedra! ¡Mirad!

Y comparó la piedra con la pintura del bote. Eran exactamente iguales. Larry se arrodilló volviendo a escarbar en el agujero, pero allí ya no había nada más que se pudiera encontrar.

—Ahora decidme… —dijo Fatty contento mirando la botella de aguarrás y el bote de pintura—. Y ahora decidme… ¿quién puso la pintura y el aguarrás en este agujero… y «por qué»?

Capítulo XX

¡Siguiendo la pista!

Los niños estaban terriblemente excitados. Tenían dos pistas importantes, aunque no sabían cómo relacionarlas con el gato robado.

—¿Para qué se emplea el aguarrás? —preguntó Bets.

—Pues, para limpiar de pintura los pinceles… y para quitar manchas de pintura —dijo Larry—. Es evidente que este bote de pintura y el aguarrás están relacionados de alguna forma. Es extraño que no hayamos encontrado ningún pincel. Quiero decir… que es necesario emplear un pincel para pintar, ¿no?

—¡Apuesto a que está dentro del agujero también! —exclamó Daisy. Pero antes de que pudiera comprobarlo, «Buster» había introducido el hocico en el agujero y una lluvia de tierra cayó sobre todos ellos. ¡Al fin el perro se echó hacia atrás llevando en la boca un pincel muy pequeño!

—¿Verdad que es inteligentísimo? —dijo Bets con admiración.

—Será mejor que miremos a ver si hay algo más en el agujero —dijo Fatty. Pero no lo había. Fatty se tendió en el suelo e introdujo su brazo hasta el hombro… pero ya no había nada más que encontrar.

—Escuchad, Tupping está llamando a Luke —dijo Fatty—. Será mejor que saltemos la tapia, deprisa. Ven, Larry, ayúdame a dejar el agujero como estaba. No nos conviene que quien escondió estas cosas sepa que las hemos descubierto. Eso le pondría en guardia… a él o a ella… y sabría que estamos sobre su pista.

Los niños se apresuraron a retirar la tierra, en tanto que las niñas echaban a correr hacia la tapia. Una vez allí Daisy ayudó a

Bets. Luego llegaron los otros con «Buster» y la saltaron a tiempo porque medio minuto después llegaba Tupping rezongando entre dientes.

Los niños se retiraron a la glorieta con sus «pistas» y las examinaron cuidadosamente.

—Una botella de aguarrás, un bote pequeño de pintura castaño claro, y un pincelito muy pequeño —dijo Fatty—. Si supiéramos para qué han sido empleados, cómo y por quién, habríamos resuelto el indescifrable Misterio del gato desaparecido.

—Debo decir que Bets ha sido muy lista al sugerir que siguiéramos la pista del aguarrás —declaró Larry.

—Desde luego que sí —replicó Fatty generoso—. ¿No se te ocurre ninguna otra idea, Bets?

Bets reflexionó intensamente. Se acordó de la casa de los gatos y del olor que percibiera allí, y en los gatos que aborrecían el olor a aguarrás, preguntándose en qué lugar exacto de la jaula habría sido usado, o vertido.

—Fatty —dijo la niña con ansiedad—, ¿tú crees que serviría de algo ir a la jaula y ver de descubrir el lugar exacto donde fue empleado el aguarrás?, quiero decir… si fue en los bancos, en el suelo, en el techo, o en la alambrada. No sé si eso nos ayudaría, pero podríamos probarlo.

—Me parece una idea bastante tonta —dijo Pip.

—Pues yo no veo que nos sirva de nada —dijo Larry—. Y de todas maneras, ¿cómo podríamos entrar en la jaula? La señorita Harmer tiene la llave.

—Pues… yo creo que la idea de Bets no es del todo despreciable —dijo Fatty—. Lo mismo que Larry, no veo que pueda servirnos de ayuda el encontrar el lugar exacto donde fue empleado el aguarrás, pero tengo la corazonada de que lo mejor es probarlo. Bets, por ahora eres la que tienes las ideas más felices.

Bets estaba emocionada. Le encantaban los elogios porque recibía muchas censuras, y una alabanza que viniera de Fatty tenía mucha importancia.

—Bueno, ¿cómo conseguiremos la llave? —preguntó Daisy—. La señorita Harmer la guarda en su bolsillo. Eso nos complica la dificultad.

Fatty meditó unos segundos.

—Hoy hace mucho calor —dijo—. La señorita Harmer debe haberse quitado la chaqueta y la habrá colgado en alguna parte. Ahora no estará con los gatos… supongo que estará trabajando en los invernaderos. Ya sabéis que también tiene obligación de cuidarlos, y apuesto a que allí dentro no llevará mucha ropa con el calor que hace, de manera que tal vez podamos coger la llave un rato sin que se entere.

—Me figuro que tendrá la chaqueta al alcance de su vista, después de las desapariciones —dijo Larry.

—Vamos a verlo —dijo Pip poniéndose en pie. Quitaron una baldosa suelta del fondo de la glorieta y allí escondieron las tres pistas. Luego volvieron a taparlas con la baldosa—. ¡Ya está! Nadie más que nosotros podrá encontrarlas. Vamos enseguida a ver lo que está haciendo la señorita Harmer.

Todos volvieron a saltar la tapia después de dejar a «Buster» en el cobertizo. No podían dejarle acercar a la jaula de los gatos mientras ellos estuvieran dentro.

Fatty fue a explorar y averiguó dónde estaba la señorita Harmer. En uno de los invernaderos, tal como había supuesto, sujetando las ramas de un melocotonero. Vestía como siempre sus pantalones de montar y una blusa de algodón. Fatty miró a ver si veía su chaqueta.

Estaba colgada de un clavo en el interior del invernadero donde estaba trabajando. ¡Qué contrariedad! ¡No era posible coger la llave sin ser visto por la señorita Harmer! Fatty volvió junto a los otros para decírselo.

—Hemos de sacar a la señorita Harmer del invernadero unos minutos, sea como sea —dijo Pip, y todos reflexionaron profundamente, pero los planes que se les ocurrían eran muy complicados. Fue a Daisy a quien se le ocurrió uno muy sencillo y que podían poner en práctica sin ser vistos por nadie.

—¡«Ya lo tengo»! —exclamó—. Me deslizaré hasta el extremo del invernadero más alejado de donde está la chaqueta… hay una puerta a cada lado, ¿no? Me esconderé entre los arbustos y gritaré bien fuerte: ¡Señorita Harmer! Y apuesto a que se acerca a la puerta para ver quién la llama y eso dará tiempo a que uno de vosotros

entre por la otra puerta y coja la llave.

—Si nos ve alguien cogiendo la llave nos la vamos a cargar —dijo Larry—. Pero al fin y al cabo, «somos» Pesquisidores y en nuestro trabajo hay que correr algunos riesgos, ¿no es cierto? ¿Quién cogerá la llave?

—Yo —replicó Pip—. Deja que lo haga yo. Soy muy rápido.

—Sí que lo eres —dijo Fatty—. De acuerdo, irás tú, Pip. Ahora, a poner en práctica nuestro plan. Daisy irá a esconderse tras un arbusto al otro extremo del invernadero donde está trabajando la señorita Harmer. Será mejor que Pip se esconda en otro arbusto cerca de la otra puerta. Daisy llamará a la señorita Harmer, y en cuanto ella se asome por una puerta tú, Pip, entras por la otra y coges la llave. ¿Entendido?

—Parece fácil —replicó Pip—. ¡Pero apuesto a que no es tan sencillo como parece! ¿Y tú, Larry y Bets, me esperaréis en la casa de los gatos?

—Sí —dijo Fatty—. ¡Vamos enseguida, o la señorita Harmer volverá a ponerse la chaqueta!

Daisy y Pip dejaron a los otros y al amparo de los arbustos fueron hasta los invernaderos. La señorita Harmer seguía trabajando en el extremo de uno de ellos. Daisy fue a colocarse tras un espeso arbusto cerca de allí, y esperó hasta que Pip estuvo a salvo tras otro frente a la puerta junto a la cual estaba colgada la chaqueta de la señorita Harmer.

¡Todo el plan fue saliendo como sobre ruedas! Tuvieron suerte.

—¡Señorita Harmer! ¡Señorita Harmer! —gritó Daisy.

La señorita Harmer la oyó, y volvió la cabeza para escuchar.

Daisy volvió a llamar.

—¡Señorita Harmer!

La señorita Harmer abrió la puerta del invernadero y salió.

—¿Quién me llama? —gritó, y en aquel preciso momento apareció la señorita Trimble trotando por el sendero con los lentes colgados de su nariz.

—¡Oh, señorita Trimble! ¿Me llamaba usted? ¿Qué desea? —le dijo la señorita Harmer, y Daisy rio para sus adentros pensando que ahora ambas señoritas charlarían un rato.

—No, yo no la he llamado —dijo la señorita Trimble mientras se

le caían los lentes—. Pero desde luego he oído cómo la llamaban. ¿No sería lady Candling?

—¿Para qué iba a necesitarme? —replicó la señorita Harmer saliendo al camino—. ¿Dónde está?

—Está junto al césped —dijo la señorita Trimble—. Yo la acompañaré.

Y las dos echaron a andar por el sendero y pronto se perdieron de vista. Pip aprovechó aquella oportunidad, y deslizándose por la otra puerta se llegó hasta la chaqueta de la señorita Harmer y rápidamente registró sus bolsillos. ¡Enseguida encontró la llave!

Entonces él y Daisy se dirigieron alegremente hacia la casa de los gatos donde los demás les aguardaban impacientes.

—Aquí está la llave —dijo Pip con orgullo—. Ahora, vamos deprisa a oler la jaula.

—Yo iré con Bets —dijo Fatty—. Vosotros no vengáis, o los gatos se asustarán. Yo tengo muy buen olfato, y como ha sido idea exclusiva de Bets creo que debe venir ella también.

Así que los dos entraron en la jaula cerrando la puerta tras ellos con cuidado, y comenzaron a olfatear por toda la jaula. Olía a desinfectantes. Pero en alguna parte se olía ligeramente a aguarrás.

Los niños olieron todos los bancos mientras los gatos les contemplaban tendidos plácidamente. Uno de ellos alargó una pata y golpeó a Fatty con aire juguetón.

—Yo creo que el olor está en este banco —dijo Fatty después de haber olfateado el suelo, el techo, la alambrada y los bancos—. Aquí, Bets… huele aquí. ¿No te parece que huele a aguarrás?

Un gato enorme estaba tendido encima del banco, y Bets le apartó con suavidad para poder oler.

—No —dijo la niña—. «Yo» no huelo a aguarrás en este banco, Fatty.

Fatty volvió a olfatear y pareció sorprenderse.

—Ahora ya no huele —dijo—. ¡Pero hace un momento vaya si olía!

Bets levantó al gato que había quitado del banco.

—Ven aquí, gatito —le dijo—, vuelve a tu sitio.

—¡Cáscaras!, ha vuelto ese olor —dijo Fatty arrugando la nariz —. Huele, Bets.

—¡Vaya! —exclamó Bets sorprendida—. No es posible que venga del banco. Debe de ser este gato. Ahora que he vuelto a ponerle encima lo huelo, y en cambio antes no.

Y entonces ante la sorpresa y el deleite del gran gato siamés los dos niños con todo cuidado y solemnidad fueron oliendo todo el gato desde la cabeza a la cola. El gato ronroneaba feliz. Le encantaba que le acariciasen y le mimasen, pero el que le olieran era algo completamente nuevo y también le agradó.

—¿Es que ese gato huele a aguarrás? —preguntó Pip con ansiedad, y Fatty asintió con el rostro enrojecido por la emoción.

—Bets —dijo—. ¿En qué parte del gato huele a aguarrás, di?

—Aquí —dijo Bets aplastando su naricilla en mitad de la cola oscura del gato.

—Igual que yo —dijo Fatty, quien examinó con todo detenimiento la cola que el gato trataba de mover de un lado a otro.



—¡Fatty! ¡Bets! ¡Alguien viene! —exclamó Larry en voz baja—, ¡salid de ahí, enseguida!

Pero desgraciadamente para Fatty y Bets, el señor Tupping apareció en escena antes de que pudieran salir de la jaula. ¡Y «entonces» estalló la tormenta!

El señor Tupping les miraba como si no pudiera dar crédito a sus

ojos. Fatty y Bets salieron de la jaula y cerraron la puerta con llave. Bets estaba temblando. Fatty sentíase muy violento. Los otros niños habían desaparecido al amparo de los arbustos.

—¿Qué estabais haciendo aquí? —preguntó Tupping—. ¿De dónde habéis cogido la llave? ¡Yo creo que habéis sido vosotros los que hicisteis desaparecer los gatos! ¡Oh, sí! Voy ahora mismo a hablar con el señor Goon y os aseguro que os escabecha. ¡Y lo tendréis bien merecido!

Capítulo XXI

Resolviendo el misterio

El señor Tupping se marchó con una cara nada agradable de ver. Bets estaba aterrorizada y se acercó a Fatty con el rostro muy pálido. El propio Fatty también estaba algo tembloroso.

En silencio, los cinco saltaron la tapia y fueron a refugiarse en la glorieta.

—¡Caramba! Eso sí que ha sido mala suerte —dijo Larry, y Bets comenzó a llorar.

—¡Ahora nos llevarán a la cárcel! —sollozó—. Oh, estoy muy asustada.

—Acoquinada, querrás decir —replicó Larry tratando de hacerla sonreír, pero Bets no estaba para sonrisas—. No te acoquines, Bets. Todo saldrá bien. Tendremos que contárselo todo al inspector Jenks: cómo cogimos la llave y cómo tú y Fatty olfateasteis toda la jaula. Entonces no creerá al Ahuyentador cuando vaya a informarle de que él y Tupping sospechan que fuimos «nosotros» quienes robamos a «Reina Morena».

Fatty guardaba silencio mientras los demás le observaban.

—¿Tú también estás acoquinado, Fatty? —le preguntó Daisy, pues no era propio de Fatty el estar asustado mucho tiempo. El niño meneó la cabeza con aire muy pensativo.

—Pensemos en el olor a aguarrás que hay en la cola y el objeto que puede tener el mismo, y no estemos asustados porque nos han sorprendido dentro de la jaula. Es una pista extraña… olor a aguarrás en la cola de un gato. ¿Por qué estaría allí? ¿Y para qué lo olimos también cuando desapareció «Reina Morena»?

—Tú dijiste que el aguarrás se emplea para limpiar pinceles o

para quitar manchas de pintura —dijo Bets secándose los ojos—. ¿Tú crees que el gato se mancharía de pintura y entonces le limpiarían con aguarrás?

Fatty la miró, y luego se puso en pie lanzando un grito al propio tiempo que golpeaba fuertemente la mesa con la mano. Se había puesto muy encarnado.

—¿Qué te ocurre? —exclamó Larry alarmado—. ¿Es que te has sentado encima de una avispa?

—Escuchad —dijo Fatty volviéndose a sentar muy excitado—. Bets ha captado la idea. El aguarrás fue empleado para limpiar de pintura la cola del gato. ¿Y cómo llegó allí la pintura y de qué color era? Bien, sabemos cuál era el color porque tenemos el bote de pintura que emplearon, y una piedra con una gota de la misma pintura… color castaño cremoso.

Los otros se miraron. Fatty sacó el bote de detrás de la losa suelta y lo abrió. Introdujo el pincel y después de mojarlo en pintura lo pasó por encima de la mesa de la glorieta que era de color castaño oscuro.

—Mirad esto —dijo—. ¿Veis esta mancha color crema? Pues es la misma que debió haber en la cola del gato… en el centro… ¡hecha con pintura color crema! Y ahora, decidme una cosa, ¿qué gato tiene una mancha de cabellos color crema en su cola?

—¡«Reina Morena»! —exclamaron todos a una con los ojos brillantes y los rostros enrojecidos por la emoción, puesto que los cinco niños habían comprendido cuál era el significado del aguarrás y la pintura.

—Sí —dijo Fatty—. Y a ese gato cuya cola olía a aguarrás debieron pintarle un círculo color crema en su cola oscura para que le confundiesen con «Reina Morena», y luego le quitaron la pintura con aguarrás… por eso la jaula olía a aguarrás las dos veces. Lo hicieron así las dos veces.

—¡Cáscaras! —exclamó Larry—. Eso es emocionante. Alguien prepara un plan inteligente. ¡Veamos! Supongo que «Reina Morena» fue robada por la mañana, y al otro gato le pintaron la cola para hacerle pasar por «Reina Morena»… todo el mundo sabe que «Reina Morena» tiene un anillo de cabellos más pálidos en su cola desde que la mordieron.

—Sí; y entonces llegó gente para ver los gatos… como por ejemplo, tu madre, Pip, con lady Candling… y pensaron que el gato pintado era «Reina Morena»; y más tarde Tupping se las arregló para entrar en la jaula y quitarle la pintura antes de que nadie lo observara, y luego dijo que «Reina Morena» había desaparecido.

—¡«Tupping»! —exclamó Bets con los ojos muy abiertos—. ¿Has dicho «Tupping»? Pero si Tupping «quitó la pintura»… tuvo que ser él quien «la pusiera»… y el único que robó a «Reina Morena», y…

—Sí. Fue Tupping. Tiene que haber sido él… —dijo Fatty casi fuera de sí de excitación—. Y le echó la culpa a Luke.

—¡Le hizo trabajar junto a las jaulas durante todo el tiempo que estuvo el gato pintado hasta que él le quitó la pintura y dijo que «Reina Morena» había desaparecido! —dijo Pip—. ¡De esta manera parecía que nadie más que Luke había podido robarla! ¡Qué plan más astuto! ¡Qué canallada!

—Y luego cuando oyó que Bets le decía al Ahuyentador que teníamos dos pistas; un olor y una mancha de pintura, se asustó y escondió el aguarrás y el bote —dijo Fatty—. Tal vez temió que descubrieran sus huellas dactilares… y el bueno de «Buster» las encontró.

—Todo está bien claro —intervino Daisy—. Tupping deseaba robar a «Reina Morena» y que Luke cargara con la culpa. Esperó a que la señorita Harmer tuviera el día libre… porque, supuso que conociendo tan bien a los gatos no se hubiera dejado engañar por la pintura de la cola… y hubiera sabido que no era «Reina Morena».

—Sí; por eso esperó a que ella estuviera fuera, y entonces robó a «Reina Morena». Procuró que alguien fuera a ver los gatos diciéndoles que «Reina Morena» estaba allí… como hizo con lady Candling y tu madre a las cuatro, la primera vez, Pip; y la segunda fue con ella él mismo a las tres. —Fatty hizo una pausa y Larry continuó:

—Sí; y la primera vez fue muy, pero que muy listo. Hizo venir al policía del pueblo para que viera los gatos, se las arregló para limpiar la pintura con un trapo empapado en aguarrás, y luego anunció el robo de «Reina Morena» al Ahuyentador. Debo confesar que Tupping es muy astuto —dijo Larry—. ¡Qué dominio de sí mismo debe tener para atreverse a llevar al propio policía a la jaula

después de haber robado el gato aquella misma mañana!

—Y la segunda vez se las arregló para engañar también a la propia señorita Harmer —dijo Pip—. Recordad que él se metió en la jaula cuando ella volvió la segunda vez, y debió limpiar de nuevo la pintura, diciendo después que «Reina Morena» había desaparecido. Así es como se las compuso para engañar a todo el mundo. Todos pensaron, incluso Luke, que «Reina Morena» había estado allí todo el tiempo que Luke estaba cerca de la jaula…, pero no fue así. La robaron por la mañana. No me sorprende que todos culparan a Luke.

—Supongo que «Reina Morena» se escaparía de quien la tuviera la primera vez, regresando por sus propios medios —dijo Daisy—. Quisiera saber dónde estará ahora.

—Me parece que Tupping tendrá que explicar muchas cosas —exclamó Fatty—. ¡Caramba! ¡Me alegro de que sea el ladrón! No podía soportar la idea de que pudiera ser el pobre Luke. ¿Verdad que fue una maldad el poner sus silbatos en la jaula para que todos creyeran que era el pobre Luke?

—¿Meterán en la cárcel a Tupping? —preguntó Bets.

—¡Claro! —dijo Fatty.

—¡Oh! Entonces Luke ya no tendrá que trabajar más con él —exclamó Bets complacida.

—Es divertido pensar que Tupping ha ido a decir al Ahuyentador que Bets y yo hemos estado esta mañana dentro de la jaula —dijo Fatty—. Me pregunto qué debemos hacer.

—Volvamos a telefonear al inspector Jenks —propuso Pip—. Ahora que hemos resuelto el misterio debemos decírselo. ¡Y de todas formas no quiero que venga el Ahuyentador y arreste a Bets, ni nada por el estilo!

Bets lanzó un grito, y Fatty le puso la mano en el hombro riendo.

—No te preocupes, Bets. Nadie puede hacerte daño. No has hecho nada malo. Creo que Pip ha tenido una buena idea. Llamaremos al inspector.

—¿Y qué hacemos con la llave de la casa de los gatos? —preguntó Larry—. ¿No debiéramos dejarla de nuevo en el bolsillo de la señorita Harmer?

—Sí. Ahora iremos a devolverla —dijo Fatty—. Yo al menos no veo por qué no podemos entregársela en mano diciéndole que la hemos cogido prestada. Se sorprenderá y se pondrá furiosa, pero después de todo ha de saberse que la hemos cogido, así que lo mejor es confesarlo ahora.

Los cinco niños y «Buster» saltaron la tapia y fueron en busca de la señorita Harmer, pero no pudieron verla.

—Tal vez esté en uno de los cobertizos —dijo Fatty y se acercó a un cobertizo que había cerca de los invernaderos en el que nunca había entrado. Fatty asomó la cabeza.

—¡Hola! —exclamó—. Aquí es donde Tupping guarda sus cosas. ¡Mirad! Aquí están sus botas de goma y su impermeable.

—Vuelvo a oler a aguarrás —dijo Bets olfateando.

—Tienes razón —replicó Fatty oliendo a su vez.

El niño extrajo de pronto un pañuelo sucio del bolsillo del viejo impermeable. Llevaba marcado el nombre de Tupping y olía fuertemente a aguarrás.

—Mojó su pañuelo en aguarrás para quitar la pintura de la cola del gato —dijo Fatty—. ¡Otra pista! ¡Déjame ver! Verdad que la noche anterior había estado lloviendo… y aquella mañana también… así que Tupping debía llevar este impermeable… y las botas de goma. ¡Vaya, mirad esto!

Los niños miraron, y vieron sobre las punteras de las botas de goma varias gotas de pintura color crema. ¡Tupping debía llevarlas puestas cuando pintó la cola del gato! Y fue él, naturalmente, quien dejó caer una gota de pintura en la piedra que Fatty llevaba en el bolsillo. Probablemente se le escurriría del pincel.

—Nos llevaremos estas botas y el pañuelo también —dijo Fatty dándose importancia—. Vamos, «Buster». Tenemos unas pistas estupendas y algunas pruebas. Qué sorpresa se va a llevar el señor Tupping cuando oiga todo lo que tenemos que decir.

Cuando salieron del cobertizo tropezaron de frente con Luke, quien seguía muy abatido.

—Vais a tener jaleo —dijo a Fatty—. Tupping ha ido a buscar a Goon porque dice que os ha encontrado en la casa de los gatos, y que debéis haber sido vosotros los que robasteis el gato. Supongo que inventará y dirá que lo hicisteis mientras yo estaba allí y que no

he dicho nada para protegeros. ¡Vais a tener jaleos!

Capítulo XXII

El fin de todo

Fatty fue a telefonear al inspector Jenks, y tuvo la suerte de encontrarle enseguida.

—Por favor, inspector Jenks —le dijo Fatty—. Hemos aclarado el Misterio del gato desaparecido. ¿No le sería posible venir para que se lo contásemos?

—Pues… —respondió el inspector— acabo de recibir un mensaje muy misterioso de Goon… dice que os ha encontrado dentro de una jaula y que cree que tenéis algo que ver con la desaparición de este gato… y de todas formas pensaba ir.

—¡Oh, estupendo! —dijo Fatty alegremente—. ¿Irá usted a casa de lady Candling?

—Sí, eso será lo mejor —replicó el inspector—. Esperadme allí dentro de una hora. ¿De acuerdo?

Fatty volvió con los otros encontrándolos en un estado de gran indignación. El señor Goon había ido a ver a la madre de Bets para quejarse de ella y decirle que la habían encontrado en la jaula de los gatos, y ahora había ido a decir a la madre de Fatty lo mismo de su hijo.

—Mamá está muy enfadada conmigo —le dijo Bets con los ojos llenos de lágrimas—. Como tú no estabas aquí no me atreví a decir nada por miedo de descubrir algo que tú no quisieras que dijese. Así que no dije nada y mamá me ha reñido mucho.

—No te importe, Bets —le animó Fatty—. Pronto estará aquí el inspector, y en cuanto oiga nuestra historia pondrá cada cosa en su sitio. Tenemos que encontrarnos con él dentro de una hora en casa de lady Candling. Debemos llevar todas nuestras pistas con

nosotros.

De manera que llevaron la botella de aguarrás, el bote de pintura, el pincel usado, la piedra manchada de pintura, el pañuelo con olor a aguarrás y un par de botas de goma manchadas de pintura, llegando ante la casa de lady Candling a la hora en punto.

—La única pista que no «hemos podido» traer es el olor de la cola del gato —dijo Bets—. Y ésa era la más importante de todas.

—Y fuiste tú quien la descubrió —replicó Fatty—. Debo confesar que esta vez has sido una Pesquisidora estupenda, pequeña Bets.

—¡Mirad! El señor Goon está entrando en la casa —dijo Daisy—. Y le acompaña el señor Tupping. Y ahí viene Luke. ¡Hola, Luke! ¿A dónde vas?

—Me han dicho que me lave y que vaya a la casa —dijo Luke muy abatido y asustado.

—¿Estás acoquinado? —le preguntó Fatty.

—Sí, estoy acoquinado —replicó Luke.

—Pues no lo estés —le dijo Fatty—, todo saldrá bien. Ya lo verás. Ánimo.

Pero Luke no podía animarse, y fue a lavarse y a asearse muy deprimido, en tanto que el automóvil negro del inspector se detenía delante de la casa. El gran inspector se apeó saludándolos con una sonrisa.

—¿Quién es el culpable? —preguntó.

—Tupping —dijo Fatty sonriente—. Apuesto a que usted lo adivinó, inspector, aunque no tenía ninguna pista ni nada.

—Pues, no creí que fuese Luke, y consideré que Tupping era el tipo apropiado —repuso el inspector—. Y además sabía algo que no podíais saber vosotros ni tampoco el señor Goon: que había estado complicado en un caso de robo anteriormente… entonces lo robado fueron perros, según creo. Bueno, entrad vosotros. Yo iré enseguida.

Todos estaban reunidos en el gran salón de lady Candling, la anfitriona, la señorita Harmer y también la señorita Trimble, a quien se le caían los lentes a cada segundo. Al verla cualquiera hubiera pensado que ella había sido la ladrona, por lo nerviosa que estaba y el temblor de sus manos.

—Sentaos, niños —les dijo lady Candling. Fatty había dejado junto a la puerta de entrada algunas de sus pistas, pues no quería

que Tupping viera sus botas de goma, el bote de pintura, ni la botella de aguarrás. No quería que se pusiera en guardia si podía evitarlo. Los niños tomaron asiento, y Fatty sujetó a «Buster» entre sus rodillas para impedir que mordiera los tobillos del señor Goon.

El inspector, al entrar, estrechó la mano de lady Candling, sonrió a los niños, y saludó al señor Goon con una inclinación de cabeza.

—Creo que será mejor que nos sentemos —dijo, y todos obedecieron. El señor Goon tenía un aspecto importante y severo y dirigió a Bets y a Fatty una mirada de censura. ¡Ajá! ¡Ahora sí que aquellos niños entrometidos se verían en un «apuro serio»! Tupping le había comunicado que los había sorprendido dentro de la jaula y que se habían apoderado de la llave.

—Bien, Goon —dijo el inspector—. Esta mañana he recibido un mensaje suyo muy misterioso… y lo suficientemente grave para hacerme venir.

—Sí, inspector. Esto es «grave» —replicó Goon hinchándose de importancia—. Tengo razones para creer que estos niños entrometidos saben más de la desaparición de ese valioso gato de lo que pensamos. Creo, inspector, que están en un «conflicto serio», y que una buena reprimenda suya les hará «mucho bien».

—Bien, creo que es «muy» posible que estos niños sepan mucho más acerca de este misterio de lo que usted cree, Goon —dijo el inspector Jenks—. Se lo preguntaremos a ellos, ¿no les parece?

Se volvió a Fatty.

—Tal vez usted, Federico Trotteville, quiera pronunciar algunas palabras.

Fatty no deseaba otra cosa y se hinchó casi tanto como Goon para darse importancia.

—Quisiera decir, inspector, que nosotros, los Cinco Pesquisidores, sabemos quién robó a «Reina Morena» —dijo Fatty con voz potente y clara.

Tupping lanzó uno de sus gruñidos lo mismo que Goon. Luke parecía muy asustado y a la señorita Trimble se le cayeron los lentes ante el regocijo de Bets.

—Continúa, Federico —dijo el inspector.

—Quisiera explicar exactamente cómo se cometió el robo —prosiguió Fatty y los otros le miraron con admiración. ¡Fatty

siempre sabía emplear las palabras adecuadas!

—Y a nosotros nos encantará oírte —dijo el inspector en tono grave, pero con un brillo malicioso en los ojos.

—Bien, inspector, «Reina Morena» fue robada dos veces, como usted sabe —dijo Fatty—. Las dos veces, estaba ausente la señorita Harmer y el señor Tupping estaba al cuidado de los gatos. Pues bien, inspector, «Reina Morena» no fue robada por la tarde ninguna de las dos veces… sino por la «mañana».

Todo el mundo, excepto los niños, parecieron sorprenderse mucho. El señor Goon se quedó boquiabierto y miraba a Fatty con asombro.

—Pero qué… —comenzó a decir Goon, mas el inspector Jenks le detuvo.

—No interrumpa, Goon —le dijo al viejo Ahuyentador, que no se atrevió a decir más.

—Ahora explicaré cómo se hizo —continuó Fatty disfrutando intensamente—. El ladrón sacó de la jaula a «Reina Morena» por la mañana; pero con gran astucia pintó un anilló de color crema en la cola de otro gato de manera que para cualquiera que no conociera demasiado bien a los animalitos el otro gato le pareciese «Reina Morena».

Se alzó un coro de exclamaciones e inmediatamente se le cayeron los lentes a la señorita Trimble.

—Bien —prosiguió Fatty—, pueden comprender que cualquiera que fuese a ver los gatos por la tarde pensó que «Reina Morena» estaba allí… pero no estaba. Luego, llegado el momento oportuno, el ladrón entró en la jaula, frotó la cola del gato con un trapo empapado en aguarrás, y a continuación anunció que «Reina Morena» había desaparecido. De esta manera, naturalmente, todos pensaron que el gato había sido robado por la tarde, cuando en realidad el robo tuvo lugar por la mañana.

—Y por eso todos creyeron que había sido «yo» quien robó el gato —intervino Luke—. Porque fui el único que estuvo cerca de las jaulas por las tardes y nadie se acercó.

—Sí —dijo Fatty—. Eso era parte del plan, Luke. Cargarte a ti con la culpa. Por eso te enviaron a trabajar cerca de la casa de los gatos dos veces, y por eso pusieron en la jaula uno de tus silbatos.

—¿Quién fue? —preguntó Luke enrojeciendo de furor—. ¡Dejad que le ponga las manos encima!

El inspector dirigió una mirada a Luke, y el muchacho, echándose hacia atrás, no dijo más.

—¿Cómo has sabido todo eso? —preguntó el señor Goon con asombro, incredulidad y rencor—. Todo esto es una invención estúpida. Hay que tener pruebas de las cosas antes de decirlas.

—«Tenemos» pruebas —replicó Fatty triunfante mientras introducía la mano en su bolsillo—. ¡Miren! Aquí está la botella de aguarrás. Estaba escondida en una madriguera, junto con un bote de pintura color crema que utilizaron para pintar la cola del gato, y un pincel ya usado. Larry, trae las otras. Están al lado de la puerta.

Fatty mostró en alto la botella de aguarrás, y el pincel para que todos los vieran. A la señorita Trimble se le volvieron a caer los lentes, pero estaba demasiado nerviosa para volver a calárselos, y contempló las pruebas con ojos de corta de vista y a Fatty como si fuera el detective más grande del mundo.

Larry trajo las botas de goma y el bote de pintura que dejó a los pies de Fatty. A Tupping casi se le salieron los ojos de las órbitas cuando vio allí sus botas.

—Y aquí está el bote de pintura que utilizaron —dijo Fatty mostrándolo—. «Buster» lo encontró en la madriguera donde había sido escondido. ¿No es cierto, «Buster»?

—Guau —replicó «Buster», satisfecho.

—Estas botas fueron usadas por el ladrón, por el hombre que pintó la cola del gato —dijo Fatty señalando las manchas de pintura clara que tenían en las punteras—. Y éste es el pañuelo impregnado de aguarrás que usó para limpiar la pintura de la cola del gato lo más rápidamente posible cuando entró en la jaula… la primera vez con el señor Goon y la segunda con la señorita Harmer.

—¿Puedo ver el pañuelo? —preguntó el inspector con gran interés. Y cogiéndolo lo olió. Seguía emanando un fuerte olor a aguarrás. Fatty sacó la piedra de su bolsillo, la que estaba manchada de pintura color crema, y también se la entregó al inspector.

—La encontramos fuera de la jaula, inspector —dijo—. Esa fue una de nuestras primeras pistas. La otra fue el olor a aguarrás que

había en la casa de los gatos. La pequeña Bets lo descubrió. Ha sido una estupenda Pesquisidora.

Bets se puso roja de alegría. El inspector le sonrió y luego miró de nuevo al pañuelo.

—Este pañuelo está marcado con un nombre —dijo—. Supongo que es el nombre del ladrón…

Fatty asintió y Luke inclinóse hacia delante.

—¿Quién es? —preguntó—. ¡Siga! Dígame quién es.

—Sí, ¿quién es? —preguntó la señorita Harmer.

El inspector miró solemnemente a toda la concurrencia. Tupping se había puesto muy pálido y tragaba saliva con dificultad. Toda su insolencia y desparpajo habían desaparecido… estaba mucho más «acoquinado» que Luke lo estuviera jamás.

Uno a uno todos fueron mirando a Tupping adivinando que era el ladrón.

—Tupping, ¿qué tiene usted que decir a todo esto? —le dijo el inspector con voz de hierro.

—¡Qué! ¿Ha sido «Tupping»? —exclamó Goon atónito y mirando al jardinero con odio—. ¡«Usted»! ¡Engañándome, llevándome a la jaula y contándome una sarta de mentiras para ponerme en ridículo!

—Bien le dijo Bets que teníamos dos pistas, un olor y una piedra manchada de pintura —replicó Fatty—. Y usted se echó a reír.

—Tupping, ¿dónde está el gato? —dijo el inspector con el mismo tono duro—. ¿Se da usted cuenta de que no cabe posibilidad alguna de que la acusación hecha contra usted sea falsa? Hay otras cosas en su pasado que concuerdan con ésta.

Tupping se desmoronó por completo. De un hombre duro, cruel y malhumorado se convirtió en un cobarde sollozante nada agradable de ver.

—Los «matones» son siempre cobardes —susurró Fatty al oído de Larry—. ¡Ahora puedes ver lo que escondía debajo!

—Está usted acoquinado —dijo Luke a Tupping con el mayor desprecio—. Mucho más de lo que yo haya podido estarlo en mi vida. Lo tiene bien merecido.

Esto era lo que todos estaban pensando, y de pronto Tupping comenzó su confesión. Sí, él había robado a «Reina Morena». Debía

dinero a alguien y se le ocurrió robar el gato. Diría quién lo tenía y la policía podría recuperarlo. Quiso que las sospechas recayeran sobre Luke y por eso pintó la cola del gato y empleó el aguarrás para quitar luego la pintura rápidamente. Lo hizo así dos veces, pues la primera el gato se le escapó y regresó. Estaba muy arrepentido y dijo que jamás volvería a hacer nada semejante.

—Estoy seguro de que no volverá a hacerlo, por lo menos durante algún tiempo —dijo el inspector Jenks sonriendo—. Estará usted en lugar seguro, fuera del camino del mal, y no creo que nadie lo sienta. Goon, lléveselo.

Goon puso una mano firme sobre el hombro de Tupping obligándole a ponerse en pie y mirándole con gran desprecio.

—Venga conmigo —le dijo en tono firme.

El inspector se dirigió a Goon con voz fría.

—No parece haberse destacado gran cosa en este caso, Goon —dijo—. Se ha hecho enemigo de quienes estaban sobre la verdadera pista y amigo del propio ladrón. Espero que en el futuro tenga usted más cuidado. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Er… sí, señor; desde luego, inspector —dijo el pobre Goon muy angustiado—. Hice cuanto pude, señor.

—Bien, por fortuna estos niños lo hicieron un poco mejor que usted, Goon —replicó el inspector—. Creo que debemos estarles muy agradecidos por haber resuelto el Misterio del gato desaparecido. Espero que será usted de mi opinión, ¿Goon?

—Oh, sí, inspector —exclamó Goon con el rostro enrojecido—. Son unos niños muy inteligentes, y celebro conocerlos.

—¡Ah! Me alegro que esté de acuerdo conmigo —dijo el inspector Jenks en tono más amable—. Ahora, haga el favor de llevarse a ese hombre.

Goon se llevó a Tupping y los niños exhalaron un suspiro de alivio.

—¡Vaya, ya se ha ido! —exclamó Daisy—. Y espero que no vuelva jamás.

—Desde luego que aquí ya no volverá —dijo lady Candling, que lo había escuchado todo con el mayor asombro—. Y en cuanto al pequeño Luke me duele pensar todo lo que ha tenido que sufrir por culpa de ese malvado de Tupping.

—No se preocupe su señoría —replicó Luke con el rostro resplandeciente y olvidado todo su enojo contra Tupping al oír la voz amable de lady Candling—. Si usted me conserva en su casa, señora, trabajaré de firme hasta que encuentre otro jardinero. Y nunca olvidaré a estos niños tan listos… Me asombra saber cómo descifraron este misterio.

—En realidad fue Bets quien nos puso sobre la verdadera pista —dijo Fatty—. ¡La buena de Bets!

—Oh, fuimos todos —replicó la niña—. Y «Buster» también. Bueno, me alegro de que todo haya salido bien, y espero que la devuelvan pronto su gato, lady Candling.

—Nosotros cuidaremos de eso —intervino el inspector poniéndose en pie—. Bien; debo marcharme; y una vez más permitidme que os diga que estoy muy satisfecho de la ayuda de los Cinco Pesquisidores… y el Perro. Confío en tener vuestra ayuda también en el futuro. ¿Estáis de acuerdo, amigos?

—¡Oh, «sí»! —replicaron los Cinco Pesquisidores saliendo para acompañar al inspector hasta el automóvil—. ¡En cuanto tengamos otro misterio que resolver le avisaremos!

¿Otro misterio? Pues, espero que lo encuentren, y en cuanto esto ocurra os lo contaré.

FIN



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo XX, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como

Los Cinco y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).